

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO NOVIEMBRE 1996 NUM. 550



Perennidad del beso
Estudios ♦ Poemas ♦ Interpretaciones
Relatos ♦ Imágenes

números anteriores:

Abril 1996 ♦ 543

Cosmovisión prehispánica

Mayo 1996 ♦ 544

Empresas y empresarios en México

Junio 1996 ♦ 545

Más sobre empresas y empresarios en México

Julio-agosto 1996 ♦ 546-547

La cultura de lo concreto

Septiembre 1996 ♦ 548

**Aréchiga, Leyva, Gutiérrez Vega, Malpartida, Puga, Pérez-Rincón,
Ruiz Castañeda, Zaitzeff y otros**

♦ **Ilustra: Francisco Zúñiga**

Octubre ♦ 549

Presencia de América Latina



Coordinación de Humanidades

UNIVERSIDAD
DE MÉXICO
REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Director: Alberto Dallal

Consejo editorial: Raúl Benítez Zenteno, Rubén Bonifaz Nuño, Alberto Dallal, Juliana González, Humberto Muñoz, Enriqueta Ochoa, Herminia Pasantes, Manuel Peimbert, Ricardo Pozas Horcasitas, Josefina Zoraida Vázquez

Coordinador editorial: Octavio Ortiz Gómez

Corrección: Amira Candelaria Webster y César Gutiérrez

Administración: Leonora Luna Téllez

Diseño y producción editorial: El Equilibrista, Diseño Gráfico y Servicios Editoriales, S.C.

Oficinas de la revista: Insurgentes Sur 3744, Tlalpan, 14000, México, D.F. Apartado Postal 70288, C.P. 04510, México, D.F. Teléfonos: 606 1391, 666 3496 y FAX 666 3749. Correspondencia de Segunda Clase. Registro DGC Núm. 061 1286. Características 2286611212. *Impresión:* Offset Rebozán, S.A. de C.V., Zacahuitzco 40, Portales, 03300, México, D.F. *Distribución:* Publicaciones Sayrols, S. A. de C. V., Mier y Pesado 126, Col. del Valle, 03100, México, D. F. y revista *Universidad de México*. Precio del ejemplar: \$15.00. Suscripción anual: \$150.00 (US\$90.00 en el extranjero). Periodicidad mensual. Tiraje de cuatro mil ejemplares. Esta publicación no se hace responsable por textos no solicitados. Cada autor es responsable del contenido de su propio texto. Certificado de Licitud de Título número 2801. Certificado de Licitud de Contenido número 1797. Reserva de uso exclusivo número 112-86. Correo electrónico (E-mail): univmex@escaner.dgsc.unam.mx. Internet: <http://www.unam.mx/univmex>

Índice

	◆ 2 ◆	Presentación
JORGE ESQUINCA	◆ 3 ◆	Trazo para una adivinación
CARLOS VÁZQUEZ-YANES	◆ 4 ◆	Origen biológico del beso
MARCEL PROUST	◆ 7 ◆	Un beso en cámara lenta
GUSTAVO CURIEL	◆ 8 ◆	<i>El beso de Judas</i> en el santuario de Jesús Nazareno
HUGO GUTIÉRREZ VEGA	◆ 11 ◆	Un poema
JOSÉ G. MORENO DE ALBA	◆ 12 ◆	De besos y etimologías
ALFONSO REYES	◆ 14 ◆	Todo tiene historia
HERMINIA PASANTES	◆ 15 ◆	Del beso a la ingeniería genética
PURA LÓPEZ COLOMÉ	◆ 18 ◆	La muerte del beso
AURELIO DE LOS REYES	◆ 21 ◆	Los besos y el cine
BEATRIZ ESPEJO	◆ 24 ◆	Una hilera de besos
ANDRÉS DE LUNA	◆ 27 ◆	Bocas y demás geografías del beso
TESS GALLAGHER	◆ 35 ◆	Besos desde dentro
ARNULFO HERRERA	◆ 36 ◆	Los besos antiguos y los besos de hoy
ALINE PETTERSSON	◆ 40 ◆	Tu beso
ROLANDO DÍAZ LOVING	◆ 41 ◆	El beso: acepción y correlatos
MARIO ENRIQUE FIGUEROA	◆ 44 ◆	Entre Géminis y Capricornio
CÉSAR A. DOMÍNGUEZ LUIS E. EGUIARTE	◆ 46 ◆	El amor entre las plantas: diez mil formas de amarse sin tocarse

MISCELÁNEA

SANTIAGO GENOVÉS	◆ 51 ◆	El beso (desde la antropología)
ARNOLDO KRAUS ANTONIO R. CABRAL	◆ 53 ◆	¿Sería el ser humano, ser humano, sin besarse?
ELENA URRUTIA	◆ 55 ◆	De poetisas/poetas
ANTONIO MENDOZA	◆ 57 ◆	La poesía áurea de Jorge Manrique
	◆ 58 ◆	Colaboradores

Presentación



Paradójicamente, los efectos más sustanciales del proceso de globalización en la historiografía y las ciencias sociales han traído consigo el reconocimiento y la búsqueda de claves y explicaciones en la concreción de las actitudes, los hábitos, las "formas de ser y de pensar" de las variadas culturas del mundo. De las culturas de hoy y del pasado más remoto. Esta expansión de intereses indagatorios ha sido, si bien compleja y no fácilmente asimilable, sí, por lo menos, abierta y plural. Temas y personajes nuevos e insólitos se convierten hoy en día, a la luz de ingeniosos sistemas de investigación y diversos enfoques, en azuzadores conductos para el arribo a conocimientos más amplios y profundos acerca de la naturaleza humana y no humana; pretextos racionales para obtener paradigmas de índole más amplia y operativa; elementos de análisis que han adquirido concreción en miras y criterios más amplios y productivos. Así, ciencias duras y blandas, artes, técnicas y oficios se unen para descubrir y describir aspectos crípticos y secciones ocultas tanto de incorporaciones culturales como de instintos multiseculares. En efecto, en las acepciones recientes de lo multicultural, de la comunicación instantánea; en el reconocimiento de los paradigmas míticos y de la vigencia de lo ancestral; en las costumbres actuales y evidentes, y a la vez antediluvianas y misteriosas, como el beso, se detectan suficientes caudales de interés para que el estudioso, el científico, el artista, el intelectual, el periodista y el ciudadano común y corriente se enfrasquen en nuevas interpretaciones pero también en cuestionamientos novedosos e inesperados. Mediante la aplicación de esa máxima antigua que, al referirse al conocimiento, aduce que todo lo sabemos entre todos, nuestra revista abre ahora algunas puertas para que la reflexión y la imagen nos inquieten de nueva cuenta en torno al beso, ese fenómeno-sensación-meta que todos prevemos, recordamos, ansiamos, padecemos, exaltamos, diseminamos, otorgamos, exigimos, poetizamos y, sobre todo, practicamos bajo distintas circunstancias y modalidades, durante todas las etapas de nuestra existencia. ♦

Trazo para una adivinación



JORGE ESQUINCA

Cuando duermes, hay una región de ti en que estás despierta. Sólo ahí se abre tu deseo, ese cristal que ha de cortarme ayer, siempre, en este instante. Tú pareces no saber nada, pero abres las piernas, los párpados, las nubes. Nada puedo mirar entonces, ciego, atestiguo el nacimiento de ti. Avanzo con el tacto a la deriva, sólo confío en mi lengua, en la muda, en la callada lengua que ha de repetir las palabras que hemos dicho nunca. Toco tu oreja y encuentro el rumor de un mar en el que has estado sin mí, sola. Humedezco con mi saliva tu garganta para que no despiertes, para que en la provincia de tu sueño alumbré una ventana. Por tus senos, por tus pezones que duermen a la orilla de ti, sube mi lengua. Tan lejos de tu corazón, mi lengua se alimenta de tu corazón. Dormida, presa en ti, tú misma sueño de Dios, ofreces tu espalda. Mi lengua se demora, desciende, quiere saber, en ese lugar de nadie, nunca, nada. Mi lengua te busca ahí, se divide en tus muslos, calla con tu sangre que canta y cae entre tu infancia y tus tobillos. Mi lengua, entonces, te sabe hueso, glándula, víscera, derrumbe. Mi lengua te lame el alma que ni tú sabías, te va sabiendo en esa región tan blanda, tan ácida, tan nube, te va diciendo, tan callada, las palabras que sólo escuchas cuando duermes y te abres, te va diciendo nada, cosa del lenguaje, Señora nuestra, profecía.

Origen biológico del beso



CARLOS VÁZQUEZ-YANES

En este planeta el sol, la muerte y la reproducción sexual permiten la existencia y la continuidad de la vida. La reproducción sexual de los seres vivos hace posible que, a través de la recombinación de la información que hay en los genes de individuos diferentes, se incremente la variabilidad en sus descendientes; esto, a su vez, aumenta las posibilidades de adaptación de algunos de ellos a un medio cambiante, lo que acrecienta las probabilidades de sobrevivencia de los más aptos. Por ello, el sexo ha sido en parte la causa de la riqueza y la diversidad viviente de la tierra.

En las formas de vida más cercanas a la nuestra, en esencia, la reproducción sexual involucra en cada especie la fusión de células sexuales o gametos de individuos de sexo diferente.

Muchas formas de vida del medio acuático, desde las algas más sencillas hasta los peces, hacen uso del agua como vehículo para el transporte de los gametos masculinos hacia los femeninos. En los peces es frecuente que la hembra deposite sus huevos en algún lugar previamente escogido y el macho se limite a derramar su esperma sobre la superficie de éstos. Entre los anfibios, en los que aún se lleva a cabo en el agua la fase reproductiva del ciclo de vida, la fecundación de los óvulos ocurre por lo general de manera similar, aunque el contacto físico de la pareja es más íntimo. Las parejas de hembras y machos se forman en las cercanías de los estanques y se dirigen al agua para la fecundación.

Aunque en muchos organismos acuáticos existe la fecundación por medio de la cópula, que comprende la penetración de un apéndice masculino en el cuerpo femenino, esta clase de proceso reproductivo alcanza su máximo desarrollo y complejidad en el medio terrestre, así como en aquellos animales que, siendo originalmente terrestres, experimentaron una evolución que los llevó de regreso al medio acuático, como los delfines.

La cópula requiere, necesariamente, de un estrecho contacto de la pareja durante el momento de la penetración. El antecedente de las caricias y los besos durante la cópula en el ser humano puede encontrarse en un lapso del proceso evolutivo en que,

como parte de la escala zoológica, aparecieron especies —por ejemplo, los reptiles— que llevan a cabo escarceos y contactos físicos que preceden al acto sexual.

En los vertebrados superiores (las aves y los mamíferos) las conductas precedentes al acto sexual han adquirido un nivel elevado de sofisticación; hay muchos tipos de actos de exhibición, atracción y estimulación entre las parejas, previos a la cópula; también existen diversas formas de integración de grupos de machos y hembras durante la época reproductiva que van desde la monogamia permanente hasta el libre cambio de pareja, pasando por uniones monógamas temporales o la formación de harenes con un macho dominante. Esto último ocurre en muchas especies de ciervos y en los leones marinos. Cada una de estas conductas tiene un origen evolutivo y representan distintas maneras de aumentar la probabilidad de éxito reproductivo y adecuación de la descendencia. Su análisis es tan complejo que excede de la extensión de este escrito.

Hay dos puntos de referencia que debemos tomar en cuenta para definir la razón de ser del beso: el beso como parte del juego sexual anterior a o durante la cópula y el beso como un medio de comunicación y estimulación en una especie altamente sociable.

Respecto al primer punto, nos remontaremos al origen de la sexualidad del ser humano. Los tipos de parejas sexuales del grupo zoológico al que pertenecemos, el de los primates o monos, son variados; existe desde la monogamia hasta las parejas ocasionales o transitorias según los periodos de celo o fértiles. En el ser humano se dan todas las variantes de relación de pareja, pero la más frecuente, fomentada por la tradición, las costumbres, normas religiosas y leyes, es la monogamia relativamente permanente.

Nuestros antepasados primitivos, al igual que el resto de los primates —incluso los actuales—, seguramente realizaban el coito estimulados solamente por los aromas femeninos y el enrojecimiento e inflamación de los genitales de las hembras durante el celo. Esto era suficiente para excitar al macho y provocar

la cópula posterior o trasera, como sucede en el caso de los demás mamíferos, sin que haya mayor necesidad de un periodo previo de escarceos y juegos amorosos.

En algún momento de la evolución de nuestros antepasados, hace varios millones de años, ocurrieron cambios anatómicos a partir de los cuales, sin lugar a dudas, se desarrolló nuestra actual conducta sexual. Los primates, inicialmente arborícolas, evolucionaron para dar origen a monos habitantes de las sabanas. La anatomía particular de algunos de estos primates permitió el desarrollo de la posición bípeda, o sea, la marcha sobre los miembros inferiores. Para que esto fuera posible, la pelvis tuvo que modificarse y estrecharse un poco, lo cual dio como consecuencia que se redujera el diámetro del canal del parto de las hembras. Simultáneamente, las manos, liberadas ya de su participación en la marcha, comenzaron a desarrollar facultades de manipulación de objetos cada vez más sofisticadas que llevaron al uso de las primeras herramientas. Al mismo tiempo, el encéfalo o corteza cerebral aumentó de volumen y adquirió nuevos poderes, entre ellos la capacidad de raciocinio. Otro cambio, ocasionado por el desarrollo del bipedalismo, fue el desplazamiento de los genitales hacia la parte frontal del cuerpo. A consecuencia de esto, el sistema de apareamiento sexual también tuvo que modificarse. En algún momento ocurrió un cambio fundamental en la posición para copular; de ser posterior pasó a ser anterior, es decir, frente a frente, lo cual indudablemente permite una mayor intimidad y comunicación entre la pareja.

El problema que significó el crecimiento de la cabeza del feto, debido al aumento de tamaño del encéfalo, y la reducción del diámetro del canal del parto en la hembra, sólo se resolvió mediante el nacimiento cada vez más prematuro de los pequeños, cuando la cabeza de éstos era aún elástica y dúctil. La vulnerabilidad de los críos, debida a su nacimiento prematuro, obligó a las madres a dedicar mucho más tiempo a su cuidado y vigilancia; consecuentemente, el tiempo de que disponían éstas para la obtención de alimentos y otros bienes se redujo.

Se piensa que una de las compensaciones por la necesidad de que la madre permaneciera al lado de los pequeños fue la evolución del reforzamiento del vínculo de pareja entre el macho y la hembra. Este reforzamiento implicó, entre otras cosas, la transformación de la cópula. De ser un proceso desencadenado por estímulos fisiológicos que culminaba rápidamente, se transformó en una experiencia sensorial mucho más rica y mentalizada.

No recuerdo ni al autor ni el título de esta canción:
"Quién no lo sabe que nada sabe que es el besar,
Quién me lo niega, que es de la vida punto inicial,
te besare la frente como el rocío besa los labios
te besare las manos con tóxico beso del corazón
y bajare mis labios hasta los tuyos donde me supera
el beso mas ardiente el beso intenso de la pasión
te besare con ansia con fiebre loca que da un boca
no contare los besos porque no hay cifras en el besar
asi seguir queriendo, seguir amando, seguir besando
hasta que el sueño venga y luego en sueños besarnos mas."



Antonio López Saenz

Sin querer ofender a las feministas, podríamos decir que el acto sexual se convirtió en el premio que el macho encuentra en su hembra, lo hace retornar a ella y de paso procurarle alimentos y protección, al igual que a la descendencia de ambos. En esta época la excitación sexual se volvió una posibilidad permanente, un fenómeno recurrente a corto plazo, no restringido sólo a las épocas reproductivas o de celo. La sexualidad se convirtió en un medio de unión que aumentó las probabilidades de sobrevivir en un mundo peligroso y lleno de vicisitudes. En esta etapa evolutiva de los homínidos, anterior a la aparición del ser humano, muchas partes del cuerpo incrementaron su sensibilidad y se volvieron copartícipes en el desarrollo del placer sexual, por ejemplo, los senos, los pezones, los glúteos, las manos, y, en lugar destacado, la boca. Finalmente, un aspecto importante a considerar en el asunto de la consolidación de la pareja humana es que, como en casi cualquier pareja animal, existe en el padre, apenas un poco menos que en la madre, una fuerza instintiva que le induce a cuidar y preservar su descendencia. Esta fuerza juega un papel fundamental en la supervivencia de muchas especies de la escala zoológica.



Ricardo Anguía

Hasta aquí hemos visto fenómenos y situaciones que nos permiten entender cómo la boca llegó a adquirir una sensibilidad y una importancia especial en nuestro cuerpo. Una parte nuestra muy ligada con la mayor intimidad pero que no nos da pena exhibir públicamente.

El otro aspecto de la evolución de los animales superiores, que corre paralelo con el referente al sexo en la explicación de la evolución del beso, está relacionado con la estructura de las sociedades animales, sean éstas manadas de cánidos, tropas de monos, etcétera.

El contacto físico recurrente es un reforzador importante de la vida en grupo de los mamíferos sociales, aun los marinos como los delfines. Un ejemplo de ello, muy cercano a nosotros, lo tenemos en el perro doméstico. Este animal desciende directamente del lobo. Los lobos forman manadas socialmente muy jerarquizadas y estructuradas. El vínculo social estrecho que desarrollan les permite cooperar entre sí, por ejemplo, en lugar de cazar en solitario, utilizando armas poderosas y gran fortaleza como lo hacen los felinos, sustituyen estos poderes con la estrategia de la caza en grupo, que los hace igualmente letales para sus víctimas. Esta herencia del vínculo social es el motivo por el cual el perro doméstico se comporta como un eterno cachorro de lobo, cuando está integrado a su familia o "manada" humana; constantemente busca el contacto físico, demanda caricias y da lamidas y mordiscos suaves. Ésta es una conducta que le asegura continua e invariablemente su pertenencia al grupo y le alivia la ansiedad de la soledad.

Entre nuestros parientes los primates, las caricias, entre ellas el *despulgamiento* colectivo, las lamidas y los mordiscos durante el juego son importantes reforzadores del vínculo social. Por ello tenemos la certeza de que nuestra especie desciende de animales sociales y es evidentemente gregaria, como lo es la mayoría de las especies de los primates. También en el ser humano el contacto físico es un reforzador emocional en las interacciones con la familia y el grupo social; es importante para sentir y transmitir seguridad y aceptación, en cotrapartida con la agresividad.

Al desarrollarse la sensibilidad de la boca durante la evolución de nuestra sexualidad, este órgano no sólo fue capaz de transmitir nuestra voz sino también nuestros sentimientos más íntimos, al ponerse en contacto con la piel de otra persona. El beso, asimismo, puede transmitir simplemente cariño y amistad, desligados del deseo sexual. Para ello basta darlo en un lugar del cuerpo que no sea una zona erógena principal. ♦

Referencias bibliográficas

- Ardrey, R., *African Genesis*, Dell Publishing, Nueva York, 1963, 380 pp.
 Bronowski, J., *The Ascent of Man*, Macdonald Futura Publishers, Londres, 1973, 287 pp.
 Morgan, E., *The Descent of Woman*, Bantam Books, Nueva York, 1972, 280 pp.
 Morris, D., *The Naked Ape*, Jonathan Cape, Londres, 1967, 283 pp.
 Tiger, L. y R. Fox, *The Imperial Animal*, Dell Publishing, Nueva York, 1974, 366 pp.
 Wilson, E. O., *On Human Nature*, Harvard University Press, Cambridge, 1978, 260 pp.

Un beso en cámara lenta

MARCEL PROUST

En este fragmento de El mundo de los Guermantes, el narrador cuenta con fino humorismo cómo fue que besó a Albertine por primera vez. Siguiendo el hilo conductor de la fotografía, como metáfora maestra que subyace la descripción, y multiplicando las analogías y las frases parentéticas, Marcel Proust detiene el tiempo de la experiencia, lo congela en una sintaxis que equivaldría, verbalmente, a una secuencia filmada en cámara lenta, o a una serie de instantáneas fotográficas que fragmentan hasta lo imposible algo en apariencia tan singular como un beso.

Las últimas aplicaciones de la fotografía [...], al igual que un beso, pueden hacer surgir, de aquello que creíamos ser una cosa de aspecto definido, las otras cien cosas que también son, ya que cada una depende de perspectivas no menos válidas. En pocas palabras, si con frecuencia Albertine me había parecido diferente en Balbec, ahora —como si al acelerar milagrosamente la velocidad de las variaciones de perspectiva y de los cambios de coloración que nos ofrece una persona en nuestros diversos encuentros con ella, hubiera yo querido contenerlos todos en unos cuantos segundos para recrear experimentalmente el fenómeno que diversifica la individualidad de un ser y sacar, una tras otra, como de un estuche, todas las posibilidades que encierra— ahora en este breve trayecto de mis labios hacia su mejilla, fueron diez Albertines las que vi, porque esta muchacha era, ella sola, una diosa de múltiples cabezas; si trataba de acercarme a la última que había visto, otra se desplazaba para tomar su lugar. Por lo menos, mientras no la tocara, podía yo seguir viendo esa cabeza; de la cual emanaba un ligero perfume que venía hasta mí. Pero, ¡ay!, porque para el beso las fosas nasales y los ojos están tan mal situados como mal hechos los labios, de pronto mis ojos cesaron de ver y mi nariz, al aplastarse, ya no percibió ningún olor, y la cer-

canía tampoco me permitió conocer mejor el anhelado sabor del rosa. Supe entonces, por tan detestables signos, que por fin estaba besando la mejilla de Albertine. ♦

COMENTARIO Y TRADUCCIÓN
DE LUZ AURORA PIMENTEL



Mario Rangel

El beso de Judas en el santuario de Jesús Nazareno

♦
GUSTAVO CURIEL

Rara, inusitada y peregrina joya del arte virreinal es, sin duda alguna, el famoso santuario de Jesús Nazareno en Atotonilco, Guanajuato. Enclavado en la desolación, rodeado de punzantes y agrestes mezquites, cardos, huizaches y tunales, son sus acompañantes diarios, los ventarrones, el polvo y la extrema pobreza. En medio de todo esto se yergue la construcción barroca —situada encima de los ojos de agua de los antiguos manantiales de Aguascalientes—, atiborrada de laberínticos añadidos policromados, donde el *horror vacui* es regla a seguir en el diseño decorativo. No hay, pues, en el interior del santuario un solo espacio que no exorne un intrincado y sugerente programa simbólico de pintura mural.

El barroco conjunto de Jesús Nazareno y su polvoriento caserío rompen su habitual silencio ancestral cada vez que llegan a ellos, en fugaz visita, las tandas de peregrinos (hombres y mujeres, por separado), procedentes de todas partes de la República, con el objeto de ingresar a la exitosa casa de ejercicios espirituales, para salir purificados una semana después. Es entonces cuando los cilicios, los azotes, las coronas de espinas, las terribles llagas por cortaduras a mitad de los pechos de los hombres, los vestidos de novia de las mujeres ya limpias de pecado, la recia palabra de los guías espirituales, los celadores, el tormento, los gemidos, los cantos y las plegarias a Dios y la Virgen, la penitencia y el arrepentimiento, hacen su aparición en este olvidado, silente y mágico rincón del Bajío mexicano, para volverse bullicio, algarabía y fiesta de perdón. Los pocos metros de calle principal y su irregular plaza son durante estos días pingüe feria comercial de multitud de baratijas religiosas e inimaginables implementos para provocar el dolor físico.

La fábrica material del conjunto religioso fue comenzada en 1740 a instancias del padre Luis Felipe Neri de Alfaro, singular sacerdote oratoriano que dejó el cómodo, culto e ilustrado colegio de San Felipe Neri de San Miguel el Grande para irse a probar suerte como asceta a los pelados montes de Aguascalientes, a dos y media leguas de la famosa villa de españoles. Esto con la finalidad de propagar en otrora tierras de guachihiles, guamares, tepehuanes, copuces y otomíes el culto por la Pasión

y Muerte del Salvador, vía eficaz —según sus postulados— para la salvación de indios pecadores. Hay que destacar que la decoración del santuario —donde abundan multitud de escenas pintadas sobre el martirio y muerte de Cristo— fue producto de su intelecto y particular visión religiosa; lo mismo que los metros y metros de poesía que acompañan a las terribles escenas didáctico-decorativas, que las explican y que otorgan un especial sentido de reflexión sobre la muerte. Místico, eremita, visionario y poeta, el padre Alfaro hizo de la redención de pecadores su empresa de vida en un templo que construyó y decoró con su caudal. Cabe advertir que el religioso empleó casi cuarenta años en consolidar su mística utopía. Otra devoción que promovió este notable oratoriano, misma que fue constantemente representada en las paredes y las bóvedas del complejo religioso de Atotonilco, fue el novedoso culto —en su momento— por los corazones de Cristo y de María, devoción impulsada en su origen por los miembros de la Compañía de Jesús. De tal manera, las dos devociones promovidas por el padre Alfaro (la Pasión y el culto por los corazones dolientes de Jesús y María) fueron, a no dudar, preclaro ejemplo de la consolidación en América de los postulados contrarreformistas, que pregonaban el extensivo uso de las imágenes religiosas con un fin aleccionador. Las armas que usó el oratoriano en Atotonilco para limpiar del pecado a los indios fueron su propia voz, los textos poéticos que preparó y las imágenes pintadas que mandó colocar a lo largo y ancho de los muros y techumbres del santuario y capillas adyacentes. Los tres medios de persuasión funcionaron en conjunción armónica.

Según la tradición católica uno de los momentos clave dentro del cielo de la Pasión es el pasaje conocido como *El beso de Judas*. Este acontecimiento, debe precisarse, es el consecuente de la *Oración en el Huerto de Getsemaní* o de los Olivos (que da inicio a los acontecimientos pasionarios), y el antecedente, propiamente dicho, de la prisión, tormento y muerte del Salvador. Con el desleal acto del beso fingido por amor, el fementido apóstol Judas Iscariote entregó a su Maestro a los hombres, hecho que desata los acontecimientos de la Pasión, mismos que se suceden uno a

uno, como cadena de oprobios en la persona de Jesús, para culminar con la Muerte y Resurrección de Cristo. De ahí su capital importancia en la secuencia cristológica de Pasión de este infausto beso ofrecido con prodición.

Dado que el padre Alfaro hizo contar en el santuario de Atotonilco todos y cada uno de los momentos de la Pasión, *El beso de Judas* aparece pintado en la parte más oriente del primer tramo de bóveda del seudonártex que antecede a la nave de la iglesia de Jesús Nazareno (ca. 1763). Es necesario aclarar que este pasaje fue poco representado en el arte colonial. Conozco solamente otras dos pinturas con el mismo tema. Una, producto del pincel de Gabriel José de Ovalle, que se custodia en el zacatecano colegio de *Propaganda Fide* en Guadalupe, y un cuadro anónimo de las colecciones de pintura del Museo de las Intervenciones de Churubusco; ambas fechadas en el siglo XVIII.

Ahora bien, el tema de *El beso de Judas* entraña en su significación más profunda el negativo concepto de la traición humana. De ahí que los católicos identifiquen a esta acción de Judas Iscariote (el apóstol desleal), con el pago de las treinta monedas por las que se vendió al Salvador a la frágil ley de los hombres, con la locura y el suicidio del apóstol no deseado, con el poder que se otorga al demonio sobre la humanidad para mal aconsejarla y torcerla, etcétera. Tal vez debido a la negativa carga conferida al pasaje y al hecho de que sean dos hombres los que se besan responde la escasez de la escena en la pintura virreinal. Habrá que esperar otros aires y otros tiempos para que en el arte de nuestro país se trate el tema del beso con deleite, erotismo, sensualidad o pasión.

Los tres sinópticos (Mateo, Marcos y Lucas) narran en sus Evangelios de la Biblia este singular pasaje. Los tres textos que informan sobre el suceso que aquí se analiza son muy parecidos entre sí; se siguen casi a la letra. A continuación se transcribe el que consigna san Marcos con el objeto de conocer la información literaria que nutrió a la escena en estudio.

Todavía estaba hablando [Jesús], cuando llegó Judas, uno de los Doce, acompañado de un grupo numeroso con espadas y palos, de parte de los sumos sacerdotes y los ancianos del pueblo. El que le iba a entregar les había dado esta señal: "Aquel a quien yo dé un beso, ese es; prendedle." Y al instante se acercó a Jesús y le dijo: "¡Salve Rabbí!", y le besó. Jesús le dijo: "Amigo, ¿a lo que estás aquí?" Entonces aquellos se adelantaron, echaron mano a Jesús y le prendieron (*Mateo*, 26: 47-50).

San Lucas agrega por su parte como novedad en la descripción de este suceso: "Judas, con un beso entregas al Hijo del Hombre!" (*Lucas*, 22: 48). Si se observa con cuidado el sentido de las palabras que san Lucas pone en boca de Jesús se caerá en cuenta de que para la tradición judaica el beso no tenía el aspecto negativo de traición (Jesús se extraña sobremanera que con un beso se le entregue) Es apartir de los textos de los tres evangelistas que se identificó al acto de besar con los bajos y terribles instintos de la traición; actitud negativa que prevalecerá en el cristianismo y su arte.



El beso de Judas, santuario de Jesús Nazareno, Atotonilco, Guanajuato

Ahora bien, Luis Felipe Neri de Alfaro echó mano para la realización de su monumental empresa decorativa en el santuario de Jesús Nazareno del pintor (tal vez de ascendencia mulata) Miguel Antonio Martínez de Pocasangre. Artista de grandes vuelos, aún no estudiado, fue, al parecer, el iniciador de una importante escuela de pintura mural (parietal y de lienzos de carácter monumental) que se desarrollará principalmente en la zona de San Miguel el Grande y sus alrededores. Los también desconocidos Juan Baltasar Gómez y José Baltasar Gómez serían entonces los continuadores de esa tradición muralística local; la obra pictórica de estos dos artistas, sin lugar a dudas familiares, se localiza en la iglesia de la Tercera Orden, en la parroquia, en el templo de San Juan de Dios y en la iglesia de San Antonio de la Casa Colorada, de la población de San Miguel de Allende.

El monumental programa mural ejecutado por Martínez de Pocasangre está pintado al temple; hay algunas partes terriblemente alteradas por retoques tardíos, realizados al óleo. Las ricas composiciones son alarde de la forma en que los pintores novohispanos, junto con los directores intelectuales que crearon los programas didácticos, reciclaron los grabados europeos, adaptándolos a una nueva realidad, la americana (en este caso los muros y las bóvedas de un santuario en medio de los huizachales y mezquitas en el Bajío novohispano). Vale la pena hacer notar que las imágenes que informan y sirven de fuente de inspiración a las pinturas del ciclo de la Pasión de Martínez de Pocasangre son los grabados que realizaran los hermanos Wiericx para ilustrar la *Evangelicae Historiae Imagines* (*Imágenes de la historia evangélica*), celebrísima obra del jesuita, nacido en Mallorca, Jerónimo Nadal. Este texto y los múltiples y maravillosos grabados fueron publicados en la ciudad de Amberes, en 1593. Se observa entonces cómo el padre Alfaro y Martínez de Pocasangre adaptaron los antiguos grabados a sus fines didáctico-religiosos al desplegarlos a otra escala en el santuario de Atotonilco, les dieron un nuevo tiempo de función y los llenaron de color. Las principales novedades son: la readaptación de las imágenes para un nuevo ámbito y público, la nueva puesta en escena y la proliferación de motivos derivados de la rocalla francesa; es decir, artista y director intelectual transformaron a los

viejos pero eficientes grabados manieristas en imágenes barrocas llenas de color y rocalla dieciochesca.

Ahora bien, la escena que motiva estas líneas se dispone —como ya se advirtió— sobre un gran espacio triangular que genera el terceleto oriental de la primera bóveda de arista del aumento que sufrió la nave original. El sitio elegido para desplegar a la escena de *El beso de Judas* es primordial dentro del conjunto, puesto que es una de las primeras pinturas que observa el espectador al ingresar al templo. El mensaje a transmitir no es complejo y puede resumirse en pocas palabras: traición y, en consecuencia, tormento y muerte. Ésta es la carga simbólica que ha dado el arte occidental a la escena del *Beso*, misma que el padre Alfaro y Martínez de Pocasangre supieron explotar —como ya se ha visto— al retomarla para sus fines religiosos y artísticos contrarreformistas.

En la parte central de la pintura aparecen representados Jesús y Judas Iscariote; este último abrazándolo y dispuesto a besarlo. Es interesante hacer notar que sobre las espaldas del apóstol traidor se dispuso a la figura de un demonio, que adopta la anatomía de un simio (es la *Simia Dei* que registra el cronista franciscano Gerónimo de Mendieta). El maligno ser se prende a Judas tomándole con sus garras por el pelo de la nuca; es decir, se sitúa cerca de sus oídos para mal aconsejarle. Acompañan a Jesús en la escena los once apóstoles restantes (algunos de ellos muy esquematizados), en tanto que del lado en que fue pintada la imagen de Judas Iscariote se incluyeron las figuras que conforman al ejército del sanedrín, las cuales portan rico aparato militar compuesto de corazas, cascos, espadas y calzas. Algunos de ellos llevan cadenas para prender al Mesías. La escena se rige por las leyes de la más estricta estereotomía, tanto en la disposición en que fueron colocadas las figuras principales y los grupos que la componen, como por su maniqueo simbolismo implícito. A la derecha de Jesús aparece representado lo positivo, lo bueno (son las figuras de los apóstoles), en tanto que a la izquierda Martínez de Pocasangre colocó a Judas y su tropa como vivas encarnaciones del mal; todos los integrantes de este último grupo se hallan bajo la tutela del demonio-simio.

En lo tocante al colorido, cabe decir que éste es más bien pobre aunque bien balanceado. La paleta de Martínez de Pocasangre, si bien reducida, gusta de experimentar con las gradaciones tonales, a la vez que satura al máximo los colores, con el objeto de propiciar ricos y violentos contrastes. Así, la escena de los apóstoles es luminosa, contiene más luz; en cambio, la parte de simbolismo negativo utiliza como recurso plástico de gran dramatismo el contraste de los colores más oscuros y la saturación total de los pigmentos.

El discurso pintura-texto (ya se ha hecho mención de que el padre Alfaro compuso los poemas que acompañan a las imágenes) aparece por todos los espacios del santuario. Se puede decir que no hay escena o imagen pintada que no tenga relación con un poema, quintilla, octava, soneto, décima o sentencia latina escrita. Transcribo aquí, por primera vez, el que explica y da sentido a la escena de *El beso de Judas*. Se trata de una bella octava, característica de la poesía barrocanovohispana.

Estando ya en la Oración
viene el amigo fingido

y besándolo atrevido
lo entrega sin compasión
vánlese [sic] de esta ocasión
los Judíos para amarrarlo
y defiende mi JESÚS
a su sacro Apostolado

Hacen contraparte y complementan a la representación del *Beso* otras tres pinturas situadas en los restantes terceletoes. El discurso narrativo inicia con la despedida que se supone tuvo Jesús con su Madre antes de la Pasión (de la cual recibe la bendición), tema apócrifo que no encuentra sustento en los evangelios canónicos. En seguida aparece la representación de la *Oración en el Monte de los Olivos* para finalizar la secuencia narrativa de Pasión con el momento en que el apóstol Pedro se dispone a cortar la oreja a Malco, fiero atacante de Jesús en el *Prendimiento*. Al centro de las referidas escenas aparece un interesantísimo motivo circular, formado por ocho enormes clavos que resaltan una cruz, que en su intersección ostenta la figura de un flamígero corazón. Sobre siete de las clavos se observan dispuestas el mismo número de espadas de dolor, elementos punzantes que aluden en su simbolismo a los siete dolores que sufrió María a lo largo de su vida. La octava clava se halla ocupada por el cuerpo de la mencionada cruz. Este complicado motivo simbolista contiene la siguiente inscripción, dispuesta en los ocho espacios en que se fragmenta: "Ait Simeon, Ad Mariam, Virginem, Tvam, Ipsivs, Animam, Pertransivit, Gladivs", sentencia latina alusiva a la profecía que hiciera a María el sacerdote Simeón en el templo, durante la *Presentación del Niño*. "Simeón dijo a María Virgen, y una espada atravesará tu alma." Transcribo al fin la sentencia pintada bajo la bóveda de ingreso, la cual resume las aspiraciones de la empresa contrarreformista del padre Luis Felipe Neri de Alfaro y su pintor Miguel Antonio Martínez de Pocasangre. "Sea Eternamente Alabado El Nazareno Divino, El Señor de Aguas-calientes, Protector de Atotonilco." ♦

Bibliografía

- Díaz y de Ovando, Clementina, "La poesía del padre Luis Felipe Neri de Alfaro", en *Anales del Instituto de Investigaciones Estéticas*, UNAM, Instituto de Investigaciones Estéticas, México, núm. 15, 1947, pp. 51-98.
- García Sáiz, María Concepción, "Las 'imágenes de la historia evangélica' del P. Jerónimo Nadal y la pintura en Ayacucho (Perú)", en *Cuadernos de Arte Colonial*, Museo de América/Ministerio de Cultura, Madrid, núm. 4, mayo de 1988, pp. 43-66.
- Maza, Francisco de la, *San Miguel Allende*, UNAM-Instituto de Investigaciones Estéticas, México, 1939.
- , *San Miguel de Allende*, Frente de Afirmación Hispanista, A.C., México, 1972.
- Mercadillo Miranda, José, *El venerado e histórico santuario de Atotonilco*, Guanajuato, s/e, San Miguel de Allende, 1965.
- Santiago Silva, José de, y Juan Diego Razo Oliva, *Atotonilco: visión mística y libertaria*, Gobierno del Estado de Guanajuato, México, 1985.

Un poema



HUGO GUTIÉRREZ VEGA

Para Titos Patrikios y Rena

Estamos juntos al lado del fuego y afuera la noche gime y golpea las puertas de la casa.

Hace poco abrimos la ventana y vimos cómo las nubes de la tormenta de invierno cubrían el angustiado rostro de la luna.

El viento gira, dueño de todo, por las calles de la isla, levanta papeles, rasga banderas y derrota a las últimas hojas de las moreras.

Esta noche es del viento.

Es mejor cerrar todas las puertas y ventanas, unir nuestras manos y nuestras cabezas.

El invierno pasará y llegará la primavera con sus miradas de promesas y amenazas.

Por ahora y mientras el viento desfigura las nubes y los árboles, hagamos los gestos para detener al tiempo y al destino.

El mejor es un beso largo y con los ojos cerrados.

El tiempo y el destino ganarán la partida, pero ese momento dorado perdurará hasta que los dedos de la primavera toquen las ventanas.

El beso debe ser prolongado y suave.

Estamos ya en los umbrales de la vejez, pero esto no importa demasiado. Para el poeta de estas islas el beso de los ancianos alegra doblemente el corazón de Afrodita.

De besos y etimologías

JOSÉ G. MORENO DE ALBA

Quien lea el delicioso capítulo que el Kama Sutra dedica a los besos y a sus complicadas clasificaciones se enterará, por ejemplo, de que si se trata de besar a una joven doncella, hay tres clases de besos: *nominal* (la joven toca solamente la boca de su enamorado con la suya); *palpitante* (toca el labio que oprime su boca moviendo su labio inferior); *tocante* (toca el labio de su amante con su lengua). Aprenderá que hay también besos rectos, inclinados, vueltos, oprimidos, moderados, contraídos, apretados, dulces, que incitan al amor, que distraen, que despiertan... En los besos, según este sapientísimo manual, intervienen los labios, los dientes, la lengua, el paladar. Se enseña ahí también la técnica de cada movimiento, la presión que debe ejercerse, los juegos aparentemente ingenuos que pueden practicar los amantes al besarse.

Ahora bien, quien acuda al célebre primer verso de *El cantar de los cantares*, si tiene alguna sensibilidad, no dejará de apreciar la sobria poesía amorosa que el sacro autor pone en labios del amante:

bésame con los besos de tu boca,
pues mejores que el vino son tus amores

Es probable que ese hipotético lector siga adelante con ese libro, atribuido a Salomón. Llegará así al versículo 11 del capítulo 4:

panal destilan tus labios, esposa;
miel y leche hay bajo tu lengua

Nada difícil resulta justificar a plenitud las exageraciones eróticas del carmen quinto de Catulo, en la perfecta versión de Rubén Bonifaz Nuño:

Dame mil besos, y después un ciento;
luego otros mil, luego segundos ciento;
luego otros mil seguidos, después ciento.

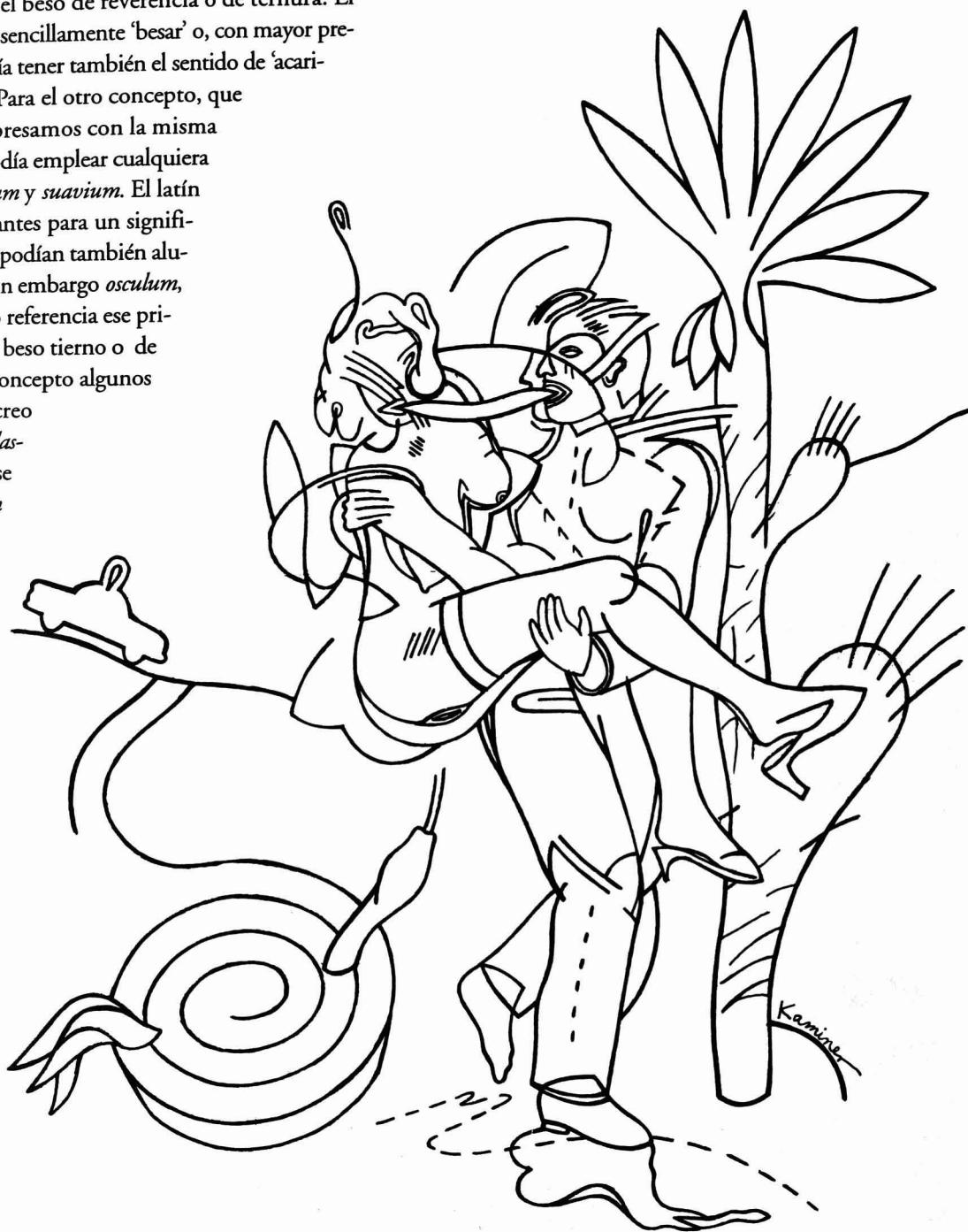
Luego, cuando hecho habremos muchos miles,
los turbaremos, porque no sepamos,
o no pueda aojar algún malvado
cuando sepa qué tanto había de besos

Cuando leo éstos y otros cientos de textos más de análoga naturaleza, me resisto a aceptar la higiénica y, en algún sentido, mecánica definición que del verbo *besar* me entrega el Diccionario académico, al que copian muchos lexicones más: "Tocar u oprimir con un movimiento de labios, a impulso del amor o del deseo o en señal de amistad o reverencia." No me detengo en discutibles detalles de sintaxis, como por ejemplo el que *carezcan* ahí de objeto directo los verbos transitivos *tocar* y *oprimir*. Entiendo que lo que quiere decirse es que *todo* puede ser besado; en eso estoy de acuerdo. Ahora bien, que cualquier beso sea producto sólo del movimiento de los labios, nadie lo cree, sobre todo si es "a impulso del amor o [destacadamente] del deseo". No creo necesario ser más explícito, pero no cabe duda de que en esos cientos de besos de que habla Catulo, quiero imaginar, interviene algo más que un "movimiento de labios" que tocan u oprimen.

Me parece que lo que sucede es simplemente que en español disponemos de sólo una palabra para designar dos conceptos en verdad diferentes. En la definición que comento, se considera, en la primera parte (tocar, oprimir, movimiento de labios...), sólo una de esas ideas; en la segunda, cuando se explican las causas del besar, se pretende, sin éxito, aludir también a la otra ("a impulso del deseo"). Coincido en que cuando alguien besa la Biblia o el anillo de un obispo, e incluso cuando besa la frente de su madre, no hace otra cosa que tocar u oprimir con los labios, "en señal de amistad [amor] o reverencia". ¿Son esos los besos de *El cantar de los cantares* y de Catulo? No: se trata sin duda de otro concepto. En términos de la teoría del signo lingüístico, son dos referentes, dos significados y un solo significante.

Los romanos, excelentes conocedores de estos asuntos, no solían confundir estos conceptos. Para uno de ellos disponían

de un vocablo: el diminutivo de *os* ('boca'), *osculum* ('boquita') que pasó a designar el beso de reverencia o de ternura. El verbo *osculari* significaba sencillamente 'besar' o, con mayor precisión, 'dar un beso'; podía tener también el sentido de 'acariar, amar con ternura'. Para el otro concepto, que nosotros en español expresamos con la misma palabra (*beso*), el latín podía emplear cualquiera de dos sustantivos: *basium* y *suavium*. El latín disponía de dos significantes para un significado. Estos dos vocablos podían también aludir al primer concepto; sin embargo *osculum*, casi siempre, tenía como referencia ese primer referente, es decir el beso tierno o de reverencia. Al segundo concepto algunos lexicógrafos lo llaman, creo que atinadamente, beso *lascivo*. Éste podía expresarse con los vocablos *basium* y *suavium*. 'Besar lascivamente' era *basiani* o *suaviari*. *Osculari* equi-



Saúl Kaminer

valía a 'besar sin lascivia'. En el carmen 7, sea por caso, escribe Catulo:

Tam te basia multa basiare
Vesano satis et super Catullo est

y traduce Bonifaz Nuño:

que beses tantos besos tú, bastante
es a Catulo el loco, y demasiado

Existe ciertamente en español la voz *ósculo*. Refiere en efecto al beso reverente o afectuoso; es sin embargo, en lengua hablada y aun en la escrita, de muy escaso uso. En algún mal diccionario se anota, como sinónimo de *beso*, *acolada*, que nada tiene que ver, pues con ello se designa el abrazo con el que se armaba a alguien caballero. *Suavium* no dejó descendencia en español, lengua en la que de hecho igual llamamos *beso* (evolución de *basium*) al que es casta señal de veneración y afecto que al que tiene su origen en el muy saludable impulso del deseo. ♦

Todo tiene historia

ALFONSO REYES

Si abreviamos conceptos —o más bien, si los reducimos a su más simple expresión— podemos definir el espíritu filosófico en estos o parecidos términos: el que se interesa por los orígenes de las cosas. ¿Así, de las cosas en general? Sin duda, aun cuando sólo se trate, digamos, del origen del beso.

Porque el origen del beso es averiguable. Y aun cuando se ha dicho que, en asunto de besos, lo que importa no es hablar de ellos, sino sentirlos, lo cierto es que, desde Homero hasta Heine (o cualquiera otro), los poetas se han detenido siempre a cantar las preces del beso.



Alberto Castro Leñero

Los romanos distinguían tres clases de besos: los *oscula* en las mejillas del amigo; los *basia* en la boca, los que da el amor; y los *suavia*, que eran todavía otros besos más eruditos. En términos generales, el beso en la frente es un tributo de ternura; en la mano, de respeto; en el pie, de sumisión; en la mejilla, de afecto; en la boca, de amor. *Et tout le reste est littérature!*

En cierto viejísimo cuento mío —data ya de cuarenta y cuatro años— mi personaje refiere que un día cogió a su amiga por la orejas para darle un beso en la frente, como se coge un ánfora, y su amiga, sintiéndose ofendida de que la besaran al modo que se besa a los niños, rompió con él y lo abandonó para siempre.

Parece que en la India védica (2 000 años a.C.) sólo se usaba el consabido frotamiento de nariz con nariz, y que el contacto de boca a boca empezó apenas en los días del *Mahabharata*. Las autoridades dicen que, aunque el beso se propagó por los pueblos con singular fortuna, no llegó a establecerse en Egipto. Entre ciertas tribus indostánicas, como también en Borneo, el equivalente de “dame un beso” viene a ser: “huéleme”. Entre las tribus malayas “dar la bienvenida” a una persona es “olerla”. En el Escorial, los visitantes pueden admirar una imagen pétrea cuyos pies han sido gastados por la erosión de los besos de los fieles, y en San Pedro de Roma sucede lo mismo con una santa imagen de bronce.

Todo tiene una historia, como dice bien el sabio Haldane. Y, puestos a averiguar filosóficamente los orígenes de las cosas, hasta los orígenes de la gramática parda pueden rastrearse. Yo, al menos, en uno de los Breviarios del Fondo de Cultura Económica (*El pensamiento prefilosófico*) he dado con un documento egipcio de Ptahotep, varios siglos anterior a nuestra era, donde se recomienda a los funcionarios —paso a los nuestros el aviso— escuchar siempre a los solicitantes con paciencia, benevolencia y cortesía, “pues el solicitante agradece más la atención y la deferencia con que se lo escucha que el logro de sus pretensiones”.

Enero de 1955 ♦

Del beso a la ingeniería genética



HERMINIA PASANTES

Hablar del beso desde un punto de vista biológico puede ser molesto para algunos lectores. Aun cuando todas las manifestaciones de la conducta humana se contemplen desde una postura materialista y reduccionista, resulta desagradable pensar sólo en cuáles son los músculos, las terminaciones nerviosas, los receptores sensitivos, las conexiones intercerebrales, los neurotransmisores que constituyen el mecanismo de esa incitante sensación. Si algunos investigadores se interesaran en el tema, seguramente encontrarían que no es fácil abordarlo (pero no faltarían voluntarios, sobre todo si se eligen bien las contrapartes) porque, ¿será lo mismo besar teniendo la cabeza cubierta de electrodos? Aunque siempre un beso es deleitable, hay en la naturaleza besos que, además, son útiles. Ésos son, aunque parezca increíble, los besos de las bacterias.

Las bacterias son organismos muy sencillos, formados por una sola célula, que tienen la capacidad de reproducirse por simple división y aumentar exponencialmente su número en horas. Esta propiedad es muy útil para los estudios genéticos aunque, por desgracia, también es la responsable de la eficiencia de las especies patógenas para causar problemas a los individuos a los que parasitan. Las bacterias, aunque pertenezcan a la misma especie, presentan diferencias pequeñas en su biología, que se deben a cambios puntuales en su contenido genético y constituyen lo que los microbiólogos han designado como distintas cepas de una misma especie. Sabemos que el material genético que perpetua todas las características de una célula, lo mismo en las bacterias que en la más complicada célula del cerebro del hombre, está contenido en el DNA, una macromolécula cuya estructura y organización fueron descifradas hace ya casi treinta años por Watson y Crick. En principio, en los organismos unicelulares que se reproducen por simple división, el material genético permanece inmutable, transmitiéndose idéntico, de generación en generación. Sin embargo, se ha visto que en las bacterias esto no es así y que algunas pueden modificar espontáneamente su DNA o adquirir nuevo material genético de fuentes externas que, al mezclarse (recombinarse) con su propio

DNA, genera un individuo diferente en algunos aspectos del que le dio origen.

¿Cómo adquieren las bacterias el nuevo material genético? Se han encontrado tres mecanismos, a saber:

1) La transformación, que implica la captura por parte de las bacterias de material genético (DNA) que se encuentre en el medio en el que se desarrollen. Esto ocurre en forma natural, pero también puede hacerse experimentalmente, abriendo pequeños poros en la membrana de la bacteria, a través de los cuales puede introducirse el DNA.

2) La conjugación, que es la transferencia de material genético de un individuo a otro, mediante un contacto físico entre las dos bacterias.

3) La transducción, que implica la transferencia de material genético de un virus a una bacteria. Generalmente estos virus son parásitos de las bacterias, y se conocen comúnmente como bacteriófagos o simplemente fagos.

El conocimiento detallado de estos mecanismos de transferencia de material genético a las bacterias ha sido de enorme importancia, no únicamente para la construcción de mapas genéticos en especies mucho más complejas, incluyendo al hombre, sino porque a partir de estos conocimientos se ha desarrollado la tecnología del DNA recombinante, que es la base de la ingeniería genética.

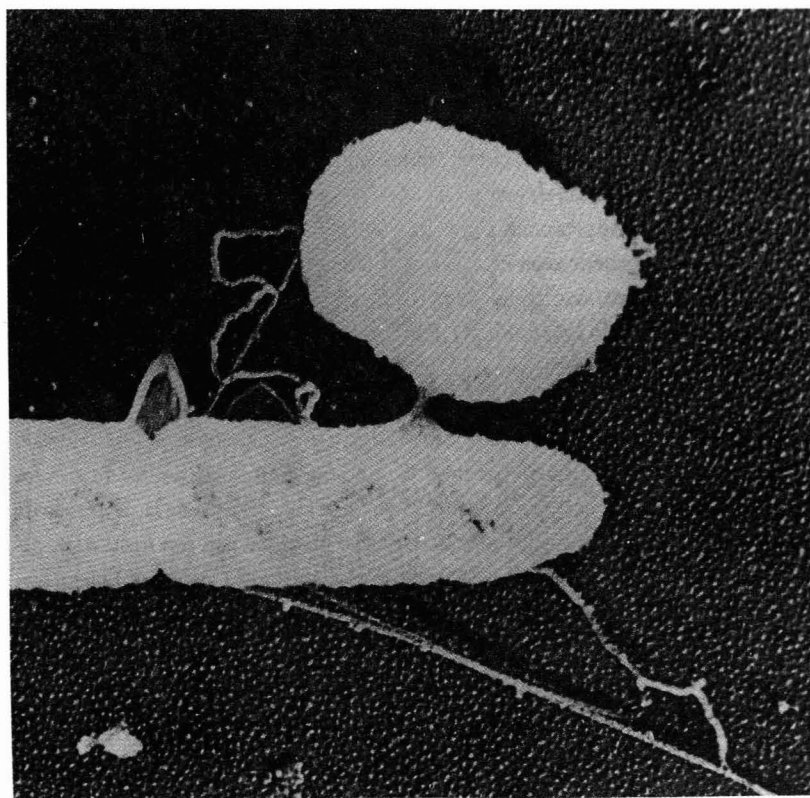
Las distintas cepas de una especie bacteriana pueden presentar características algo distintas. Por ejemplo, algunas pueden crecer en un medio que contiene ciertos elementos nutritivos y otras no. Estas diferencias son el resultado de la presencia de elementos (proteínas, enzimas) que, a su vez, son necesariamente el reflejo de un cambio en su contenido genético. Los microbiólogos interesados en estos temas observaron que, en algunas ocasiones, cuando ciertas bacterias con una característica definida, tal como la de aprovechar algún elemento nutritivo específico (que pueden llamarse g+), crecen en presencia de otras que no tienen esta capacidad (g-), al cabo de un tiempo las segundas la han adquirido. En un principio se pensó que, de alguna

manera, la información genética, o algún elemento capaz de modificarla, era expulsado al medio por las bacterias de un tipo y adquirido entonces por el otro. Sin embargo, mediante un experimento sencillo se demostró que no era éste el caso. Si el DNA o el elemento modificador se encontrara en el medio, al exponer a las bacterias g- a este medio proveniente de las g+, las g- podrían asimilarlo y adquirir de esta forma la capacidad funcional de las g+, sin estar nunca en contacto con ellas. Esto no fue así, sin embargo, y los microbiólogos concluyeron que el material genético debía ser entonces transferido por contacto entre las bacterias. El examen largo y acucioso de los cultivos permitió detectar el momento en el que se establecía una comunicación física entre las bacterias, proporcionando así un fundamento a la hipótesis del contacto. En una fotografía que se volvió clásica (ver foto), se documentó la formación de un puente de comunicación entre dos bacterias, a través del cual se transfiere el material genético. Las bacterias se acercan, sus membranas se tocan, después se funden y, a través de esa comunicación, parte del material genético pasa de una a la otra. El beso de las bacterias es largo (puede durar hasta noventa minutos), apasionado y fructífero. Entre más tiempo dure, mayor será la transferencia del material genético. Sin embargo, el asunto no es tan sencillo como parecía al principio, ya que pronto los investigadores se dieron cuenta de que no se trata en realidad de un intercambio de DNA, sino de una donación, es decir, una bacteria da y la otra recibe el DNA. Al buscar las diferencias entre las características del donador y las del receptor se encontró que, en efecto, las bacterias (de la especie *Escherichia coli*, que es en la que se llevaron a cabo estos estudios) son de dos tipos: las masculinas (las donadoras) y las femeninas (las receptoras). Más adelante se descubrió que

las bacterias donadoras tienen esta capacidad debido a la existencia de un factor, al que se nombró factor de fertilidad, del cual carecían las receptoras. En algunas donadoras se encontró el elemento genético de un factor que les permite una frecuencia de recombinación mil veces mayor que la de las cepas donadoras normales. A éste se le llamó factor de transferencia de alta frecuencia. El código genético de los factores de transferencia se encuentra localizado en una estructura de la bacteria llamada *plásmido*. Éste es un elemento genómico, es decir, una especie de cromosoma, formado por DNA, pero que se encuentra ubicado en la periferia de la célula, alejado de los otros cromosomas de la bacteria, que usualmente se localizan en el centro. El plásmido tiene una estructura circular que contiene distintos genes, y que se copia y reproduce en forma autónoma, independientemente del resto de los cromosomas de la bacteria. Entre el material genético que contienen los plásmidos, hay uno de particular importancia y es el que confiere a las bacterias la resistencia a los antibióticos. Poco después del descubrimiento de los antibióticos, los médicos se encontraron con el problema de que las bacterias desarrollan una resistencia a los efectos de aquéllos; con ello pierden su capacidad bactericida, lo que ha hecho necesaria una batalla constante, tendente a fabricar nuevos antibióticos a los que sean sensibles las bacterias. La resistencia a los antibióticos es un rasgo genético que se transmite a los descendientes de la bacteria que lo ha desarrollado. En algún momento, sin embargo, esta característica de resistencia puede transmitirse a otras bacterias a través de la transferencia de plásmidos durante el aparentemente inofensivo acto de besar, ya que es precisamente en los plásmidos en los que se ubica el material genético que confiere a las bacterias la resistencia a los antibióticos y que se llama

factor de resistencia. Como el tema es vital para la salud humana, se dedicaron esfuerzos y recursos muy grandes para su investigación, y aunque el problema en sí no se ha resuelto por completo, ya que es más fácil fabricar nuevos antibióticos que cambiar la fisiología de la bacteria, la investigación en estos aspectos fue muy fructífera para el avance del conocimiento y las aplicaciones de las técnicas del DNA recombinante, en las que se basa el progreso de la ingeniería genética.

Los plásmidos pueden separarse de las bacterias en forma sencilla y obtenerse en gran cantidad. Por lo tanto, pueden ser utilizados como vectores (transportadores) de algún material genético que quiera introducirse en una bacteria. Como se mencionó previamente, los plásmidos contienen el factor de fertilidad que hace posible la conjugación entre las bacterias y la subsecuente transferencia del material genético. Ésta es la forma en la que en la naturaleza se transfiere el material biológico de una a otra bacteria. Para hacer esto en gran escala, sin embargo, no puede dejarse el proceso a la voluntad caprichosa de las bacterias; por ello el "beso" se reemplaza por una prosaica técnica



de laboratorio que consiste en hacer, temporalmente, mediante una descarga eléctrica, pequeños agujeros en la membrana de las bacterias, por los que pueden introducirse los plásmidos. De esta forma, es posible introducir en una bacteria un plásmido que puede haberse modificado experimentalmente en el laboratorio para que contenga la información genética de una proteína humana, o de cualquier otra especie, que le interese al investigador. La bacteria transformada va, entonces, a incorporar esa información del plásmido modificado a su propio genoma (recombinación) y a copiarla y reproducirla a través de millones de generaciones descendientes. Estas bacterias formarán entonces grandes cantidades de proteínas, hormonas o cualesquiera sustancias que hayan estado codificadas en el material genético que experimentalmente se introdujo en el plásmido. Esta manipulación permite, por ejemplo, la producción masiva, por medio de las bacterias, de hormonas o proteínas necesarias para el hombre, como la insulina. El procedimiento consiste en aislar del gene humano o de algún otro animal que también tenga esa hormona o proteína el fragmento del DNA que contiene el mensaje para que la proteína sea fabricada. Esto se consigue a través de unas proteínas (enzimas llamadas endonucleasas de restricción) que, como tijeras biológicas, van a cortar al DNA en fragmentos específicos. Una vez obtenido el fragmento que se desea, el proceso continúa con la inserción de ese material genético en un plásmido de bacteria, de modo que forme ya parte de su bagaje genético. Al detectarse que el factor de la resistencia a los antibióticos se encuentra precisamente en los plásmidos, fue posible seleccionar las bacterias que efectivamente, adquirieron el plásmido modificado haciéndolas crecer en un medio con antibióticos. En estas condiciones, sólo sobrevivirán aquellas bacterias que tengan el factor de resistencia al antibiótico y, en consecuencia, ésta es una indicación de que incorporaron el plásmido con el material que el experimentador quiere reproducir. Como las bacterias van a reproducirse de manera vertiginosa, de forma igualmente rápida se sintetizará la proteína o la hormona que se crea a partir del material genético que se introdujo a la bacteria. Así, las bacterias se transforman en fábricas del material que les ha sido introducido por el hombre; después, la tarea de los químicos es simplemente "cosechar" las cantidades enormes de la hormona o la proteína que estarán formando las bacterias. En la actualidad ya existen compañías comerciales atentas a estos avances de la ingeniería genética para aprovechar las ventajas que en este sentido proporciona la investigación en biología molecular. Aunque se está todavía lejos de obtener resultados prácticos a gran escala, es indudable que las perspectivas que ofrecen estas manipulaciones genéticas son impresionantes, a la par que en cierto sentido atemorizadoras. Es apasionante pen-



Carlos Jaurena

sar que se podrían insertar en las células de la papa, por ejemplo, los genes que hacen que los manglares puedan vivir en aguas salobres y que se podrían regar los cultivos de papa con agua de mar. Estamos todavía muy lejos de eso, por supuesto, pero las perspectivas sustentadas en el avance continuo de la investigación superaron ya la etapa de ciencia ficción.

El conocimiento de estos aspectos de la biología de las bacterias ha permitido también el progreso en áreas como la genética molecular, que a su vez ha logrado, por ejemplo, localizar defectos genéticos en padecimientos hereditarios. Asimismo, ha llevado a la realización de un ambicioso proyecto en el cual se pretende conocer la estructura molecular de todos los genes de los cromosomas de la células humanas. Éste es un magno programa, que no estará terminado antes de finalizar el siglo, conocido como el *Proyecto del Genoma Humano*, en el que un gran número de investigadores de todo el mundo están concentrando sus esfuerzos. La tarea es monumental, si se considera, por ejemplo, que el genoma de una bacteria es mil veces menor que el del hombre. Sin embargo, la empresa es factible gracias a las herramientas técnicas que en gran parte se derivaron del descubrimiento del inocente contacto entre dos bacterias. ♦

La muerte del beso



PURA LÓPEZ COLOMÉ

*Tú, oración,
tú, blasfemia,
tú, navaja en la oración
de mi silencio.*

Paul Celan

Quise hallarte dentro de mí
sabiendo que aquella oscura habitación
me deparaba vértigo en concavidades.
Quise, busqué tu rostro.
Quise de tal modo contemplar
la parte tuya dentro mío
que lograra atraer a las demás
y unir mi boca a otra, otras,
para ver cómo es el sueño.
Saber que en todo hay dos
salivas, ríos de vida,
fluyendo, influyéndose,
saber

qué sé, a qué sé,
lenguas de fuego sumergidas
en este mar de los misterios,
bañadas de oro
porque oro,
el Verbo se desprende hablado
y es muerte corporal escrita,
divina materia que besa eternamente
las espumas de una luz marina.

Mors osculi

hecha de amar, desear, sacar la cifra
pura, impura, lengua que dijo

En el principio,

conjugada y sublimada:

Soy el que soy,

ven a mí,

acércate con la boca abierta,

siente mi aliento,

llénate del Nombre,

abre los ojos y verás

Nada.

*

Espero afuera del salón de clases de tercero de primaria.
El examen será oral, individual: *el mal*. Todo el mundo tiem-
bla. Se trata de una prueba de lengua *nacional*. Siento la
boca seca, pastosa, el velo del paladar partido. Soy toda gusto
estéril, verdadera cornucopia ahogada. Entro. Cierro la
puerta. Subo despacio a la tarima. "Conjuga lo que quieras
en cualquier tiempo", se me indica. Sin dudar un ins-
tante, yacer es mi elección, presente imperfecto de mis con-
jugos. Transparente, revelada, *exultó mi lengua*.

*

Reanimada, vuelta ánimo,
reincorporada, vuelta cuerpo,
contemplo entre sueños
una escena que he robado
como quien tomó el fuego,
como quien abrió la caja
de los males por curiosa,
como quien vio en sí misma
una igual del compañero,
el amor de su vida,
y se dispuso a hacerlo
sin esfuerzo, sin peso de más,
agua y aire sobre aquella obra sublime,
plena de paisajes interiores.
Así tomé exactamente
lo que no era mío,
con los ojos.
Vi el mar en tus entrañas;
en tu superficie, el barro.
Te besé como un naufrago,
como quien insufla la palabra.
Recorrí con los labios

todo ese continente,
Adán, de tierra, Nada.
Me conocí en tu materia
aterrada,
desprendiendo aromático vapor,
amatorio banquete de cenizas.

*

Agencia de inhumaciones. Pregunto con insistencia a varias personas por separado: ¿qué quiere decir? (La palabra desea.) Alguien me responde: enterrar. Otros me aconsejan guardar silencio. El vocablo exequias. La voz de las honras fúnebres. Me quedé pensando en humo y luego en humus y solté la carcajada. Un ataque de risa. El día anterior había aparecido en un libro de ciencias naturales: materia orgánica completamente descompuesta, que forma parte de la tierra vegetal. Limo. Inhumar, sepultar, ¿tan pronto? Mejor querría acercarme a su mejilla. Oler su olor. Aunque así exhumara el deseo con que concibió a este ser de carne y hueso.

*

Tendré que comer tu carne,
beber tu sangre...
y no moriré para siempre,
¿verdad? Verdad.
De palabra y obra.
De obra en la palabra.
Doy mi palabra
y regresa a mi boca.
La trago, la digiero o la vomito.
Cuántas veces he dicho
*mi ánimo está acercándose a la cima
del desconsuelo, ya no sé ni qué decir,
qué nombre ponerle al sufrimiento*
y cuántas otras he vomitado
*cómo lo siento,
mi más sentido pésame.*
Recuerdo, en cambio, el agua viva
de un deslumbramiento,
una de tantas noches
con el corazón latiendo tanto
que se veían sobre mi pecho
su angélico ascenso y su descenso,
es el corazón un espíritu puro
hecho de palabras digeridas.
Habla desde las fuerzas invisibles
e inasibles que suben y bajan
del manantial hasta el terror.

Un batir de alas más intenso
que el golpe certero del cincel.
Llega a la garganta, es eco
del poder sutil

a heart murmur

del poder creador

un soplo en el corazón

del poder que al sueño invita

the chambers of the heart

y del que expulsa de la vida

los ventrículos del corazón.

Basta ya. El músculo repiquetea:

Salte de la diástole y la sístole.

Fuera, fuera de aquí.

La lengua del placer,

la del circunloquio, espera,

no la del beso seminal

en las fauces del profeta:

"Y sucederá en los últimos días,

dice Dios,

que derramaré mi espíritu sobre toda carne,

y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas,

y vuestros jóvenes verán visiones,

y vuestros ancianos soñarán sueños."

En cada uno, un fragmento del cristal
significado.

Torre caída sobre hombre caído

sobre los granos de arena

que darán forma nuevamente

al muro de las lamentaciones,

a la muralla que cual navaja

parte en dos oriente y occidente.

Una palabra Tuya bastará para sanar mi alma.

¿Cuál? ¿El soplo o el murmullo?

¿El aliento que da espíritu

o el sonido suave que predica

como viento entre las hojas?

Latidos, golpes sobre las puertas del cuerpo, *ábreme,*

sobre los portones del mundo, *ciérrame,*

sobre los umbrales todos.

*

Una es la pluma interior que explica cómo me voy consumiendo, conservando, transformando. Soy. Otra es la que busca y encuentra respuestas allá afuera. Estoy. Pero ¿en qué lengua me he de confesar? ¿Cómo des-ahogar un *regodeo* en algo que no sea el español en cuyas vísceras

*

una sogà

una tira de sábanas desde la ventana,

Sus sílabas ahora me maldicen:
 “Ya te alcanzaste,
 te has estirado hacia ti misma,
 cuán minúscula;
 bienvenida al paraíso
 de las perfectas omisiones,
 al matiz disuelto en...”
 ¿A quién besas,
 a quién tocas,
 a quién te unes
 lengua, don de fuego,
 transubstanciándote
 en nudo corredizo?
 Tras los velos de silencio
 del lecho de la cámara profunda
 se escucha la palabra del Amado:
soplo... breath...

◆ 20 ◆

Los besos y el cine



AURELIO DE LOS REYES

Como espectáculo masivo, el cine ha influido en el público de maneras diversas: lo ha educado, enajenado, determinado; depende del punto de vista de quien se acerque a estudiar sus efectos. Lo innegable es el impacto que causó en la conducta humana durante su primer medio siglo de vida, cuando el público veía azorado las primeras imágenes en movimiento; sin embargo, cada sociedad reaccionó de diferente manera, según lo apreciamos en los usos amorosos. Fijémosnos en el beso, manifestación amorosa que presenciamos en cualquier sitio público: en la calle, en los restaurantes, en las aulas y los prados de las universidades, en los aeropuertos, en las terminales de autobuses. Las parejas se besan tan apasionadamente que surge el comentario: "sobra ropa"; pero no pasa de ser un casto beso de amor, por apasionado que sea.

Existen infinitud de maneras de besar y de matizar el amor y la amistad a través del beso; puede darse un beso amistoso entre amigas, un beso de amor a los padres o a los hijos, o incluso un beso en la mejilla o en la frente entre varones, según costumbre belga o rusa que por inusual en México, cuando suele verse en películas, suscita comentarios.

Hay besos tiernos, dulces, afectuosos, voluptuosos, sabrosos, deliciosos, encantadores, ardientes, quemantes, ávidos, embriagadores, húmedos, impúdicos, castos, tímidos, temblorosos, furtivos, clandestinos, robados, otorgados, rápidos, largos, reiterados, redoblados, fríos, helados, pérfidos, traidores, agradables, desagradables, groseros, brutales, finos... ¡De todo hay, según la boca y el momento!¹

Pero hubo una vez en que el beso en público entre novios, esposos o amantes fue un acto prohibido en la Ciudad de México; debía darse a hurtadillas y, por lo tanto, tener lugar en un espacio privado; apenas alrededor de los años cincuentas co-

menzó a tolerarse abiertamente. No es errado afirmar que para hacer del beso un acto público permisible en México el cine constituyó un parteaguas, al grado de que se puede hablar del beso antes y después del cine. Incluso éste hizo públicas diversas técnicas de besar, a despecho de las protestas de grupos sociales:

No hace más de un lustro que nuestras graves señoras murmuraban del cinematógrafo porque allí las actrices se besaban "de veras" con los actores y hasta se permitían ofrecer gráficamente algunas lecciones de la ciencia del beso, que, desde Astarté, permanecía sin valor didáctico perceptible. Ahora carece de importancia y se encuentra a la misma altura que un tímido apretón de manos.²

El cine revela una gran variedad de costumbres alrededor del beso; nos muestra que los mexicanos se besaban "de trompita" o a la manera de los norteamericanos o europeos: juntando los labios y que, en cambio, los esquimales intercambiaban golpecillos de nariz en vez de besos, como lo aprendí en *Los jóvenes salvajes* con Anthony Quinn³ y *Nanuk el esquimal* de Robert Flaherty.⁴

¿Existirían formas locales o nacionales de besar antes de que el cine uniformara la manera de hacerlo?, pues según Amado Nervo en Japón al comienzo de esta centuria desconocían el beso.⁵ Difícil precisarlo porque las imágenes de las diversas expresiones artísticas que se han referido al beso —la pintura, la literatura, la fotografía— carecen de movimiento. En cambio el cine, al reproducir el movimiento, dio una tercera dimensión

² "El amor, los besos y el cine", en *El Universal Ilustrado*, 19 de agosto de 1920, p. 20.

³ *The Savage Innocents* de Nicholas Ray, 1960.

⁴ *Nanook of the North*, guión, dirección, fotografía y montaje de Robert J. Flaherty, 1922.

⁵ Amado Nervo, "La liga contra el beso", en *El Imparcial*, 6 de abril de 1908, p. 7.

¹ Carlos González Peña, "El beso cinematográfico", en *El Universal Ilustrado*, 2 de octubre de 1932, p. 3.

a las imágenes, además de proyectar los besos a un público numeroso en un salón a oscuras. Hizo público un acto privado ante la mirada azorada, atónita, sorprendida o escandalizada de millones de espectadores. El cine coadyuvó así a la aceptación del beso en público y a la uniformidad en la manera de besar; el cine ha sido un agente activo de la globalización que vivimos hoy.

El beso se asomó por primera vez a las pantallas en 1896, cuando Edison filmó la escena de una obra teatral interpretada por May Irwin y John Rice, en la que juntaban sus labios en un beso de amor ficticio. En los Estados Unidos la película conmocionó a la sociedad; en cambio, en México se exhibió sin pena ni gloria en un saloncillo de la Agencia Edison en las calles de Profesa. No suscitó comentarios de la prensa ni parece haber sido motivo de furibundos sermones en los pulpitos de las iglesias, como sucedió en los Estados Unidos.⁶

En México en 1899 había veintidós salones de cine improvisados en barracas ubicadas en barrios populares, donde cada noche se suscitaban pleitos y reyertas entre actores y público por la escasa o nula vigilancia policiaca; parece que los novios no escogieron estos salones como el sitio ideal para besarse, seguramente porque más que películas se presentaban variedades musicales, lo cual significaba que había mucha luz y mucho barullo.

Desde 1906, época en la que empezaron a proliferar las salas en la Ciudad de México, hubo cines en los que se congregaron espectadores para pecar. En 1907 el empresario que alquiló el teatro Lírico para exhibiciones cinematográficas prohibió la entrada a las prostitutas, que hacían su agosto en los palcos y en las filas traseras del segundo y tercer niveles; el mal comportamiento cundió al grado de que no pocos empresarios tenían su propia policía y en los anuncios publicados en la prensa garantizaban "moralidad", ante la ineficacia o complicidad de los guardianes del orden municipales. Por supuesto, también había cines a los que el público asistía a presenciar el espectáculo sanamente. Sin embargo, con intenciones sanas o aviesas, los enamorados aprovecharon la oscuridad de los cines para, a hurtadillas, intercambiar expresiones y manifestaciones de amor.

En otros países, los novios aprendían más rápidamente a besar en la oscuridad de las salas, al grado de que en 1908 Amado Nervo informó que una Liga Contra el Beso ganaba terreno en Inglaterra, los Estados Unidos y Alemania, naciones protestantes; no así en Francia, "país del beso", ni en Italia, "país de los besos", naciones católicas.

Generalmente esta liga [...] está formada no por doncellas abribeñas, sino por respetables señoras, que pasan de los cuarenta, que tienen la esbeltez de líneas de una escoba, y que llevan almacenadas en la sesera un viejo romance de amor desgraciado y tres o cuatro manías.

Entre estas damas hay muchas que usan gafas y que han nacido en Boston o en Oxford. Todas han releído hasta la saciedad la Biblia, la han interpretado y son, además, generalmen-

te, vegetarianas, herbívoras o frugívoras. Con ellas trabajan por la extinción del beso dos o tres médicos [...] que] pasan de los cincuenta. Los facultativos de 30 o 40 años y aún un poco más, no son adversarios del beso.

No creen que sea un instrumento de contagio; o si lo creen, su fe vacila con frecuencia. Los hombres por lo común difícilmente se dejan alistar en estas filas "osculófobas". El beso en su concepto, el beso de amor sobre todo, es inocuo.

Acaso no gocen de la misma prerrogativa los besos que las mujeres se aplican en sendas mejillas: éstos sí pudieran ser antihigiénicos. Insípidos lo son desde luego... pero los otros, los que se dan de boca a boca, los cantados en todos los tonos por los poetas de todos los siglos es imposible que contagien de nada... como no sea de amor.⁷

Durante la Revolución y con el relajamiento de la vigilancia, los cines se convirtieron, además de constituir centros de diversión, en centros de perdición, como lo narran los informes de inspectores de Diversiones Públicas del Ayuntamiento y las notas periodísticas —donde no es raro encontrar la historia vulgar de un galán de tránsito fugaz por la capital (porque pertenecía a algún contingente de revolucionarios que entraba o salía de la Ciudad de México, o era algún refugiado llegado de la provincia y, por lo mismo, escondido en el anonimato), que invitaba al cine a una joven para seducirla aprovechando la oscuridad—, sobre todo durante la dictadura de Huerta, el gobierno de la Convención y los dos primeros años del gobierno del señor Carranza, antes de que se iniciara una enérgica campaña "moralizadora", porque en la oscuridad se practicaba algo mucho más que besos.

Las parejas vieron cómo las divas italianas dejaban que su galán las besara suave, apacible y eróticamente, entornando los ojos para indicar el éxtasis que los poseía, al grado de que, como comentó una señora, parecían besos de "a de veras", sobre todo en los filmes exhibidos a partir de 1913, como *Muero... pero mi amor no muere*,⁸ con Lyda Borelli.

Si en la comedia del Siglo de Oro del teatro español la dama ofrecía su mano a un caballero para ser besada en prueba de amor (símbolo de la entrega), las divas del cine italiano ofrecían no su frente, ni su mano, ni su mejilla, sino sus labios para recibir un beso sensual y apasionado dado en la intimidad de una alcoba o en la soledad de un paisaje, beso solitario e íntimo que testificaban millones de espectadores. La intimidad se volvió pública. El cine norteamericano tomó del cine italiano esa manera de besar, por lo cual en México no hubo ruptura en el aprendizaje cuando el cine norteamericano sustituyó al italiano en el gusto del público.

Para evitar no sólo los excesos amorosos, sino los simples abrazos y los castos besos de novios, el artículo séptimo del Reglamento de Diversiones Públicas de 1921 ordenaba que todos

⁷ Amado Nervo, *op. cit.*

⁸ *Muero... pero mi amor no muere (Ma l'amore mio non muore)*, producción: Film Artística Gloria, Torino; dirección: Mario Caserini; intérprete: Lyda Borelli, 1913.

⁶ Charles Musser, *The Emergence of Cinema: The American Screen to 1907*, University of California Press, Los Ángeles, 1994, p. 118.

los cines debían contar con cierta cantidad de focos color verde, a fin de que “la luz no moleste, y sí impida inmoralidades”,⁹ porque las películas norteamericanas mostraban besos “de permanencia voluntaria”.¹⁰

Carlos de Velasco, culto escritor cubano, es el autor de una deliciosa crónica intitulada “El arte de besar”, en la que nos habla del beso en todas sus formas, dándonos de él la más curiosa y completa nomenclatura. Y agrega que, a pesar de que Nueva York tiene fama de ser Ciudad donde se besa mucho, en este aspecto París la deja pequeña. Si el cronista después de visitar la Ciudad Luz fuera a Hollywood, tal vez modificara su opinión, pues basta ver cualquier producción cinematográfica para quedar atónitos ante la infinita variedad y refinamiento en el besar de que hacen gala en sus producciones las reinas de la pantalla.¹¹

Continuó la campaña moralizadora. La policía inició razias contra novios besadores en plazuelas y cines. En una ocasión “no menos de diez parejas de temperamento sensual inmoderado cayeron en manos de los agentes”.¹² Por “discreción” el diario no pormenarizó “los actos que cometían los jovencillos de barrio y las muchachas. Bástenos decir que no escaseaban los besuqueos, los abrazos, los acercamientos, etcétera”. Los detenidos fueron remitidos a la comisaría de policía, “donde en medio de la vergüenza pública las jovencitas fueron severamente amonestadas con promesa de que se les seguirá vigilando, y los caballeretes quedaron detenidos para recibir el condigno castigo”.¹³ En el cine Obrero, Zacarías Malacara y su novia se besaban cuando de pronto se encendió la luz por la voz de alarma de un chismoso a la empresa, “y en medio de la rechifla más espantosa, fueron sacados del salón y conducidos a la novena comisaría”; en el camino, la muchacha se desmayó; él intentó el suicidio.¹⁴

En 1926 el gobierno de la ciudad prohibió el beso no sólo entre los novios, sino entre cualquier pareja, así estuvieran casados por cuanta ley había. Los policías adquirieron una linterna sorda con la que, además de su revólver, incrementaron sus ingresos por las no tanto jugosas como numerosas *mordidas*, pues se dedicaron a cazar a los besadores, sin tomar en cuenta condición y situación social y legal. En Huipulco, delegación Tlalpan, un motociclista, pistola en mano, amenazó a un señor por aceptar un beso de despedida de su sobrina; ante las argumentaciones de que no había delito qué perseguir, puesto que se trataba de un beso respetuoso entre familiares, se

acercó otro motociclista “y aquel caballero tuvo que pagar cinco pesos a cada uno de los servidores de la comuna [...] para quedar en libertad”.¹⁵

Con esta tenaz persecución contra el beso, los enamorados no saben ya dónde refugiarse, pues en la actualidad, las ordenanzas policiacas han abolido la romántica costumbre de que los novios platiquen por las ventanas a la usanza andaluza.¹⁶

Se inició el contraataque de la sociedad y de la prensa. La señora Graciela Deledda de Orihuela, detenida y llevada a prisión por despedir en la penumbra a su esposo con un beso, escribió una carta enérgica difundida por la prensa.¹⁷ El 2 de octubre de 1927 se declaró la libertad del beso y se ordenó a la policía no intervenir “en actos como los señalados, siempre y cuando no existan además hechos de importancia y gravedad mayores que justificadamente se califiquen como ultrajes a la moral y a las buenas costumbres”.¹⁸

El Universal realizó una encuesta sobre esta medida. Unánimemente se alabó a sí misma la policía, incluido el procurador de Justicia, quien afirmó ser partidario “del beso libre”. Por su parte, Agustín Trejo Mancilla, chofer de taxi, narró su experiencia:

mire usted, para mí, francamente no tiene nada de novedoso este asunto. Yo trabajo una semana de día y una de “velada” y francamente para mis clientes más o menos alegres y más o menos enamorados, la prohibición no ha existido jamás y si algunos la conocían, abiertamente demostraban ignorarla. En mi larga experiencia de chofer de sitio (tengo ya cinco años manejando), el beso a bordo para mí es ya una cosa común y corriente. Todo mundo se besa, señor. Unos más, otros menos. Unos cariñosos, otros de un modo extraño. Algunos prefieren la noche, otros el día, allá por las calzadas lejanas y las colonias silenciosas. Pero todos se besan. [...] y cuando los besos “granizan”, me pongo a silbar *A media luz*.¹⁹

“Alguna señora casada, mandó a nuestro [reportero] a preguntar su opinión al esposo; otras chicas no se dieron por aludidas porque conocen la sombra de los cines”.²⁰

El anecdotario sobre los incidentes ocasionados por los besos en los cines es interminable y gracioso. Baste decir que a través de los testimonios hemerográficos y novelísticos se observa claramente la manera en que el cine determinó que un acto privado, el beso erótico, fuese aceptado como un acto público. ♦

⁹ “Instrucciones a que deben sujetarse estrictamente los ciudadanos inspectores de diversiones en los teatros y cines de esta ciudad”, en *Boletín Municipal*, tomo VII, núm. 10-14, 30 de septiembre de 1921, p. 742.

¹⁰ “El vértigo de los labios”, en *Revista de Revistas*, 3 de mayo de 1925, p. 22.

¹¹ “Los besos de las estrellas de cine”, *op. cit.*, p. 24.

¹² “Una cruzada de la policía en pro de la moralidad”, en *Excelsior*, 4 de julio de 1922, p. 7.

¹³ *Idem*.

¹⁴ “El archivo de la delincuencia”, en *El Demócrata*, 7 de marzo de 1924, p. 12.

¹⁵ “No saben los enamorados dónde poder refugiarse”, en *El Universal*, 23 de mayo de 1926, segunda sección, p. 1.

¹⁶ *Idem*.

¹⁷ Jacobo Dalevuelta, “Entrevista al procurador de Justicia del Distrito Federal”, en *El Universal*, 28 de abril de 1927, segunda sección, p. 1.

¹⁸ “El beso es libre en la metrópoli”, en *El Universal*, 3 de octubre de 1928, p. 1.

¹⁹ “El beso y lo que se dice del ‘beso libre’”, en *El Universal*, 4 de octubre de 1928, segunda sección, p. 3.

²⁰ *Idem*.

Una hilera de besos

BEATRIZ ESPEJO

Para Alberto Dallal

¡Tanto se emprende en término de un día!

Pedro Calderón de la Barca

Vio la rosa más bella que había florecido ese año en su jardín, púrpura intenso, pesada, con los pétalos que emulaban la perfección. No pudo resistirse y mandó cortarla. La puso encima de su tocador dentro de un esbelto florero ámbar; sin embargo, después de unos días, el tallo empezaba a doblegarse y las hojas a perder su brillo aterciopelado. Pensó que la belleza era muy efímera y, por una de esas inexplicables volteretas de la imaginación, pensó también que sólo en México convivían tan naturalmente durante todas las estaciones del año los verdes primaverales con nochebuenas y pinos navideños. Atendió su reloj y se dio prisa para llegar al club.

No vivía uno de sus momentos más afortunados. Mientras se maquillaba frente al espejo compartido por otras señoras, que hablaban sin parar sobre la forma en que pasarían el domingo y los preparativos para el fin de semana, admiraba casi morbosamente el cuerpo de una muchacha que se peinaba con secadora e inclinada hacia el suelo movía la cabeza a manera de péndulo para que su larga melena castaña con mechas claras se acomodara de un lado a otro simulando una modelo de algún anuncio televisivo. Los pequeños senos y el vientre plano dentro del biquini blanco eran un dorado portento juvenil. Y ella se acordó de sí misma, pequeña, delgadita, nacarada, con el cabello negro hasta la espalda. Volvió los ojos al espejo y su imagen la desmoralizó, aunque en honor a la verdad había luchado contra la vejez como gato boca arriba y después de todo no estaba tan mal. No. No tan mal considerando la situación; un poco ojerosa, con los pómulos algo marcados; pero las cremas caras y los buenos peluqueros le daban estilo, una seguridad de mujer que jamás había sufrido estrecheces, acostumbrada a mandar, con éxito en su matrimonio actual y en su carrera de

arquitecta que le había permitido proyectar varios aeropuertos. Recordó que tenía demasiadas cosas por delante y terminó su arreglo personal.

Las manos le temblaron al despedirse de su ginecólogo luego de oír el dictamen clínico. Pagó con tarjeta bancaria; sin embargo, cuando le preguntaron si le daban recibo de honorarios, contra su costumbre dijo que no lo necesitaba. Tomó el amplio sobre que contenía radiografías y análisis y entre brumas siguió un pasillo antes de sumir el botón del elevador. En su automóvil, ordenó al chofer que la llevara al Parque México. Mientras el vehículo se deslizaba sin hacer ruido, recostada contra el asiento trasero miraba hacia afuera por la ventanilla cerrada. Dejó de sentir el disgusto que sentía al ver bolsas de basura tiradas en las esquinas o apoyadas contra un árbol como los primeros síntomas de un apocalipsis próximo, negación completa del orden, la limpieza, los valores establecidos.

Por alguna razón inexplicable las calles estaban cambiadas, se extendían en un tiempo dilatado. El tramo entre el Hospital ABC y la colonia Hipódromo se iluminaba por luces diferentes, ¿más asoleadas o más grises? Simplemente distintas, como si los rayos de la tarde cayeran en forma menos vertical y se difuminaran en un letargo que alargara las palmeras, sobrevivientes de la furia devastadora que padecemos los mexicanos; una vigilia sonambúlica que estrechara los edificios de la avenida Tamaulipas, los camellones de Amsterdam con su pasto mal cortado. También eran distintas las fachadas de las casas construidas en los treintas, familiares aunque jamás hubiera franqueado sus puertas ni se asomara por sus ventanas de rejas geométricas ligadas a la memoria de manera insoslayable.

Arriba, una golondrina revoloteante a corta altura reflejó su perfil furtivo en el cofre pulido del coche. El cielo azul sin nubes evocaba tardes infantiles, las horas despreocupadas de su adolescencia, el día de su primera boda en una casa de ese rumbo, participaciones grabadas, numerosos concurrentes, pastel adornado con campanas gozosas, su vestido de novia que nadie había alabado. Ni siquiera ella se movía contenta

entre gasas blancas que le colgaban de la cintura porque con el nerviosismo prenupcial adelgazó. Se acordaba aún algo nostálgica de aquella pureza e ingenuidad virginales, de aquel proyecto de vida que no cuajó. Al casarse, nadie pierde el sueño con la idea del divorcio. Simplemente entra dentro de lo posible o lo probable, aunque lógicamente los contrayentes crean que a ellos, precisamente a ellos, nunca se les presentará; pero ahora, con el sobre a su lado en el asiento trasero del auto, se dirigía al restorán para cumplir una cita que ella misma había concertado. Se preguntó por qué marcó el teléfono para decirle a su ex marido que necesitaba verlo. ¿Sabía de antemano el resultado de los análisis? Sí. Lo sabía. Iba a despedirse del esposo y del amante que le descubrió el deseo, el latido del sexo. Después había expugnado la fortaleza de otro amor más firme y había sustituido unas ilusiones por otras; pero nunca olvidó los besos, el sudor de una piel agradecida, el sueño profundo de quien está satisfecho. Quizás habría la posibilidad de sentir ese éxtasis una vez más. Resucitar el ardor una última vez en la *suite* de algún hotel cercano. Volver a la caricia eléctrica que empieza en la frente, desde el nacimiento del pelo, y baja por la nariz y la barba, el cuello, el pecho, en una hilera de besos continuados hasta la punta de los pies, una hilera de besos que recomenzarían cuantas veces precisaran para quedar ahítos.

Sin hacerse del rogar, él fijó fecha, hora, restorán. Y ella llegó como siempre puntualmente. Casi puntualmente, cuatro minutos antes. El tránsito se hallaba fluido y el chofer encontró la manera de acortar rutas. Le pidió estacionarse media cuadra adelante para no importunar a los encargados del *valet parking* o para evitar que como todos los choferes fuera un testigo incómodo.

Antes de entrar se empolvó la nariz, retocó el rubor de las mejillas y el rojo intenso que usaba en los labios. Al salir del auto estiró su pierna forrada con una delgada media color ala de mosca haciendo juego con su traje y apoyó su zapato de tacón alto sobre la acera. Luego caminó erguida. Consultó su reloj y dio pasos hacia dentro; pero se detuvo unos segundos cuando descubrió a unas mesas de distancia las caras de su ex cuñada y de una amiga que la llamaban moviendo los brazos. ¿Las había invitado él o era una coincidencia? Parecía increíble que en una ciudad de veinte millones de habitantes las encontrara ese día, precisamente ese día y en ese lugar que no estaba de moda ni era demasiado frecuentado. El caso es que ya no tuvo tiempo para recular, cruzaron saludos y le preguntaron si esperaba a alguien o quería sentarse junto. Turbada como niña pescada en una travesura confesó que esperaba a su ex marido. Las dos tuvieron una fugaz mirada de malicioso asombro extinguida cuando exactamente a las tres llegó él, metido en una camisa de seda negra; él que al pronto tampoco entendió la presencia de su hermana y de la amiga. ¿Las había invitado ella o era una casualidad? ¿Cambiarían de mesa o buscarían mejor otra parte? A una cuadra de distancia habían convertido una casa antigua en un establecimiento que servía comida internacional. Pero la cita se daba de modo imprevisto y ella, ni siquiera ahora ante la inminencia del sobre en el asiento del automóvil,

desafiaba chismes o suspicacias. No quiso moverse de lugar. Permanecieron la comida entera fingiendo interesarse en pláticas banales. Los labios se movían sin parar, mostraban los dientes, la punta de la lengua. Recibían el suave roce de la servilleta después de tragar algún bocado, apenas daban tiempo a leves asentimientos, a comentarios pertinentes, y retomaban su tarea parlanchina. Los rumores cercanos, el chocar de vasos y cubiertos, la risa que provocaba algún chiste afortunado eran una música de fondo, y ella se preguntó por qué asumía esa actitud de niña obediente que calla mientras conversan los mayores y desperdiciaba el encuentro que había predispuesto. A pesar de sus logros profesionales y de haberse adelantado un poco a su generación, nunca fue demasiado audaz al desafiar convencionalismos femeninos que le enseñaron las normas maternas o las monjas del Colegio Francés. Por eso se vestía con un buen gusto sobrio y sus proyectos tenían una cualidad de pulcra amplitud. Por eso la autocrítica que le sirvió al trazar una línea



José Antonio Hernández Vargas

le impedía olvidar que durante el tiempo transcurrido su silueta se iba desfigurando lenta e imperceptible e implacablemente.

Las dos se despidieron cuando él había perdido la actitud expectante y entusiasta que mantenía al llegar y a ella se le había borrado el pequeño discurso que pretendía endilgarle. Un ángel cruzó volando, dijeron casi al unísono apoyándose en la frase trillada para romper el silencio y de inmediato se dieron cuenta de que se comportaban con una falta de naturalidad alarmante en dos adultos que llevaban veinte años divorciados, viéndose en fiestas de amigos mutuos o llamándose cada muerte de un judío con pretextos bobos.

A él parecía no importarle las razones que ella tuvo para citarlo. Jamás se las preguntó, como si para verse no necesitaran todavía ningún motivo especial. Habló de todo y de nada.



Germán Venegas

Habló de cómo en ellos el amor había engendrado una amistad a toda prueba, ya no podían lastimarse por mucho que lo intentaran. Ya no podían herirse aunque se lo propusieran sabiendo como ninguna otra persona en este mundo mover los resortes que a uno y a otro sacaban de quicio, las sutilezas o los arrebatos que los enfurecían. Descubrió la mano de ella jugueteando con el tenedor y la cucharilla del postre que no había probado, un brillante de tres quilates engarzado en montadura antigua suscitaba fulgores. Le acarició el dorso con una ternura salida por la yema de los dedos, la recorrió, se detuvo un instante en el anillo, siguió hasta la punta de las uñas, la volteó hacia la palma y en un impulso se agachó a besarla larga y dulcemente. ¿Cambiate de perfume?, ¿ya no usas Aires del tiempo que yo te regalaba?, inquirió. Déjame adivinar, Escada. Sí, hueles a Escada. Está bien, es agradable. Y al aceptarlo se quedó con la vista un poco perdida sobre el mantel como si no alcanzara a com-

prender muchos enigmas pasados ni presentes. ¿Verdad que ahora nos comprendemos mejor? Éramos jóvenes. Incapaces para defender la felicidad. El orgullo y la inexperiencia son malos consejeros, dijo. Ella corroboraba lo dicho con su silencio y cuando él intentó separarse lo detuvo como pidiéndole que no la soltara. Buscaba la manera de llegar al punto en que no sonara ridícula su propuesta, la propuesta imaginada, ir al Hotel Presidente, registrarse como matrimonio, fingir que el equipaje llegaría más tarde, titubear, pedir al cuarto unos *martinis* secos que ahora estaban de moda nuevamente. Prender la luz, apagar la luz, susurrarse cosas al oído, estremecerse como antes y que cada gesto y movimiento sucediera con naturalidad. Buscaba la forma de que sus pretensiones no parecieran descaradas y torpes; pero las frases jamás salían y él, como la mayoría de los hombres, no era adivino y los minutos se esfumaban en una especie de silencio inútil. Ella reparó en las pecas que habían brotado sobre esas manos que la habían hecho compartir las ebulliciones de una pasión que terminaba en la espuma de una playa donde dormían abrazados. Y esas fantasías la llevaron a reconstruir un momento real de su viaje de bodas, en que se había sentido absolutamente dichosa y tranquila contemplando desde lo alto de un risco el mar a la distancia. De pronto, como si emergiera de graves reflexiones, él dijo que debía contarle algo. Ella lo miró ansiosa e interrogante. Él le confió seleccionando las palabras que estaba a punto de tener una hija según auguraba el ultrasonido que acababan de hacerle a la mujer con quien vivía.

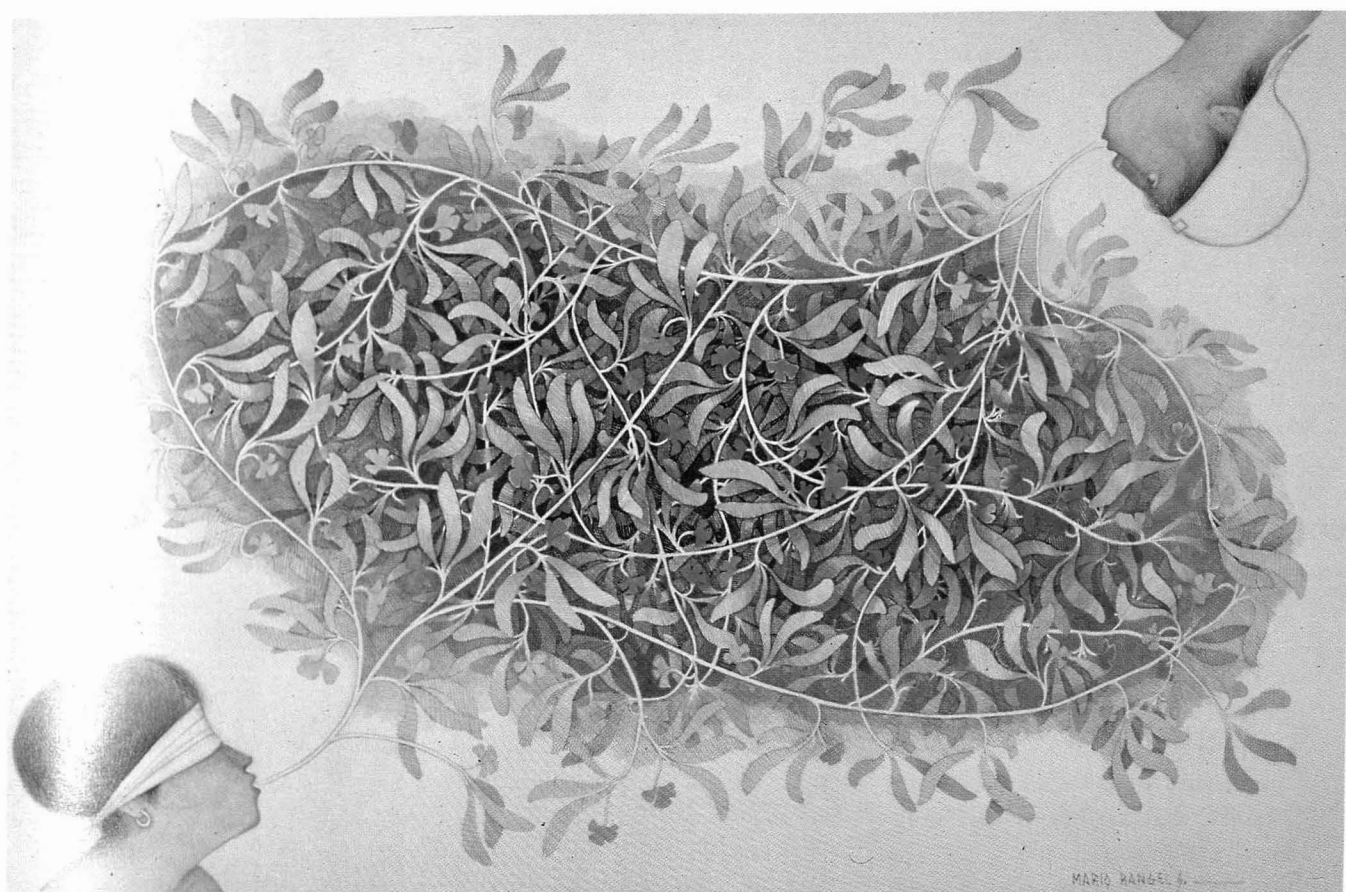
El silencio cayó como un capote pesado que ella se quitó de encima con un manotazo. Le cambió la dulzura del rostro, el tono de la voz. Sintió una rabia negra que le subía desde adentro igual a un pozo petrolero antes de reventar. Sin embargo lo felicitó pronunciando cuidadosamente sílaba por sílaba. Es una maravilla que ustedes sigan engendrando cuando nosotros tenemos fecha de caducidad, dijo. Me alegro; pero déjame darte un consejo. Sólo John Travolta puede usar camisas de seda negra porque gracias a Tarantino ha consolidado la personalidad de un gángster simpático. En ti son de un vulgar espantoso, regálale la que traes puesta a tu jardinero o a tu cuñado...

Él no esperaba la agresión, ¿o sí? Los ojos le brillaron como si estuvieran a punto de anegarse y un rubor le cubrió la cara. Se enrojecía con esa ira a la que era tan proclive. Sorbió unos tragos de café y casi sin interrupciones preguntó: ¿Por qué no me regresas el anillo? Me parece injusto que después de tantos años sigas usando algo de mi abuela que debería ser para mi hija. Por supuesto ni se me ocurre que me lo devuelvas así, sin más. Véndemelo en su justo precio. Ella pensó en el sobre ominoso que horas antes le habían entregado, por un instante estuvo a punto de zafarse la joya, dejarla sobre el plato manchado con la rueda oscura goteada de la taza, y salir corriendo; pero algo siniestramente egoísta y tardíamente vital la contuvo. Mañana la llevaré a valuar, prometió con altivez. Acompáñame a mi coche. Él firmó la cuenta y caminaron juntos media cuadra observando las cuarteaduras del concreto hasta la portezuela que el chofer abrió comedidamente. ♦

Bocas y demás geografías del beso



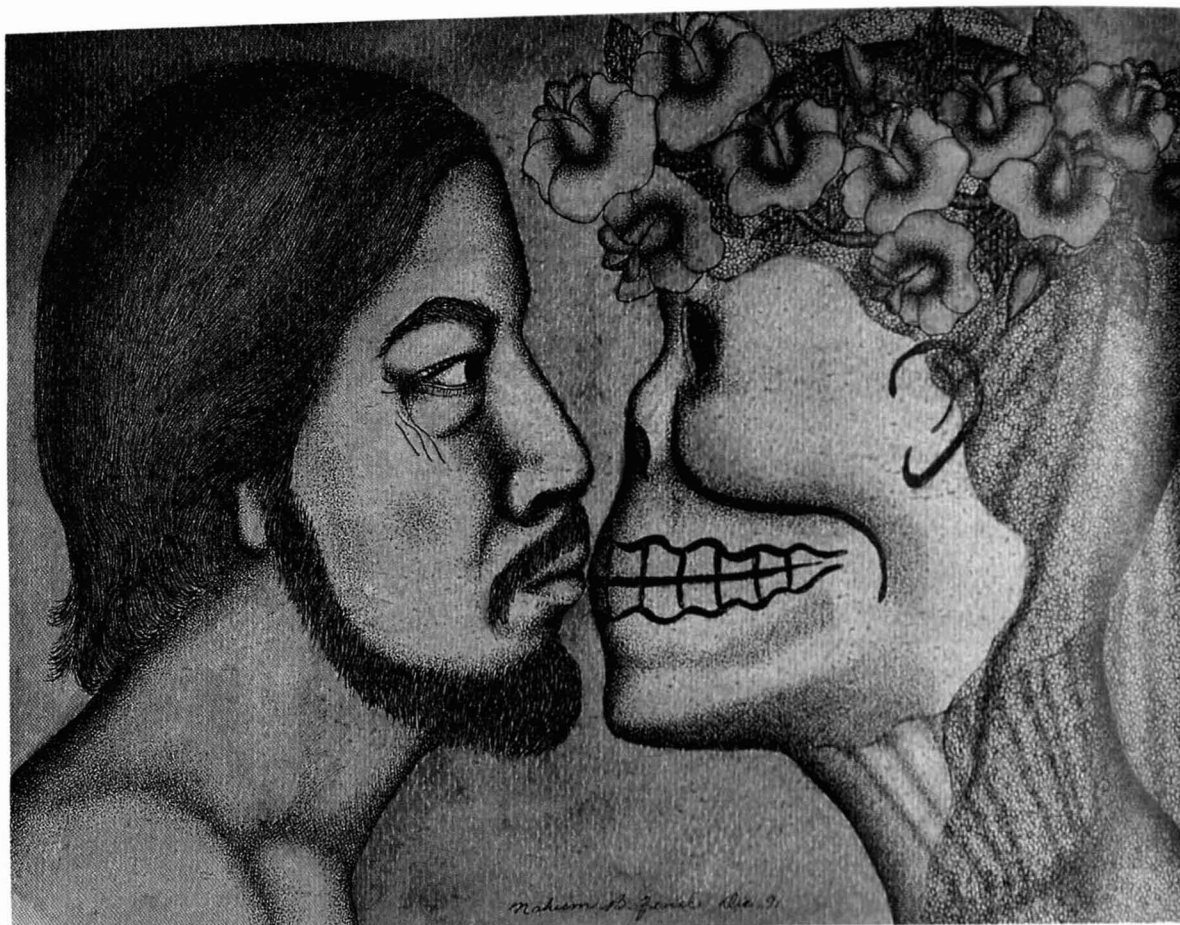
ANDRÉS DE LUNA



Mario Rangel,
El beso,
1966,
acuarela/papel,
46 x 61 cm

I

El beso forma parte de los hechos que conforman la intimidad. Somos parte del otro en la medida en que nos involucramos con sus aspectos emocionales, unos dirían con el alma, y con un cuerpo que pierde sus recelos y se abre a las caricias del otro. El mejor de los prólogos es el beso, indicación explícita que ya es avance en la selva amorosa. Al principio es el roce de los labios, la tibieza de un aliento que nos toca, para que de pronto aparezca el beso profundo, “francés” añadirían los entendidos, que incluye el uso de la lengua, que recorre la cavidad bucal y parece abismarse en un itinerario sin fronteras. Éste es uno de los momentos capitales de la vida humana por lo que significa este contacto afectivo, exaltación amorosa, que rinde homenaje mutuo a los poderes del imaginario. El tiempo se hace relativo, los ojos están cerrados y los detalles se perciben con las sanas exageraciones del deseo. De ahí que en la literatura, la poesía, la pintura, la fotografía, el cine y en todas las artes hay un interesado en celebrar los pormenores del beso.



Nahum B. Zenil,
El beso,
1991,
técnica
mixta/papel,
23 x 30 cm

II

William Cane en el libro y manual *El arte de besar* escribió que

el beso atrae a casi todos en la cultura occidental; sin embargo, muy pocos investigadores han intentado averiguar qué es lo que le gusta a la gente del acto en sí... Es un hecho incontrovertible que los animales también se besan. Cuando la antropóloga Jane Goodall estudió a los chimpancés del Parque Nacional Gombe, en Tanzania, en África, descubrió que besaban por diversas razones y en situaciones diferentes. Algunos lo hacían en un gesto de sumisión. También cuando saludaban a congéneres que conocían, o por lo que llamaríamos motivos románticos, por ejemplo cuando se desarrollaba una relación. Si los comparamos, los besos de los chimpancés son probablemente los que más se asemejan a los de los humanos, aunque hay muchas especies que también se besan, incluyendo a los caballos durante el cortejo, los perros mientras juegan, y aun algunos peces.



Gilberto Aceves
Navarro,
El beso,
1996,
acrílico/papel,
28 x 22 cm

III

El beso también es dibujo en los cuerpos, al menos en el imaginario poético de la sueca María Wine en "Recuerdas":

Recuerdas
cuando por última vez
reflejaste sin pudor en el espejo tu desnudez
tu desnudez abierta como un paisaje lunar
donde tu mirada nunca pudo extraviarse
y recuerdas
la mancha de sangre en tu sábana
como gavián sobre el día
había descendido la noche
con oscuridad intangible
y tus pechos
que habían sido besos rojos
crecían como animalillos vivos
y querían abrirse paso...

IV

En el beso son fundamentales las geografías del cuerpo. Raymond Jean (1925) en *La lectora* (1986) recrea las emociones del acto amoroso:

Nunik Sauret,
De la rotación,
1996,
gouache y
acuarela/papel,
34 x 45 cm

Su cabeza se precipita sobre mi vientre y lo besa, lo lame, literalmente, con una violencia inaudita, en torno al ombligo (cuyo descentramiento no parece haber notado, o en cualquier caso no ha frenado su ímpetu), después des-
ciende loca, vertiginosamente hacia mi sexo, hunde el rostro entre mis muslos que yo abro tanto como puedo. Len-

tamente me envuelve la embriaguez, alcanza la cintura, pronto va a llegar aún más arriba, a golpear, a romper como una ola en el cuello, la nuca, el cerebro.

En otra escena, la protagonista vuelve a la carga con el empresario Michel Dau-trand. Amor adúltero, pasiones despiertas en medio de la negligencia conyugal de un marido carente de imaginación, el de Marie Constance es el triunfo de un eros robustecido por el eros de la voz y la presencia. La mujer dirá al referirse a su amante:



Puede leer él mismo, si lo prefiere. Lo esencial es que perfecciones esa educación que tanto pretendía necesitar en su vida social. Así cumpliré mi contrato y mis penas de amor estarán pagadas. Aunque, en mi caso, son alegrías de amor. Él parece comprenderlo, lo acepta. Cada vez que quiere algo de mí, tiene que leer primero. Por ejemplo, ahora tiene que entregarse al extravío de besarme las nalgas con un frenesí casi caníbal. Le ordeno que apoye un libro en ellas, como en un pupitre, y que lea en voz alta durante unos minutos. Yo estoy tendida boca abajo, desnuda, en la alfombra del salón, junto al fuego encendido de la chimenea. El libro está donde ya he dicho, Michel está tumbado con los brazos cruzados sobre mis muslos, con el mentón alzado y la nuca erguida, y lee con aplicación.

V

Ahora bien, en el terreno de las definiciones valdría la pena mencionar textos como *Léxico sucinto del erotismo*, que mucho le debe a los surrealistas que sobrevivieron a las contingencias de la posguerra. Así, Jean Claude Silbermann encuentra que el beso es "la aplicación de los labios sobre el cuerpo de ser amado con el fin de una ligera succión. El beso dado y aceptado en la boca permite el juego acariciador de las lenguas. Los ojos se cierran para no distraer al sentido del tacto que se pavonea secretamente". El argentino Antonio Tello en *Gran diccionario erótico*, encontrará que

para el adolescente es una anticipación físicamente sugestiva del coito, ya que es fácil pasar del beso amoroso en la boca a otras caricias más íntimas y, consecuentemente, al beso en otras partes del cuerpo... Pero mucho antes que Inocencio III prohibiera el beso de la paz cristiana, la Orden del Temple, fundada en Jerusalén hacia 1188, tenía al beso expresamente prohibido por su evidente erotismo. No obstante, parece ser que con el tiempo se dedicaron a su práctica de un modo *non sancto*, pues al "entrar en esta milicia, tienes que entregarte en cuerpo entero a tus hermanos; hazte besar el ano".

Por otro lado, Martin Goldstein y Will McBride en *Léxico de la sexualidad*, anota que

la excitación erótica del beso se produce porque existe un contacto directo piel con piel, y porque la boca constituye en sí misma una zona erógena del cuerpo y es especialmente íntima, por cuanto la mucosa es más sensible que la piel normal. El roce de la lengua, con intervención de los sen-

Mary Stuart,
El beso,
1996,
óleo/tela,
65 x 65 cm





Germán Venegas,
Beso en
Nueva York,
1996,
temple/tabla,
60 x 45 cm

inaceptable aún en la era renacentista; se consideraba de mal gusto que un detalle de esa índole quedara plasmado en un cuadro de evocaciones mitológicas.

Robertson Davies (1913-1995) hizo una de las mejores interpretaciones del *Venus y Cupido* de Bronzino en la *Trilogía de Stepford*. El novelista canadiense propone una lectura erudita de las ideas de Walter Pater, Herbert Read y J. A. Symonds para exaltar las figuras de un cuadro sin par.

tidos del tacto, el gusto y el olfato, actúa de modo más intenso que los contactos establecidos a través de los otros sentidos, como la vista y el oído.

VI

Cuando se habla del beso pictórico debe recurrirse al cuadro *Venus y Cupido* de Agnolo Bronzino (1503-1572). En esta obra aparece el triunfo de Venus, quien lleva la manzana de oro, símbolo de su victoria en el juicio de París. En este personaje femenino reconocemos la belleza suprema; Cupido tiene una postura extraña: su cuerpo mantiene un fatigoso equilibrio; esto hace que su trasero, un tanto femenino, muestre sus redondeces. Su abrazo a Venus admite que tome un pecho de la diosa y, con indudable conocimiento de las acciones, acaricie el pezón entre sus dedos. Por otra parte, Venus, excitada, saca la lengua y se dispone a besar a quien la toma de ese modo. La mirada, la languidez del cuerpo y la perfección de las formas admite que la diosa se encuentra dispuesta al encuentro amoroso. Un angelillo, un *putto*, está a punto de arrojar las rosas a la pareja, con el objeto de celebrar el idilio. Cupido recarga su rodilla sobre un cojín de seda roja, mientras que Venus aparece acomodada en un lienzo morado. El erotismo del cuadro debió atenuarse en su época, pues algunas adiciones censuraron aquello que era obvio. Fue gracias a la restauración que hiciera la National Gallery de Londres en 1958 que se pudo ver la lengua de Venus. El detalle era

VII

El beso es un imperativo. Tierra prometida y a veces alcanzada, la boca y las zonas erógenas son fuego para las imaginaciones. Incitan al deseo y son las torres que nos permiten elevarnos por encima de la cotidianidad. Aunque también existen los besos que se dan a los hijos en las mejillas o en la frente; demostraciones de un amor que carece de ambigüedades, que crece sin más como el trigo y los maizales; que nunca deja de fluir y se convierte en religión filial, en algo que jamás llega a la costumbre o al tedio, porque ha nacido de la ventura y ésta se renueva al paso de los años. Sin embargo, cuando un hijo llega a la adolescencia las demostraciones de afecto parecen ocultarse y disminuirse hasta un punto extremo. Nada de arrumacos y caricias, el beso es simple saludo y despedida. Señales intermitentes de una separación necesaria que indica la llegada de la pubertad. Ahora los besos serán del hijo para sus compañeros en el aprendizaje del amor, en la educación sentimental que todos necesitamos.



VIII

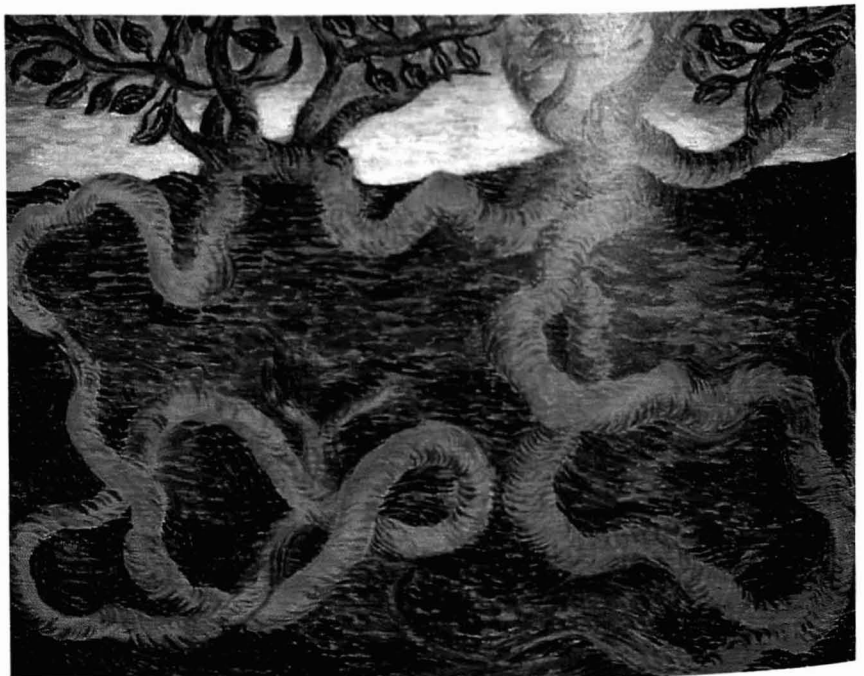
Se cuenta que en la Roma de los Césares fue práctica usual la de untar miel en el glande de los púberes amantes o gitones. Creían los ciudadanos de Lacio, Liguria y todas las demás regiones que besar la fina piel de la punta del miembro masculino era un poderoso afrodisíaco, una medicina para hombres maduros cuya virilidad comenzaba a declinar en el ocaso de los años e incluso en la cresta de la juventud. El beso debía ser largo, prolongado y con succiones que iban de la suavidad y el vaivén de un mar en calma a la aceleración de la tempestad.

Luis Nishizawa,
El beso,
1996,
tinta/papel,
24 x 43 cm

Georgina Quintana,
El beso,
1996,
óleo/madera,
21 x 28 cm

IX

El ósculo en la mano del cura puede ser, cuando más, una imagen pueblerina. Soberbios, faltos de fe y con carencias indiscutibles, los sacerdotes pasan de largo sin detenerse en los asuntos del espíritu; son los convidados del vacío, las aves negras de un mundo en crisis; en realidad son seres inútiles, falsarios que ignoran su credo y que se complacen en el regaño fácil y en la estupidez de su negligencia. Beso solemne el que se da al cura; beso de las beatas y de los chamacos que fruncen la nariz ante los sudores y hedores de estos hombres de sotana. Por favor, la próxima vez que observe a un sacerdote que extiende la mano para recibir el beso, lo mejor será llevar en la bolsa un hurón y adiestrarlo para que hinque los dientes en estos representantes de la peor ralea surgida en los muchos siglos desde el advenimiento del catolicismo.



X

El beso es el beso. En la película *What* de Polansky ocurre una escena inolvidable: se escucha una de las sonatas para piano de Mozart. La música llena la pantalla con sus sonidos acelerados. De pronto, la actriz Sidney Rome sale de su embeleso, algo la turba. Debajo del piano está un hombre con rostro feliz, que retira un vello

público de su boca. El beso se ha convertido en desliz, en propósito clandestino que se roba a una mujer desnuda que sólo lleva una camisa varonil por única vestimenta. Éste es el beso del *cunnilingus*, hurto inusual a menos que sea violatorio, sin embargo aquí se entiende como parte de las aventuras de una joven que llega a una residencia enloquecida.

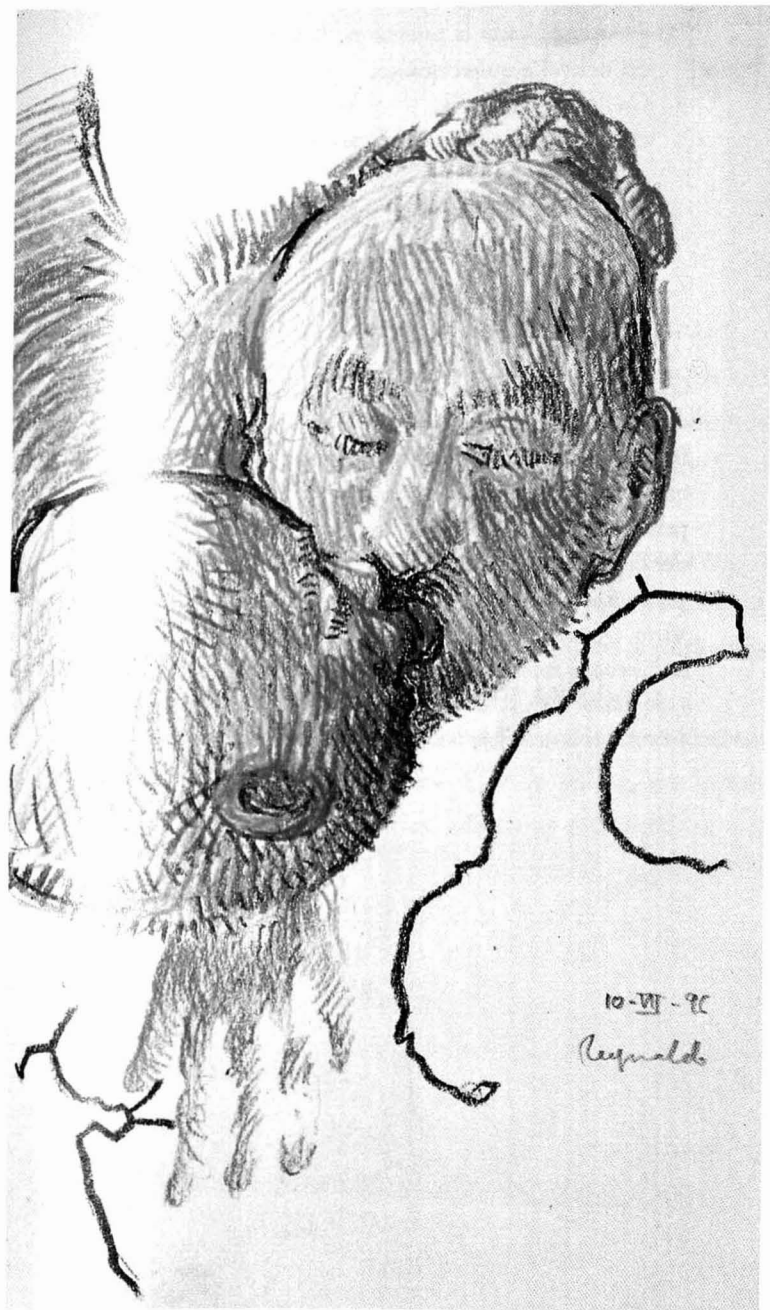
XI

Para el beso nada es peor que una lengua hosca, pesada y brusca que se mueve con la velocidad de un lagarto de Gila. Entonces el beso pierde sus poderes de seducción, se hace demasiado real y la saliva molesta como el agua en un naufragio. En esos casos lo mejor es olvidarse del asunto y recobrar los poderes de la memoria; un beso suave, de lengua ligera, es una entrada al paraíso que uno puede incluso fechar en el Desierto de los Leones, una tarde de domingo; o que puede recobrar en los atardeceres de Estambul frente al Cuerno de Oro y la imagen de las mezquitas con sus minaretes. El hecho es que los besos tienen que poseer un elemento que nos arroje de inmediato, que nos haga consumirnos en el fuego de esa caricia excepcional. Claro está que la diversidad de proposiciones puede convertirse en un aliciente para la búsqueda del eros. Pero, sin tratar de establecer una memoria de la lengua, es fácil ubicar cuáles han sido los besos que mejores experiencias y sensaciones nos han dado. Esto sin contar con los ósculos recibidos en la infancia; los primeros besos o aquellos que forman parte del archivo memorioso y que se remontan a las excursiones a Teotihuacan, donde una maestra en medio de la oscuridad practicaba el beso rápido y cadencioso con aquellos que estaban cerca de ella. El problema es que eran sólo besos y nunca admitía nada que subiera el tono

XII

de los inocentes juegos de la adolescencia que terminan con una tumescencia en la parte media del cuerpo, hinchazón que pronto será escape por medio de prácticas solitarias.

El beso es un delirio que han cantado los poetas y que se ha convertido en serie fotográfica de Robert Doisneau. También ha sido habitual que debajo de los puentes los amantes se besen con singular ahínco. El Bosque de Chapultepec, a la altura del lago, ha dado una infinidad de besantes que pasan el rato sin detenerse a pensar en crisis monetarias y demás pormenores de un país marchito.



Reynaldo Velázquez,
El beso,
1996,
crayola/papel,
28.5 x 17 cm

XIII

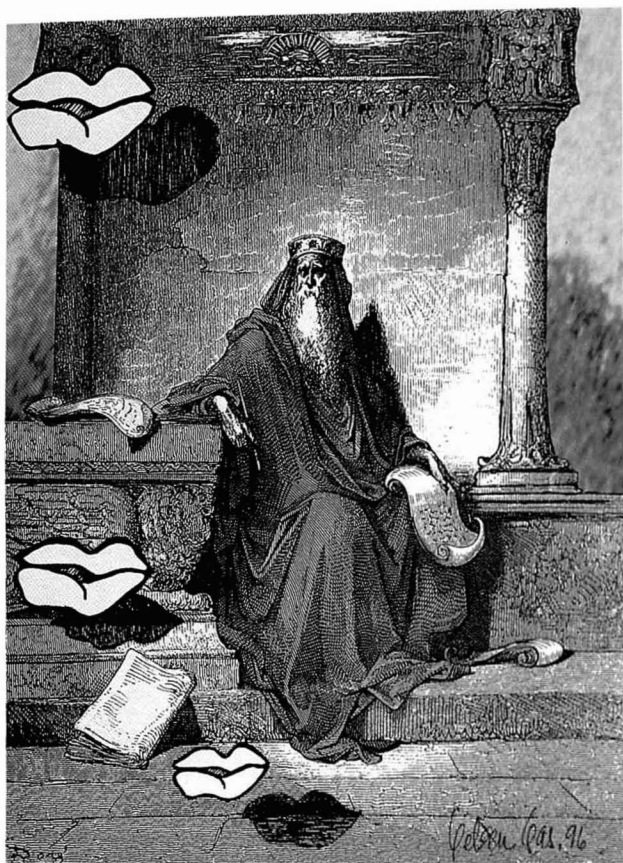
En "Mi amor, el del cabello ensortijado", poema irlandés anónimo se lee:

Si oro tuviese, haría
una linda vereda
que, recta, hasta la puerta me llevase
del doncel a quien quiero.
Creí que escucharía
el rumor de su paso en el camino,
y, aguardando su beso,
ni un minuto estas noches he dormido.

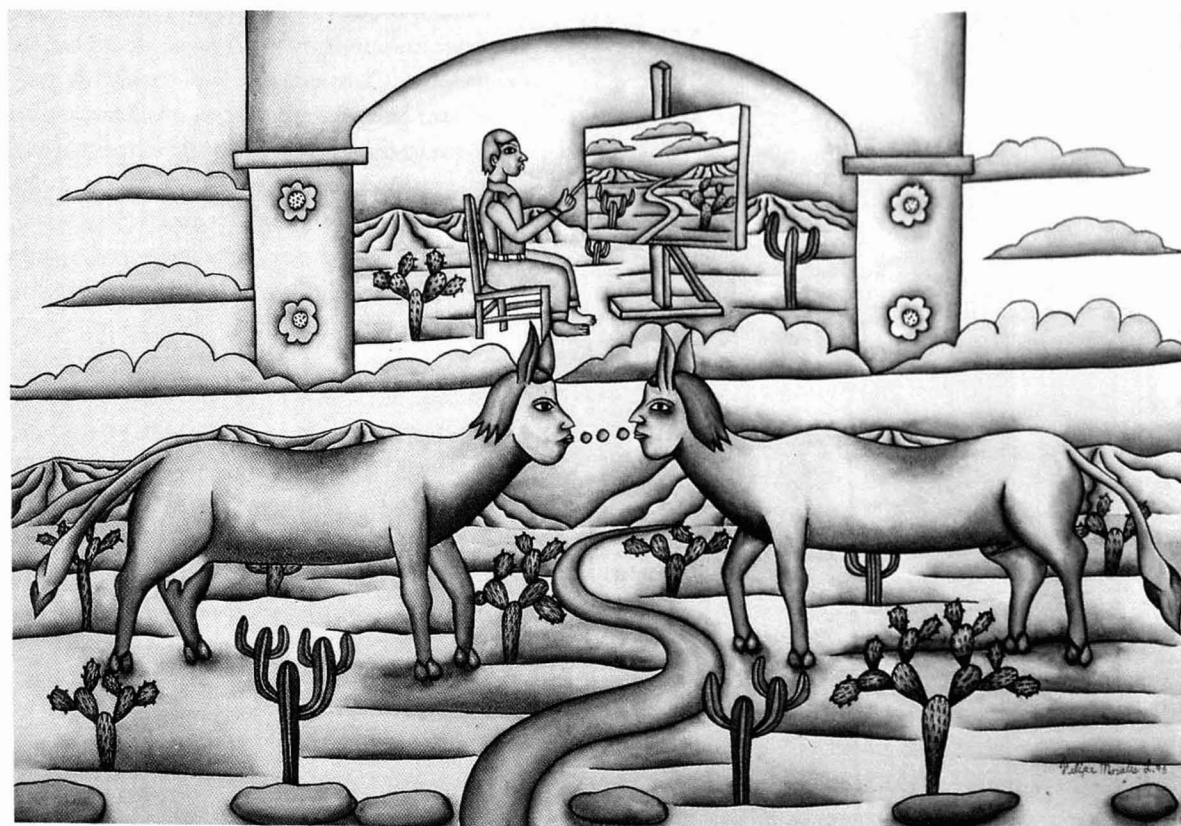
XIV

Los besos bajo el mar tienen el efecto de la vida, desconciertan y solicitan una técnica depurada. Bocas húmedas en medio de las aguas, resonancia que aleja las olas y a sus habitantes. El beso marino parece una escollera, dique contra las dispersiones del mundo. Poco después, cuando los amantes separan sus labios, la sal en la lengua es un recordatorio, un tanto brusco, de que los placeres son intermitentes, mientras que lo real nos acecha de día y de noche con el sabor salobre de sus horas sitias,

das. Nada le hace, un beso dulcifica los ánimos y nos invita a continuar el largo viaje hacia un deseo que, también, a cada instante nos renueva. ♦



Gelsen Gas, *La leyenda del beso*, 1996, monotipo con base en un grabado de Gustave Doré, 28 x 21.5 cm



Felipe Morales,
El beso,
1996,
acuarela/papel,
38.5 x 56.5 cm

Besos desde dentro



TESS GALLAGHER

Para Raymond Carver

Él ha inventado una manera de guiar a la ciega
para que puedan avanzar al mismo tiempo,
juntos. A ella en realidad no la conduce,
pero conmigo es ingenioso y rápido. Soy una casa
perdida en los bosques de Soto
y ocupada por gitanos en sus pisos superiores.
Ellos me trenzan el cabello con estambres rojos
e iluminan mi sombra con velas para conservarme
toda luz. Él me quiere toda luz,
a la misma que se estuvo tropezando tres años
con los muertos. Con la palma, me levanta de los pies
por los talones. Mientras más sublime y de oro
quiero ser, ajena a la forma, a la misericordia,
más me jala hacia la tierra.
Me revuelca en el polvo rojo
dentro de la noche. Hasta sus besos
acarician mi desovillarme desde dentro.
Las abejas abandonan sus mieles,
sus inefables frenesíes.
En el revoloteante mediodía de nuestras medianoches devocionales,
alza el vuelo, hasta que soy arrufadura y robo,
enraizada hondo en el aire marino
 porque la marea lo es todo
 porque la marea lo es todo
y porque nunca he visto el mar.

VERSIÓN DE PURA LÓPEZ COLOMÉ

Los besos antiguos y los besos de hoy

ARNULFO HERRERA

Es común el padecimiento lingüístico de algunas mujeres que militan en el servicio doméstico. Seguramente hubo una vez en que sus ilustrados patrones les corrigieron la pronunciación de ciertas voces que los incomodaban y que no tenían otra desventaja que la de aplicar la famosa y universal "ley del menor esfuerzo":

—No digas *petrolio*; di *pe-tró-le-o*.

—No se dice *golpiar*; se dice *gol-pe-ar*.

Y ellas —las que fueron aplicadas— nunca entendieron por qué cerraban o palatalizaban la *e* pero, con el deseo de corregirse y extender los beneficios de su aprendizaje a todo el género humano, llevaron la lección más lejos. Ahora, por su propia iniciativa, corrigen sus desvíos: *copean* lo buenos ejemplos, *vasean* las ollas y *rosean* la ropa antes de plancharla. Es lo mismo que les sucede a quienes acostumbran suprimir la *d* en algunos participios (*mancha'o*, *braga'o*, *chinga'o*) y, cuando quieren hablar "correctamente", en vez de *bacalao*, se sienten comprometidos a decir *bacalado*. Los lingüistas llaman al fenómeno ultracorrección. Equivale a lo que en buena lógica hacemos con la doble negación: a) llueve; b) -llueve; c) -(~llueve); aunque, como es obvio, no se trata de un simple retorno al comienzo sino de una sincera voluntad de cambio que acaba inexorablemente en otra cándida transgresión de la norma culta.

Lo mismo ocurre con los antropólogos y con algunos historiadores de la cultura que aprendieron demasiado bien a marcar las diferencias entre nosotros y las sociedades del pasado. Gracias a cruentas e innumerables lecciones de *otredad* nos han convencido de que bajo los mismos comportamientos o, incluso, bajo las mismas palabras se encierran significados radicalmente distintos. ¡Qué equivocados estábamos cuando creíamos que Tibulo amó a Delia y murió en los brazos de la negra Némesis (ni siquiera le gustaban las mujeres), que Propertio le cantó a Hostia bajo el nombre de Cintia y que Ovidio pasó noches enteras suplicando a la servidumbre de Corina que le abrieran la puerta! Paul Veyne nos ha enseñado que los poetas elegiacos no se sinceraban como hacemos nosotros a través de la litera-

tura y que esas "mujeres irregulares" no pudieron haber existido.¹ Era una pose artística, una ficción poética que nuestro pensamiento posromántico a duras penas comprende. ¡Qué distinto se entiende el soneto de Quevedo "Miré los muros de la patria mía..." si le asignamos al término 'patria' el significado que entonces tenía (pueblo natal), y vislumbramos que el autor no hablaba para nada de España o del Imperio, sino de su propia ciudad, Madrid, cuyas murallas estaban siendo derribadas para que, con tanta "casa de malicia", la corte pudiera extenderse más libremente! Las "casas de malicia" no eran las "mancebías", "casas llanas" (porque estaban siempre abiertas) o prostíbulos, como podríamos entender en una rápida asociación. Se trataba de las viviendas construidas en un solo piso con el fin de evitar que el Estado confiscara las plantas altas para alojar a sus funcionarios. Podemos corroborar nosotros mismos estas diferencias: hace poco más de veinticinco años, las palabras 'fresa', 'naco' o 'sicodélico' connotaban un sentido distinto del que se les da ahora. Y con la transformación semántica de estas palabras —pérdida trivial— se han ido muchos prestigios que las nuevas generaciones no han percibido (rebelión contra la hipocresía y los formalismos del mundo adulto a través del lenguaje y el vestido, perspectivas musicales y literarias sostenidas a contracorriente, cuando no marginales, militancia política izquierdista, amor libre, etcétera) y que ya empiezan a ensanchar el abismo generacional. Actualmente varias de esas manifestaciones (ropa, música, algunos aspectos del lenguaje), sólo las más superficiales —parecidas en su espíritu a las compulsiones de los años sesentas pero en esencia bien diferentes—, se ostentan de una manera oficial, con el pleno consentimiento de las autoridades y de los adultos.

Sin embargo, hay ámbitos de la vida humana en los que se ha exagerado el acento de las diferencias. Uno de ellos es el que se refiere al beso en la boca como preámbulo o como parte del acto amoroso. La extendida creencia de que el cine nos enseñó

¹ Paul Veyne, *La elegía erótica romana*, FCE, México, 1991.

a besar o, por lo menos, uniformó nuestra manera de hacerlo, ha hecho creer a algunos historiadores que su proliferación y su uso como símbolo de entendimiento entre los amantes proviene de las películas. Hay quienes incluso piensan que los besos en la boca son patrimonio occidental, y más específicamente costumbre de nuestro siglo XX. El cine nos ha dado muchas razones para pensar que el beso es casi todo lo que puede ocurrir entre la pareja. Como cualquier elemento implícito en nuestro código visual, sabemos que después del beso no hay más. O, si lo hay, es la parte vedada, y en realidad no importa, porque aquello que nos interesaba (el beso) se ha logrado. Llegar a lo íntimo es exceso de realismo, es lindar con la pornografía, explotar el *voyeurismo*, y eso pertenece a la esfera de las patologías. El beso en la pantalla es la plena consecución del amor. Una vez que hemos asistido a la enorme tensión del cortejo, cuando las vicisitudes de los amantes se acaban o los peligros de la separación quedan conjurados, la puerta de escape para la *catarsis* es, sin duda, el beso. Sólo entonces la historia puede concluir. A veces tenemos que esperar, tensos, las casi dos horas del filme para que la trama nos gratifique, como ocurrió entre Luisa Lane y *Superman* durante la primera parte de esta serie cinematográfica (1978). Es tal nuestro culto por el beso cinematográfico, que hemos creído verosímil la actitud del inocente Chance Gardener en *Desde el jardín*, la novela de Jerzy Kosinsky (en el cine no fue tan convincente²). Como buen televidente, Chance creía que con un beso podía satisfacer la pasión de una mujer sometida por las circunstancias a largos ayunos sexuales. Su formación televisiva no lo capacitó para ofrecer más que impecables besos al estilo del Hollywood que mejor acató la censura. Era un baldado sexual y sentimental. Sus besos eran del mismo tipo que los besos desesperantes del Bello Antonio (Marcelo Mastroianni) a Claudia Cardinale en la película de Mauro Bolognini (1960) que nos hizo exclamar a todos: ¡antes feo que ser incapaz!

Quizás por influjo del cine, este culto se ha llevado fuera de la pantalla. Hay lugares donde el beso alcanza un *status* casi mítico. En México es frecuente que las prostitutas adviertan a sus clientes que pueden tolerar cualquier heterodoxia (por perversa que sea); pero que, en el renglón de los besos, solamente dan o reciben aquellos que van del cuello para abajo, sin importar la parte en que aterricen. Los besos en la boca están reservados para sus "novios". Son (aunque sonrían los apóstatas) el último reducto de su fidelidad.

Vamos a recordar que el beso —tal como estamos habituados a verlo— no es patrimonio de nuestro siglo ni proviene de la literatura romántica ni conforma casos aislados en el arte. Es tan natural como la exclamación de la Esposa en el *Cantar de los cantares*: "¡Bésemme con los besos de su boca...!" Y lo más probable es que estos besos de una sociedad altamente refinada se parezcan tanto a los besos hollywoodenses como el que está a punto de consumarse en un relieve veneciano que data de la época del Bajo Imperio (Museo Arqueológico), donde un

sátiro "asalta" a una ninfa y comienza por acercar su boca a la de ella; mientras, la muchacha, complaciente, levanta la cara, extiende sus brazos con determinación para echarlos sobre el cuello de su verdugo y, "a vuelta de cabeza", contesta favorablemente el gesto. En su conocido manual, Ovidio ilustra el gusto de los romanos por los besos y su uso:

¿Quién, si es un experto, no mezclará besos con palabras tiernas? Aunque ella no te los dé, róbaseles tú a pesar de no dárte-los. Es posible que al principio luche contigo y te llame "sinvergüenza", pero deseará sin embargo que la venzas en la lucha [...] El que ha conseguido besos y no ha conseguido también lo demás, será digno de perder incluso lo que se le dio. (*Arte de amar*, I, pp. 663 y 664; 669 y 670.)

Es difícil que los refinamientos culturales del Imperio romano hayan alcanzado las alturas a las que llegaron las grandes civilizaciones del Asia menor y del Oriente. Pero, en todo caso, los besos debieron ser la manifestación semipública del amor y tener su importancia como síntesis de todo lo deleitable que ocurría entre los amantes desde el momento en que Catulo (antecesor de Ovidio) describe su afición por Lesbia en esos términos:

Preguntas, Lesbia, cuántos besos tuyos me sean bastantes y demasiados.
Cuan magno número de arena líbica yace en Cirene, rica en laspercio, entre el oráculo de Jove ardiente y el sacro túmulo del viejo Bato; o cuántos astros, al callar la noche, miran furtivos amores de hombres, que beses tantos besos tú bastante es a Catulo el loco, y demasiado, que ni contarlos bien los curiosos puedan, ni mala lengua enhechizarlos.³

No es la única vez que lo hace. En otro texto de técnica muy similar, Catulo insiste en demostrarnos que se siente bien recompensado por los besos; lo hace en un juego de cómputo que todos hemos hecho en alguna ocasión y de una manera que nos es muy familiar porque está a caballo entre la vida pública y los espacios privados:

...Dame mil besos, y después un ciento;
luego otros mil seguidos, después ciento.
Luego, cuando hecho habremos muchos miles, los turbaremos, porque no sepamos, o no pueda aojar algún malvado cuando sepa qué tanto había de besos.⁴

³ Cayo Valerio Catulo, *Cármenes*, traducción de Rubén Bonifaz Nuño, UNAM, México, 1979, p. 5.

⁴ *Op. cit.*, p. 4.

² *Being there*, dirigida por Al Ashbi, 1979.

Los romanos se besaban y, como ellos, seguramente lo harían muchos pueblos que se habían asimilado al vasto Imperio. Los ejemplos son tan abundantes que tiene poco mérito buscar en aquellos siglos más indicios de esta costumbre. Vayamos a otra época, por ejemplo, al primer Siglo de Oro español, que goza de una extendida fama de puritanismo costumbrista y represión religiosa. En el *Jardín de Venus* (conocido manuscrito de textos eróticos que fue compilado a finales del siglo XVI), hay varias ilustraciones sobre los besos de amor. Para nuestra admiración, nos encontramos con fobias y manías similares a las nuestras: los besos entre casados no tienen gracia alguna; inclusive pueden causar suspicacias entre los esposos. Predomina la idea de que los besos son parte de la lucha entre los amantes; ellos pretenden conseguir el favor de las muchachas y ellas se resisten solamente lo necesario para cumplir con el decoro. Los besos son, como señalan los siguientes textos (una glosa y un soneto), el condimento ausente en el matrimonio que lleva una sexualidad rutinaria y tiene todo aparejado:

Fáltales en la cama a los casados
el comenzar por burlas imperfectas,
aquellos dulces besos medio hurtados
que allí se suelen dar por indirectas,
aquel andar asidos y abrazados,
ora tocalte el muslo, ora las tetas,
y el prolijo durar en la batalla,
“y aquél poder él más y derriballa”.

Primero es abrazalla y retozalla,
y con besos un rato entretienella.
Primero es provocalla y encendella,
después luchar con ella y derriballa.
Primero es porfiar y arregalla,
poniendo piernas entre piernas della.
Primero es acabar esto con ella,
después viene el deleite de gozalla.
No hacer, como acostumbra los casados,
más de llegar y hallarla aparejada,
de puro dulce, creo, da dentera.
Han de ser los contentos deseados;
si no, no dan placer ni valen nada;
que no hay quien lo barato comprar quiera.

No hay quien lo barato comprar quiera. La lección de Ovidio no tiene desperdicio (ni caducidad). Los poetas de *El jardín de Venus* insisten en algo que sabemos todos de manera un tanto perversa: el placer es inversamente proporcional a la resistencia que logra vencer la porfía del amante. La vida conyugal está completamente marginada de las delicias amorosas. Lo confirma el *yo* del siguiente soneto, quien no cabe en sí de la furtiva alegría que gozó recién y, no habiendo mejores interlocutores de su dicha que los inertes testigos de la hazaña, echa mano del viejo recurso que proporciona la prosopopeya (*id est, ficta personae inductio*) para pedir su opinión

a la cama y a la noche sobre la conducta veleidosa de su “dulce enemiga”:

¡Oh dulce noche! ¡O cama venturosa!
Testigos del deleite y gloria mía,
decid qué os pareció de la porfía
de aquella dama dulce y amorosa.
¡Cómo se me mostraba rigurosa!
¡Cómo dentre mis manos se salía!
¡Cómo dos mil injurias me decía,
la dulce mi enemiga cautelosa!
Pero, ¡cómo después me regalaba
cogiéndome en sus brazos amorosos,
y abriendo aquellas piernas delicadas!
¡Con qué suavidad se meneaba!
¡Qué besos que me daba tan sabrosos!
¡Y qué palabras tan azucaradas!

“Lo que las mujeres dan, a menudo lo dan a pesar de ellas mismas”, decía Ovidio con el dejo de cinismo que le gustaba exhibir. En vez de clamar, como pedía el poeta latino a quienes con su arte amatoria habían alcanzado la proeza de doblegar a una amazona, “Nasón fue mi maestro”, el poeta español no se acuerda de formular divisas ni de colgar exvotos, está deslumbrado.

También encontramos, en esta antología, manifestaciones de oralidad como la que el engolosinado Catulo nos relataba en los endecasílabos falecios que citamos arriba. No hay duda de que los paradigmas dominantes en el *Jardín de Venus* fueron los elegiacos latinos y, por supuesto, el quejumbroso Verónes:

Bésame, espejo dulce, ánima mía,
bésame, acaba, dame este contento,
y cada beso tuyo engendre ciento,
sin que cese jamás esta porfía.
Bésame cien mil veces cada día,
porque, encontrando aliento con aliento,
salgan de aqueste intrínseco contento
dulce suavidad, dulce armonía.
¡Ay, boca, venturoso el que te toca!
¡Ay, labios, dichoso es el que os besa!
Acaba, vida, dame este contento,
y dame ya ese gusto con tu boca.
Bésame, vida, ya, si no te pesa,
aprieta, muerde, chupa, y sea con tiento.

No imaginemos el aliento pestilente de la sirvienta con quien una dama principal engañó al lujurioso Arcipreste de Hita. Existían perfumes bucales. El “agua de ángeles” o las pastillas de alcorza (que podían llevar olor a violeta, anís o nardo) eran los más usuales. Y había blanqueadores para los dientes y cera con color y aroma para realzar la frescura de los labios. Aunque, ya entrados en gastos, es muy probable que la naturaleza domara las repugnancias de la cultura y desvaneciera los escrúpulos de los señores más encopetados. Después de la lección del

best-seller Desmond Morris (*El mono desnudo*, 1967) y observando la gran cantidad de adulterios, lenocinios, barraganas, amanecimientos, concubinatos o simples encuentros de cantón, cabría pensar que estos olores fisiológicos a menudo les sirvieron de acicate a los españoles de la más alta alcurnia.

El beso también fue en esos años auriseculares el símbolo de lo que ocurría entre los amantes y de lo que debía evitarse para no caer en la esclavitud del amor. Ningún texto más ilustrativo que el soneto de Góngora "La dulce boca que a gustar convida / un humor entre perlas destilado...!". Está facturado a imitación de otro que hizo Torcuato Tasso y trae una advertencia que algunos autores consideran continencia postridentina pero que no es otra cosa que el juego cortesano, renacentista, de temer previamente lo que se está deseando:

amantes, no toquéis, si queréis vida;
porque entre un labio y otro colorado
Amor está, de su veneno armado,
cual entre flor y flor sierpe escondida.
No os engañen las rosas, que a la Aurora
diréis que, aljofaradas y olorosas,
se le cayeron del purpúreo seno...

Los besos son "manzanas de Tántalo" y, al final, del amor sólo queda en el alma el veneno. Un tópico que en nuestros días se conoce perfectamente: *I never fall in love again...* Como le ocurrió a la chica de esa candorosa letrilla en la cual se quejaba con su madre de haberle permitido a Perico que la besara —porque "en Francia se usaba"— y quedar luego irremediabilmente enamorada ("¿Por qué me besó Perico? / ¿por qué me besó el traidor?..."). Lo cierto es que dio más de un beso. Lo explicaba una letrilla que contrahizo con malicia o, mejor dicho, con realismo, lo que, en efecto, hizo Perico en aquel "villancico de amiga":

Porque me besó Perico,
porque me besó el traidor.
Que estando madre dormiendo,
de lo cual soy arrepisa,
le sentí estar desvolviendo
las faldas de mi camisa... Porque me besó Perico,
porque me besó el traidor.
Y estando así como os digo,
desque dormida me vio,
me tentó bajo el ombligo
todo cuanto Dios me dio; pues ¿cómo queréis que yo
le pueda tener amor? Porque me besó Perico,
porque me besó el traidor.
Porque con mil osadías
revolvió poco a poquito,
sus piernas entre las mías
hasta que me dio en el hito:
es mi dolor infinito.
Porque me besó Perico,

porque me besó el traidor.

Que, como se meneaba,
más se mostraban sabrosos
dos mil gozos que me daba
como azúcares sabrosos.

Diome unos besos zumosos,
que jamás pierdo el sabor.

Porque me besó Perico,
porque me besó el traidor.

Si después de tantos besos los historiadores no se han convencido de que se trata de una costumbre extendida a lo largo y a lo ancho de Occidente; si aún alegan que no formaba parte de los arrumacos semipúblicos de las parejas, vaya el ejemplo supremo de que el beso se daba y se hurtaba, a guisa de anticipo, como lo seguimos haciendo nosotros sin tener en cuenta el ejemplo del cine. Recordemos aquella escena en que la princesa Micomicona va a ser rescatada por el enjaulado don Quijote. La trama, urdida por el cura y el barbero para rescatar a don Alonso, está a punto venirse a tierra por la impertinencia de Sancho, que la vio besándose con uno de sus acompañantes:

—No es eso, ¡pecador fui yo a Dios! —respondió Sancho—; sino que yo tengo por cierto y por averiguado que esta señora que se dice ser reina del gran reino Micomicon no lo es más que mi madre; porque a ser lo que ella dice, no se anduviera hociendo con alguno de los que están en la rueda, a vuelta de cabeza y a cada traspuesta.

Paróse colorada con las razones de Sancho Dorotea, porque era verdad que su esposo don Fernando, alguna vez, a hurto de otros ojos, *había cogido con los labios parte del premio que merecían sus deseos* —lo cual había visto Sancho pareciéndole que aquella desenvoltura más era de una dama cortesana que de reina de tan gran reino—, y no pudo ni quiso responder palabra a Sancho, sino dejóle proseguir en su plática, y él fue diciendo:

—Esto digo, señor, porque, si al cabo del haber andado caminos y carreras, y pasado malas noches y peores días, ha de venir a coger el fruto de nuestros trabajos el que se está holgando en esta venta, no hay para qué darme prisa a que ensille a Rocinante, albarde el jumento y aderece al palafrén, pues será mejor que nos estemos quedos, y cada puta hile, y comamos.⁵

La reprimenda que recibió el pobre labrador por su lenguaje descomedido fue terrible, pero su intromisión nos entreabrió un espacio de la vida cotidiana. La dama se "andaba hociendo" "a vuelta de cabeza" y en todos los rincones. Si después de estos ejemplos los historiadores "ultracorrectos" siguen hallando diferencias entre los besos antiguos y los besos de hoy, si siguen pensando que los besos son el patrimonio de nuestro siglo que los tomó del cine y de la televisión, sólo podríamos contestarles con la frase de Marco Tulio Cicerón: *el exceso de justicia es suprema injusticia*.⁶ ♦

⁵ Miguel de Cervantes Saavedra, *El ingenioso hidalgo...*, I, 46.

⁶ Cicerón, *De Officiis*, I, 10, 36. Literalmente dice "Summum jus, summa injuria".

Tu beso



ALINE PETTERSSON

Sólo átomos, aliento
en llamas...
Y al suave paso de tu lengua,
ojos y oídos pierden el rumbo.
Crecen los labios que no se sacian,
mis pezones, en las alturas,
buscan tu boca.
Aniquilados, los pensamientos abren
el pórtico.
Y yo te vivo.

El beso: acepción y correlatos



ROLANDO DÍAZ LOVING

*por una mirada, un mundo;
por una sonrisa, un cielo;
por un beso... ¡yo no sé
qué te daría por un beso!*

Bécquer

Un beso, aparentemente atractivo, sugestivo y apetitoso; empero, cumplir con la cordial petición de tratar su entorno simbólico y conductual, resultó una tarea desesperadamente compleja. Un atardecer, alterado por lo que parecía ser inspiración, debatí mis motivaciones, besé a mi musa, ella sonrió y retornó a sus sueños. De nuevo solo con mi encomienda. ¿Es el beso aquello que Henry Gibbons describió como “la yuxtaposición anatómica de dos músculos en estado de contracción”? o ¿es una simple conducta que denota tacto, presión y humedad?, o, al cruzar el umbral de la imaginación, ¿se convierte en un suspiro sensual trastocado por la realidad?

Como todo lo humano, el beso, su acepción y correlatos constituyen una manifestación más de nuestra evolución bio-psico-socio-cultural; ya Alfred de Musset pregonaba: “El único idioma universal es el beso”, indicando su raíz hegemónica. Pero además, contiene un sustrato ecosistémico; como tal, sus raíces y matices descansan en la memoria colectiva y reconstrucción cotidiana de cada pueblo. De esta manera, incluso, parece haber besos de finalidad distinta:

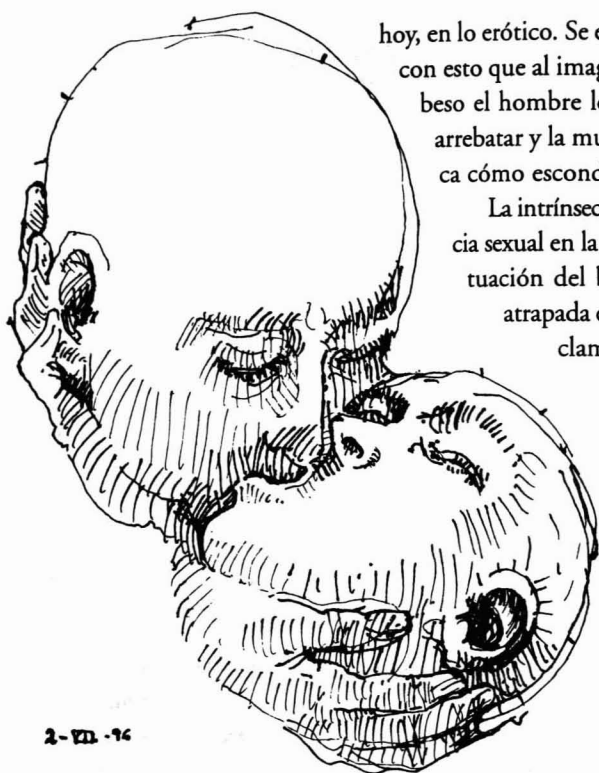
En la mejilla es bondad,
en los ojos ilusión,
en la frente majestad,
y entre los labios pasión

Campoamor

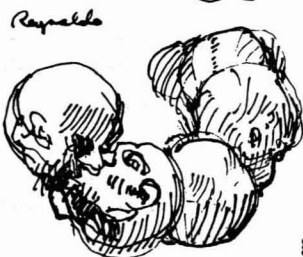
A fin de extraerle su esencia al beso, nos atrevimos a entrevistar a universitarios, con la casi vana pretensión de hurgar en

su estructura cognitiva en busca del significado de este pequeño gran término. Con base en la técnica de las redes semánticas naturales, pedimos a cien hombres y cien mujeres nos proporcionaran los vocablos que consideran más pertinentes a la definición del beso. De entrada, el impacto de la estructura psicosocio-cultural se refleja en las convergencias y divergencias entre los sexos al establecer la connotación de la palabra ‘beso’. Las colaboradoras del sexo femenino, haciendo gala de su diversidad lingüística y conocimiento del tema, ofrecieron 194 vocablos para referirse al beso; los del otro sexo, sólo 137, haciendo honor a su mote de *parcos y poco expresivos*. Claro está que esta misma información podría ser interpretada como señal de una mayor precisión en el caso de los hombres, quienes requirieron de menor número de palabras al conferir el significado básico del término, a diferencia de las mujeres, que necesitaron de más vocablos definidores debido a una posible idea difusa del mismo. Sin embargo, siendo el beso un acto tan cotidiano y popular, parece más plausible la primera de las dos interpretaciones.

Al analizar el contenido semántico del vocablo beso, nos percatamos de que ellas lo perciben y entienden, en primera instancia, como amor, afecto, cariño y ternura. Ellos coinciden en el amor y el cariño, y añaden la pasión, el deseo y lo delicioso. La construcción simbólica observada descansa en los procesos de socialización y endoculturación que inculcan en los sexos contenidos diferentes en su camino a la conformación de los géneros. No en balde un popular libro indica que el entrenamiento se genera en Venus para ellas y en Marte para ellos. De esta manera, el beso y el amor femeninos son para guardarse, son para siempre; llevan consigo los lazos de la interdependencia, del afecto, de la ternura; conllevan el cuidado de una madre a sus hijos, el cuidado de una mujer a su relación. Por su parte, los hombres pretenden que el beso y el amor contengan pasión y deseo. Para ellos el beso constituye una delicia hedonista, arrebatada, que, además, como todo lo cargado de adrenalina, es por excelencia fugaz. Su esencia estriba en la conquista, en el



2-VII-76



Reynaldo Velázquez

hoy, en lo erótico. Se entiende con esto que al imaginar un beso el hombre lo quiere arrebatar y la mujer busca cómo esconderlo.

La intrínseca distancia sexual en la concepción del beso fue atrapada en las reclamaciones

de un célebre anónimo que advierte: "Algunas mujeres se sonrojan cuando las besan; otras llaman a la policía; algunas maldicen; otras muerden. Pero las peores son las que se ríen."

En un segundo plano, las mujeres relacionan el beso con palabras como: pareja, amistad, saludo, deseo, apasionado y delicioso, mientras que los hombres lo relacionan con tierno, excitante, rico y afectuoso. Hay que destacar el hecho de que las mujeres también resaltan el aspecto pasional del beso y que lo hacen en relación con su carácter afiliativo; sin embargo, esto tiene menos importancia que la ternura y el amor, que consideran como básicos y centrales. En cuanto a los hombres, una vez construida la semblanza pasional del beso, engalanada con lo rico y excitante, da visos de aparición lo estable y comprometido, encarnado en la ternura y el afecto. Quiere esto decir que a las mujeres también les agobia el apetito de lo ardiente, sólo que juega un papel secundario respecto a la veneración que hacen del amor. A su vez, en los hombres se vislumbra el amor y la ternura pero sólo una vez reiterado el papel estelar de la lujuria. Así las cosas, resulta que la sensata, razonable y centrada es, a todas luces, la mujer, mientras que el hombre es una veleta que cambia de dirección, víctima de sus estados hormonales. Y aquí sólo nos queda recordar la advertencia de Thomas Hobbes: "Las pasiones sin control terminan en locura."

En la literatura de la psicología transcultural, diversos autores han destacado la caracterización y las consecuencias

individualistas de algunas culturas y su contraparte colectivista presente en otras. Surgida inicialmente de un ecosistema con valores centrado en lo masculino y en el individuo, la teoría psicoanalítica propone que la pasión antecede a los afectos. Es decir, concuerda con la visión de los hombres sobre lo que es el beso; sin embargo, desde una perspectiva de género, debemos reconocer que la ascendencia de las pasiones o de los afectos proviene de un proceso de socialización diferencial que, o antepone el yo a la comunidad (visión masculina), o resalta lo colectivo sobre lo individual (visión femenina). En realidad, no hay una posición naturalmente correcta sino que existen diferentes formas de socialización. Incluso, en lo ideal, "la yuxtaposición anatómica de dos músculos en estado de contracción" debería realizarse con igual afecto y pasión por parte de sus dos participantes; sólo así se convierte en una unión de dos.

También entre sus principales palabras definidoras, las mujeres ofrecen una constelación de vocablos descriptores de la palabra beso: alegría, felicidad, emociones, sentimientos, caricias, noviazgo, gusto, compartir y entregarse. Ya con menor frecuencia, pero aún con consistencia, aparecen alusiones corporales: lengüita, boca, saliva; y algunas muy particulares pero creativas palabras definidoras; al beso lo identifican con lo cachondón, esponjocito, genial, noble, seductor, sensual y sublime. Por su parte, ellos terminan promoviendo lo húmedo, íntimo, dulce, placentero, suave y sensual de un beso.

Respecto de la construcción semántica del beso, salta a la vista la ausencia de valoraciones negativas, aunque sí hubo una mención a las *babas* y alguno que otro término despectivo, perdido entre la muchedumbre de adjetivos positivos. Es evidente que hay consenso en favor del beso. Lo anterior se confirma a través de una encuesta aplicada a más de tres mil alumnos de 25 diferentes licenciaturas de la Universidad, destinada a medir la percepción que se tiene del hecho de besar a una persona con el síndrome de inmunodeficiencia-adquirida, confrontada con los patrones de conducta sexual, conocimientos, características de personalidad, valores y actitudes de los encuestados. Los resultados permiten afirmar que a pesar de que algunos rumores y mitos populares advierten equivocadamente sobre el riesgo de contagio, en la amplia muestra de universitarios no se detectó ninguna relación negativa o positiva del beso con el VIH.

Ahora, ya conscientes de los innegables atributos positivos del beso, resolvimos navegar a través de los datos vertidos por más de doscientas parejas, quienes, desde su intimidad, compartieron sus opiniones sobre la forma en que se besan y la frecuencia con que lo hacen. Como parte de las entrevistas, también se obtuvo la relación entre la evaluación de lo anteriormente mencionado —la manera de besar y la asiduidad con que se hace— y el amor, la satisfacción, los estilos de comunicación, la detentación del poder, las características de los miembros de la pareja, el gusto por interactuar y sus patrones de conducta sexual.

El amor, de acuerdo con varios teóricos de las relaciones diádicas, contiene pasión (el aspecto sensual pasional de la relación

de pareja, que incluye la percepción de la relación como erótica y llena de entrega, así como el gusto y deseo de poseer a la pareja sexualmente), intimidad (se refiere a la comprensión percibida, la atracción afectiva entre la pareja, la cercanía, la felicidad por la interacción, el deseo de compartir experiencias y la preocupación por el bienestar de la pareja) y compromiso (tiene que ver con la importancia, el deseo y el empeño de mantenerse como pareja). Al relacionar los niveles de pasión, intimidad y compromiso con la evaluación de la forma y frecuencia de los besos en pareja, encontramos que en general los tres componentes del amor son determinantes para lograr la satisfacción por la manera y asiduidad de los besos. En las mujeres, en particular, la intimidad es el motivo principal de satisfacción por la hechura y periodicidad del beso, aunque el gusto por la forma de besar también está muy relacionada con la pasión. Asimismo, el compromiso también se relaciona de forma positiva con el beso, pero en menor grado. En los hombres, la relación se vive con menor intensidad que en las mujeres; además, la pasión es el mejor aliciente para estar satisfecho con la forma de besar, y la intimidad, con la frecuencia con que se lleva a cabo. Cabe destacar que para este sexo el estar más comprometido con la relación casi no se asocia con el agrado y la asiduidad con que se besa a la pareja. Lo anterior es consecuencia entendible de la disminución —auspiciada por algunas normas religiosas— de la actividad sexual de la pareja (que repercute en la frecuencia de besos) y de la separación matrimonial.

Los datos sobre el amor y el beso muestran en primera instancia la trascendencia del ósculo en la configuración de la relación de pareja. Es definitivo que a mayor gusto por sus besos, las parejas se sienten más cercanas, son más apasionadas y se muestran más comprometidas a permanecer en la relación por largo tiempo. Así también, como fue el caso en la semiótica del beso —aunque la connotación incluye a todo el amor—, para estas parejas el beso está más cargado de afecto en la mujer y de pasión en el hombre.

Al transferir nuestra búsqueda a los dominios del poder, preguntando a las parejas quién toma las decisiones sobre el manejo del dinero, el funcionamiento de la casa, las diversiones, la educación de los hijos y cuándo, cómo y cuántas relaciones sexuales tener, se encuentra que en las mujeres hay mayor agrado por el patrón del beso de pareja cuando los dos comparten las decisiones de la vida marital. La excepción a la regla existe en el ámbito del control sobre cuándo, cómo y cuántas relaciones sexuales tener. Para este indicador de la vida sexual, las mujeres que dominan esta parte de la relación son las que desproporcionadamente gozan más la forma y frecuencia con que besan a su pareja. Por su parte, aunque con efectos tenues, los hombres felices con la configuración del beso marital son los que dejan que su pareja conduzca la vida familiar en todas sus actividades, incluyendo el de la iniciativa sexual.

Al considerar calificaciones de características instrumentales positivas (por ejemplo, responsable, activo, productivo), instrumentales negativas (por ejemplo, arrogante, clínico, inconveniente, autoritario), afectivas positivas (por ejemplo, cooperador,

carinoso, altruista) y afectivas negativas (por ejemplo, crédulo, chiflón, dependiente), encontramos que los hombres con características afectivas positivas y las mujeres con características instrumentales positivas valoran altamente el patrón conductual de besos vivido en su relación. Lo anterior ayuda a entender los resultados relativos al poder y la satisfacción por los besos. Los hombres que además de presentar características instrumentales, asignadas tradicionalmente a ellos, incorporan a su ser aspectos de afectividad positiva, y las mujeres que no sólo son afectuosas sino que también luchan por hacer valer su individualidad, llevan vidas de pareja más sustantivas. En estas diadas, el beso es una actividad para compartir tanto afectos como pasiones. En los demás individuos tradicionales que no alcanzan a traspasar los rasgos asignados a su entidad biológica, el beso es una actividad que, aunque placentera, denota todavía poder, control, sumisión y aceptación.

Como corolario, también los celos y estilo de comunicación afectan al acto de besar. Definimos los celos como las relaciones emocionales o de seguridad que se presentan ante la real o imaginaria transgresión de la regla de exclusividad de la pareja. Entre sus dimensiones, resalta el hecho de que a los hombres egoístas (aquellos que consideran deben ser el centro de la relación) les gusta la forma en que besa su pareja, pero están insatisfechos con la frecuencia (sienten que no los aprovechan, ni valoran). En el caso de las mujeres, en la medida en que reaccionen con dolor y tristeza ante la posible pérdida de la pareja, más frecuentemente y con mayor gusto besan a su compañero (posiblemente con un marcado afán de no dejar volar la imaginación de la pareja o que toda la inspiración y creatividad se concentre en ellas). También entre las mujeres, aquellas dadas a la intriga (“imagino que mi pareja hace algo a mis espaldas”) se encuentran muy insatisfechas con la frecuencia de besos presente en la relación (“sí, de seguro acaba cansado de besar a la otra y por eso a mí ya ni me quiere besar”). Finalmente, en ambos grupos, los sujetos que confían en que su pareja respeta la norma de exclusividad son los más satisfechos con el modo y periodicidad del beso.

En el mundo de la transmisión de información y sentimientos existen diversas formas de enviar un mensaje a una pareja; la comunicación puede basarse en un estilo amable y afectuoso o pudiera ser fría y reservada o hasta dura y agresiva. La asiduidad y bella estampa del beso se presenta preponderantemente cuando el estilo de comunicación es positivo; desaparece en los hombres cuando el estilo se torna reservado y en las mujeres cuando el tono es violento.

En conclusión, el beso es universalmente alabado; constituye elemento de vínculo en las relaciones humanas, de cuyos aspectos positivos es antecedente y consecuencia. Sin embargo, su interpretación final e ideosincrática, es decir, su estampa fina, depende del ecosistema psico-socio-cultural y las expectativas y normas asignadas a (y asumidas por) cada relación e individuo.

Agradeciendo al lector su compañía en la travesía a lo largo de esta breve descripción del beso y sus correlatos, y como representante del ala masculina, sólo me queda agregar, como ya lo había hecho Oscar Wilde: “Yo puedo resistir todo, menos la tentación.” ♦

Entre Géminis y Capricornio



MARIO ENRIQUE FIGUEROA

Lunes 9

Lauradriana me llamó por teléfono. Habían pasado varios meses desde nuestra última entrevista. En realidad nos encontramos de modo casual en un café, al que llegué con un amigo. Ella estaba en una mesa con dos compañeras de trabajo. Tras esa coincidencia debió buscar mi número en su agenda: quería hablarme de una idea que la rondaba. Nos pusimos de acuerdo para vernos en el Sanborns más cercano a su casa.

Martes 10

Resumiendo lo que dijo en esa ocasión, se trataba de lo siguiente: estaba convencida de que son varias las biografías que se entrecruzan y componen la vida de cada mujer y cada hombre. En ese entramado de existencias, la única que con toda certidumbre puede llamarse personal es la sensible. Y, de modo más concreto, la sexual. Me hizo entonces su propuesta: ella grabaría en una cinta sus vivencias; después yo la escucharía para transcribir lo que hubiera dicho. El procedimiento me pareció lo más indicado, porque Lauradriana y yo nunca fuimos en verdad amigos. Nuestros encuentros siempre fueron esporádicos. Si acaso una mirada suya durante la reciente entrevista me dejó entrever que algo íntimo pudo surgir en otro tiempo entre los dos. Al despedirnos sonreí pensando que buscaba un probable y temprano biógrafo. Apenas tiene treinta y cinco años.

Miércoles 11

Me envié la cinta a mi oficina. Lo que sigue son los apuntes iniciales, mi primera versión de sus remembranzas, vertidas a una simple grabadora como las utilizadas por los reporteros para registrar las opiniones de ciertos personajes que se presupone tienen cosas importantes que decir.

Jueves 12

Nací bajo el signo de Capricornio. No sé por qué lo tengo presente. Las influencias astrales andan despistadas conmigo. Se me ocurre que yo debí ser Géminis. Crecí rodeada de cuidados, protección, mucho cariño. Mimada, pues. Sobre todo por mi padre. Cuando estaba en casa lo acaparaba. Y él siempre



Arnaldo Coen

tenía tiempo para sentarme en sus piernas y decirme "princesa" mientras me acariciaba el pelo o me tronaba besos en las mejillas. Pero sin fantasmas edípicos pasé de sus brazos a los de un primo. Me parece que todas y todos hemos pasado alguna vez por las manos y los labios de un primo o prima, ¿no es cierto? Teníamos nueve o diez años. Entonces era costumbre familiar visitar a la única abuela sobreviviente en una casa grande y vieja, con cuartos llenos de trebejos alrededor de un jardincito. Nuestros padres rodeaban a la madre o suegra, en tanto los niños salíamos para jugar a los escondidos en aquellos cuartos. Mi primo y yo nos ocultábamos juntos para besarnos. Claro, es un decir, pero fue el comienzo: sin despegar los labios apretábamos nuestras bocas y un ligero cosquilleo subía y bajaba por mi cuerpo.

Vinieron otras experiencias más o menos parecidas. Recuerdo que a los trece años tuve un novio para el cual besar consistía en abrir nuestras bocas, juntarlas y quedarnos sin aliento. No creo que él obtuviera mucho placer de esos contactos. Para mí, la interminable coincidencia de labios embocados y rígidos, con nuestros ojos bizqueando, enceguecidos por la cercanía, sólo me dejaban exhausta e inquieta.

Pero a los quince conocí a un hombre joven. Tenía como veinticinco años. Él me enseñó que la forma y textura de los labios es importante, por lo menos en el primer momento. Que deben tener cierta carnosidad y leves estriamientos. Es neces-

sario saber de antemano que se va a succionar y aprisionar algo. Mi primo tenía labios abultados pero casi lisos. Tal vez se debía a la edad y por eso nuestros besos resultaban húmedas caricias inmóviles. El caso es que ese hombre me hizo sentir que cuando existe ese ligero agrietamiento, los labios adquieren vida propia: hurgan, recorren, dilatan esos mínimos reductos sensibles. Los juegos que los labios inducen y prodigan bajo esa condición, preludian todos los contactos posteriores que puedan imaginarse.

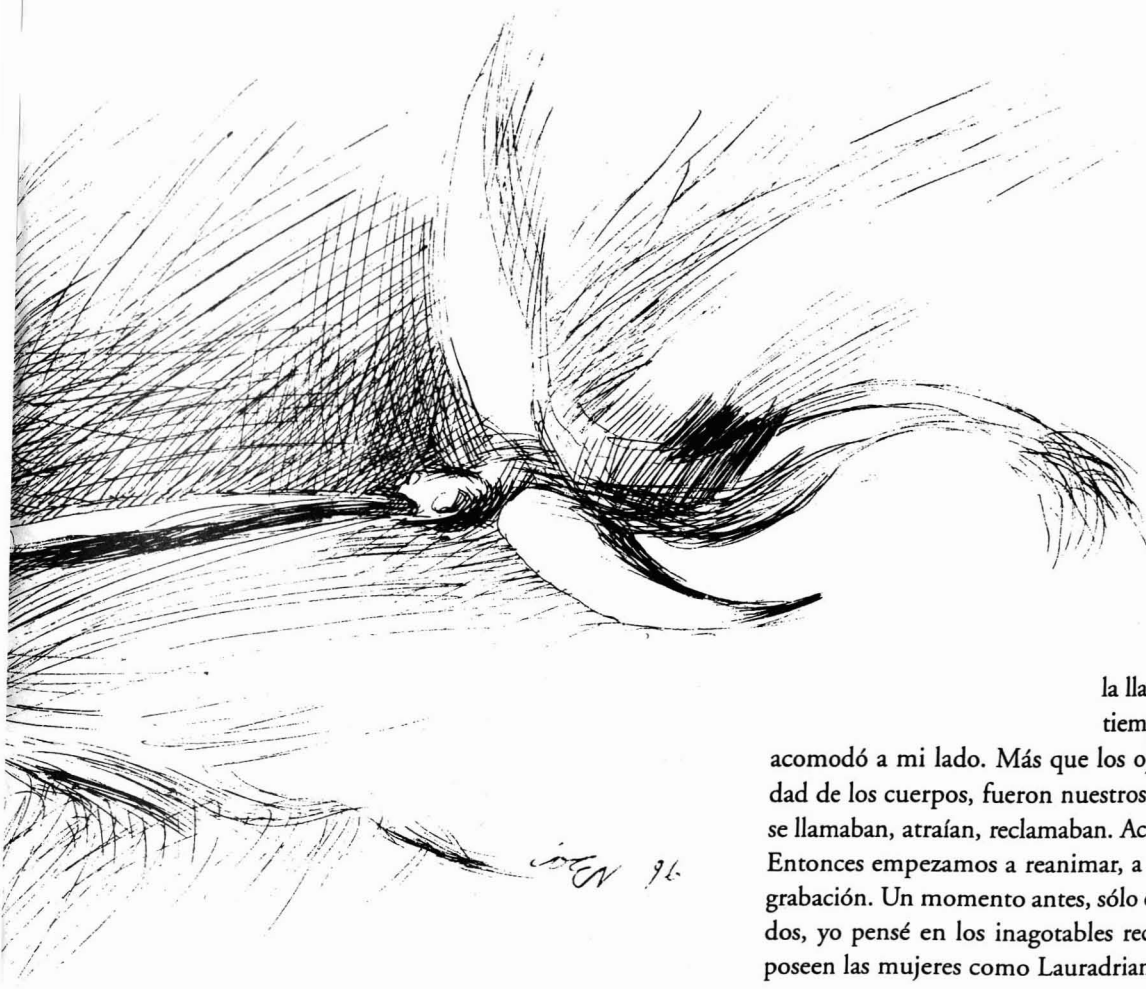
Desde luego, en el curso de estos arrimos labiales es inevitable la aparición de la lengua. Su actividad complementa los variados hallazgos que se transmiten los labios. Éstos, es cierto, se acoplan, desplazan, voltean, rebuscando esos bordes y aristas que rebullen sensibilizados en nuestro cuerpo. Pero, sin interrumpir estas yuxtaposiciones, la lengua interviene aquí para hacer sus propias incursiones. Primero reclama y saluda a la otra lengua. Después comienza sus particulares descubrimientos por los recintos que, debe aceptarse, no sólo sirven para morder, gustar y deglutir alimentos.

Jueves 12, por la tarde

En ese punto apagué la grabadora. Mientras hablaba con Lauradriana por teléfono, veía la forma de su boca. Sobre todo ese coronamiento a manera de corazón de su labio superior.

Me detuve unos segundos en doble fila frente al edificio donde ella trabaja. La vi venir con su minifalda y el corto cabello enmarcando su rostro. Pero incluso cuando subió sólo atendí un momento a sus ojos brillantes. Era su boca diciendo palabras silenciosas la que atraía mis miradas. Conduje de prisa. En su casa me ofreció una copa, café, refresco. Negué con la cabeza y desde el sofá la llamé sin decir nada, todo el tiempo mirando sus labios. Se

acomodó a mi lado. Más que los ojos o incluso la proximidad de los cuerpos, fueron nuestros labios inmóviles los que se llamaban, atraían, reclamaban. Acercamos nuestros rostros. Entonces empezamos a reanimar, a recrear lo relatado en su grabación. Un momento antes, sólo durante un par de segundos, yo pensé en los inagotables recursos de seducción que poseen las mujeres como Lauradriana. ♦



El amor entre las plantas: diez mil formas de amarse sin tocarse*

◆
CÉSAR A. DOMÍNGUEZ
LUIS E. EGUIARTE

La sexualidad ha sido objeto de fascinación de la humanidad prácticamente desde su origen, tal como lo atestigua la gran cantidad de expresiones plásticas, literarias y musicales que ha hecho del sexo su fuente de inspiración. Aunque las diferentes expresiones de la sexualidad humana, y de los animales en general, han dado muestras de una gran complejidad, ésta palidece ante la variedad y sutileza de los sistemas de reproducción sexual de las plantas. Fenómenos como la elección de pareja, el adulterio, el aborto y el cuidado materno, que fácilmente asociamos a la reproducción de los animales, encuentran expresiones mucho más sutiles y barrocas en las plantas. Además, para complicar el panorama, las plantas expresan su sexualidad en una variedad ilimitada de formas, que van desde el hermafroditismo hasta la completa separación de los sexos.

Los animales son capaces de buscar activamente a su pareja. Las plantas, en cambio, están destinadas a permanecer durante toda su vida en el lugar en el cual germinaron y por lo tanto son incapaces de mover sus gametos por ellas mismas. Esta situación ha generado una serie de adaptaciones a través de las cuales las plantas han “convencido” a otros organismos, o aprovechado la movilidad del viento o el agua, para transportar sus gametos. Sin embargo, los animales no mueven el polen solamente por razones altruistas, sino que lo hacen porque esto redundará en su propio beneficio. Usualmente los animales visitan a las flores buscando alguna recompensa, que muchas veces toma forma de alimento. Las recompensas más comunes son el néctar y el polen. El néctar es básicamente azúcar diluido en agua, es decir,

algo como un refresco. El polen, en cambio, es rico en aminoácidos y grasas, por lo cual constituye una fuente de alimento muy importante para muchos animales. Además del polen y el néctar, algunas especies ofrecen fragancias —que son utilizadas por los animales para sus propios fines, como la atracción de hembras—, o aceites —que son utilizados como material de construcción o alimento.

También existe todo un grupo de plantas que se dedica a engañar a los polinizadores. Dentro de éstas podemos encontrar aquellas cuyas flores son verdaderas trampas mortales para los visitantes. *Arisaema triphyllum* es una especie que tiene flores masculinas y femeninas tubulares. Cuando un polinizador visita a una flor masculina se mueve a través del tubo, cubriéndose de polen, para después salir por un orificio que se encuentra en la base de la flor. La situación es similar para las flores femeninas; sin embargo, éstas no tienen salida, por lo que el visitante queda atrapado. De esta manera, la planta no sólo no paga los servicios del polinizador, sino que lo recompensa con la muerte. Otras plantas no son tan drásticas en el trato a sus visitantes; por ejemplo, las flores de algunas orquídeas del género *Ophrys* presentan una forma parecida a la de las hembras de sus polinizadores, de tal manera que son visitadas cuando los machos intentan copular con ellas. En este caso, las plantas logran la transferencia de sus gametos manipulando la “lujuria” de las avispas que las visitan.

Como lo ilustra el ejemplo anterior, algunas especies de plantas con flores pueden considerarse como maestras en el arte de engañar. En general este engaño no se debe a ninguna animadversión de las plantas hacia sus polinizadores, sino que es resultado de la evolución por selección natural, en este caso basada en un criterio de eficiencia: “si produzco menos recompensa probablemente podré producir más semillas (hijos)”. Por ejemplo, algunas plantas tienen flores que no producen néctar, pero éstas se parecen a las de otras plantas que sí lo producen, ahorrándose así el costo del néctar. A este fenómeno se le conoce como mimetismo y funciona siempre y cuando las plantas tramposas (las que no producen néctar) se encuentren en proporciones

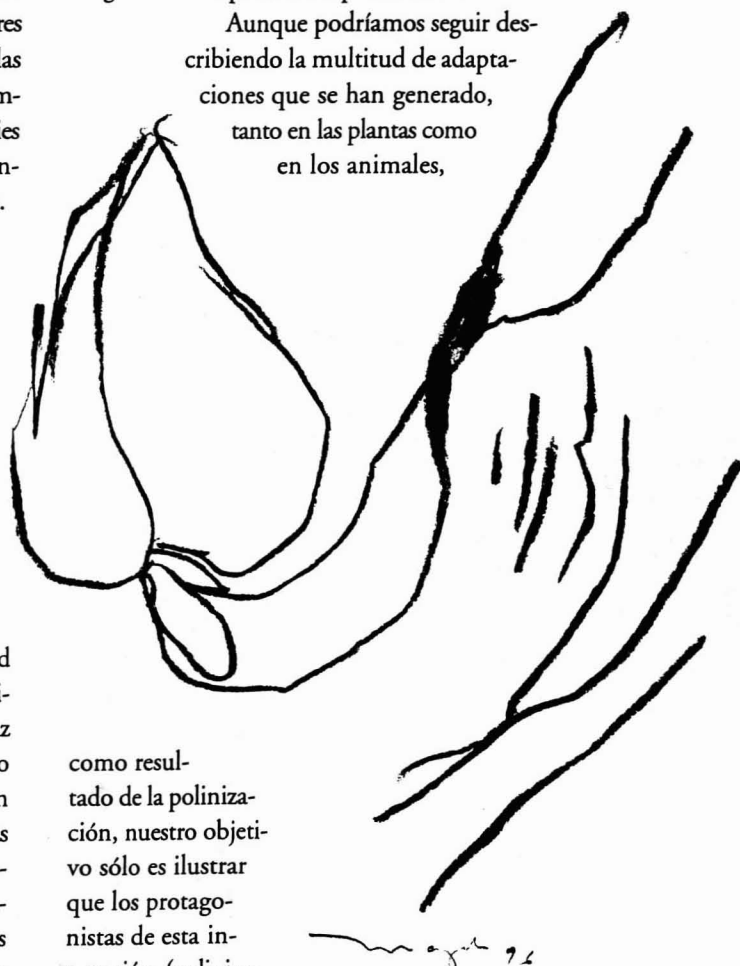
* En este artículo hemos utilizado un lenguaje coloquial que podría sugerir algún tipo de intencionalidad a largo plazo en los actos que realizan los animales o las plantas. Obviamente éste no es nuestro objetivo, sino el de hacer la lectura de este ensayo más amena. Por lo tanto, cuando decimos “las plantas han decidido usar sus recursos...”, en realidad queremos decir: “el efecto de la selección natural en la variación en los patrones de asignación de recursos de las plantas a través de las generaciones ha producido un óptimo que...” Pedimos disculpas anticipadas por cualquier confusión que esto pudiera provocar.

muy bajas respecto a las honestas (las que sí producen néctar). Si en una localidad la proporción de plantas tramposas fuera muy alta, los polinizadores podrían aprender a evitar a los dos tipos (honestas y tramposas). En contraste, si en la misma población prevalecieran las plantas honestas, los polinizadores "sabrían" que tienen una elevada posibilidad de encontrar recompensas, lo que favorece tanto a las tramposas como a las honestas. Muchas orquídeas son polinizadas a través de este mecanismo, lo mismo que las flores del arbolito tropical *Plumeria*. Un engaño aún más sutil ocurre cuando las flores de un sexo copian a las flores del otro sexo en la misma planta. En algunas especies que presentan flores tanto masculinas como femeninas, entre ellas, las begonias y las papayas, las flores masculinas son las únicas que producen recompensas para los polinizadores. Las flores femeninas de estas especies se parecen a las masculinas y por lo tanto engañan a los visitantes que se posan en ellas en busca de algún tipo de recompensa.

La sola producción de recompensas no es suficiente para inducir a los polinizadores a mover los gametos de las plantas, sino que también es necesario que las flores "anuncien" la presencia de estos premios. De hecho, como vimos anteriormente, la selección natural ha llevado a algunas especies a hacer el anuncio sin que exista producción de recompensas (i.e., orquídeas, begonias). A fin de que las plantas sean atractivas para los polinizadores, la evolución ha generado, además de las recompensas, atributos como colores, formas y aromas que incluso a nuestros ojos resultan irresistibles. No obstante, lo que en términos humanos es una bella flor, podría no serlo para algún otro tipo de animal, como por ejemplo una mosca. La variedad de gustos e intereses que se puede encontrar en el mundo animal es enorme; sin embargo, la selección natural ha sido capaz de dirigir la evolución de las flores para darle gusto a casi todo el mundo. Un vistazo rápido nos demostraría que las flores pueden ser polinizadas por animales que van desde las mariposas (diurnas y nocturnas) y las aves (colibríes y aves percheras) hasta los lémures, los murciélagos y los monos, pasando por los escarabajos, las moscas, las avispa, las hormigas y las babosas. Las flores polinizadas por murciélagos, por ejemplo, se abren y producen néctar durante la noche (cuando son activos los murciélagos); presentan colores claros y olores rancios que atraen a estos quirópteros; producen néctar y polen en cantidades muy grandes (para satisfacer las necesidades energéticas de un visitante de ese tamaño), y tienen flores muy resistentes para soportar la breve y poco elegante estancia de los murciélagos (como no pueden revolotear, lo que hacen es chocar con las flores y visitarlas mientras dura el choque). En contraste, las flores polinizadas por colibríes presentan corolas tubulares que permiten visitas sólo de estas aves y excluyen las de otros animales; producen néctar en la mañana, cuando son más activos los colibríes, y usualmente poseen colores rojos, que parecen ser los más atractivos para estos pájaros. Por otra parte, las plantas que aprovechan el viento o el agua como vectores de sus gametos enfrentan otro tipo de problemas. Estas plantas no producen néctar ni tienen formas o colores atractivos (no hay a quién atraer) y sus flores femeninas se encuentran

usualmente separadas de las masculinas, lo que favorece la transferencia de los gametos. Las adaptaciones que comúnmente se observan en tales especies tienen que ver con el diseño aerodinámico o hidrodinámico del polen y con una morfología del estigma (el órgano femenino de las flores) que permita la recepción adecuada de los gametos. También es común que las especies en cuestión produzcan cantidades muy grandes de polen, ya que la polinización abiótica es muy ineficiente pues carece de la direccionalidad que otras especies de plantas logran al manipular a los polinizadores.

Aunque podríamos seguir describiendo la multitud de adaptaciones que se han generado, tanto en las plantas como en los animales,



como resultado de la polinización, nuestro objetivo sólo es ilustrar que los protagonistas de esta interacción (polinizadores y plantas) han desarrollado un conjunto de atributos que les permiten explotarse mutuamente. Estos atributos están tan finamente sintonizados entre los dos grupos de organismos que los científicos no han resistido la tentación de describir lo que se conoce como síndromes de polinización; es decir, los atributos morfológicos o fisiológicos que caracterizan a un conjunto de plantas polinizadas por algún tipo de animal, o bien los atributos que caracterizan a un conjunto de animales que se especializan en explotar a cierto grupo de plantas.

Aunque pareciera que la mayor parte de las especies de plantas con flores ha resuelto el problema de mover sus gametos, ya sea a través de los polinizadores o haciendo uso del viento o el agua, aún le queda otros problemas por resolver. Uno muy importante es la decisión de con quién tener hijos. Nuestra

Magali Lara

experiencia como animales nos sugiere que en este proceso podemos decidir activamente. Las plantas, en contraste, hacen uso de mecanismos menos evidentes. Tomemos por ejemplo el caso de las plantas con flores hermafroditas (75% de todas las angiospermas), o sea, las especies en las cuales los órganos sexuales masculinos (el androceo) y femeninos (el gineceo) están presentes en la misma flor. Se nos podría ocurrir que estas plantas están gastando gran cantidad de energía y recursos en producir flores llamativas, cuando fácilmente podrían ahorrarse estos gastos y molestias si simplemente se les ocurriera autofertilizarse. Curiosamente, aunque tienen esta posibilidad, sólo una pequeña fracción de las plantas con flores se autofertiliza. Esto podría parecer paradójico, ya que, bajo el mismo criterio de eficiencia men-

impedido los apareamientos entre parientes cercanos (hermanos, primos, etcétera) desde los inicios de la civilización. Como es bien sabido, estas cruza producen progenie de menor "calidad"; es decir, individuos que, en promedio, mueren más pronto, son más débiles, más propensos a tener enfermedades y deficiencias mentales y menos fértiles que los hijos resultado de apareamientos entre individuos que no son parientes. Manifestaciones de este fenómeno han sido padecidas por integrantes de la realeza europea y han sido observadas por los criadores de perros y otros animales de interés comercial; también han sido detectadas en muchos grupos de plantas con flores. Por lo tanto, ante la terrible amenaza de la depresión por endogamia, muchas especies vegetales han "preferido" pagar el costo de la polinización cruzada.

Gran cantidad de plantas ha desarrollado mecanismos para evitar la autopolinización y la cruce entre parientes, así como para evaluar la "calidad" y el tipo de polen que reciben sus estigmas. Una de las principales medidas para evitar la autopolinización ha sido la separación de los órganos sexuales, tanto temporal como espacialmente. Las plantas han logrado esta separación recurriendo a varios tipos de soluciones. Algunas especies poseen flores en las que las anteras se encuentran por debajo de los estigmas, con lo que minimizan la probabilidad de autofecundación. Otras plantas, como los magueyes, han optado por la separación temporal; las flores de éstas se comportan como masculinas durante la primera noche de su vida, mientras que en las noches siguientes, cuando la flor ya no tiene polen, se abren los estigmas y las flores se comportan como femeninas. Otra forma obvia para evitar la autopolinización es la separación de los órganos reproductores en flores masculinas y flores femeninas. Dentro de esta opción tenemos una variedad de combinaciones realmente sorprendente. Hay especies cuyos individuos presentan diferentes proporciones de flores masculinas y femeninas; incluso en algunas especies las flores de uno y otro sexo se encuentran en distintas partes del individuo (como los pinos o el maíz). En otros casos las plantas se comportan realmente como machos o hembras, tal como nosotros. También existen muchas situaciones intermedias; hay especies con combinaciones variadas de flores masculinas, femeninas y hermafroditas. En resumen, en las plantas encontramos todas las posibilidades de sexualidad

que se nos puedan, o no, ocurrir. Incluso en algunos casos la sexualidad se expresa de manera críptica. Por ejemplo, los árboles de casahuate (varias especies de *Ipomoea*) tienen flores que aparentemente son perfectas; sin embargo, un análisis detallado mostraría que algunos individuos producen muchos frutos y otros ninguno. Por lo tanto, aunque en apariencia son hermafroditas, los casahuates se comportan efectivamente como machos y hembras.



Felipe Posadas

cionado anteriormente, una planta que se ahorrara los costos de atracción y recompensa podría producir más hijos al gastar toda su energía en producir muchas semillas. Sin embargo, la progenie producida por autofertilización es usualmente menos vigorosa que la que se obtiene a través de la polinización cruzada. Este fenómeno se conoce en la literatura científica como *depresión por endogamia* y sus manifestaciones en el género humano han sido la fuente de gran cantidad de tabúes y reglas morales que han

Para complicar aún más el panorama, existen algunas plantas que cambian de sexo durante el transcurso de su vida. Por ejemplo, muchas orquídeas, o la planta que mencionamos anteriormente, *Arisaema triphyllum*, se comportan como machos cuando son pequeñas y como hembras cuando crecen. Sin embargo, estos cambios pueden ocurrir varias veces en la vida de la planta. Una planta hembra podría comportarse como macho como consecuencia de la pérdida de biomasa (hojas, tallos, raíces) y volver a funcionar nuevamente como hembra una vez que haya alcanzado el tamaño para cambiar de sexo.

Existen otros mecanismos para evitar la endogamia que no pueden detectarse a simple vista. Estos mecanismos se conocen como sistemas de incompatibilidad genética y previenen la producción de hijos entre individuos emparentados. Es decir, son la contraparte natural de los tabúes y reglas morales desarrollados por las sociedades humanas con el mismo fin. En el caso de las plantas, las cruces entre individuos que comparten los mismos genes de autoincompatibilidad no producen semillas. Esto evita tanto la autofertilización como la cruce entre parientes cercanos, ya que existe mayor probabilidad de que se compartan genes con parientes que con individuos que no lo son.

Un buen ejemplo de cómo interactúan la complejidad morfológica y la genética para producir un sistema reproductivo es la heterostilia. Este sistema reproductivo ha sido estudiado desde los tiempos de Charles Darwin, hace ya más de cien años. La heterostilia se caracteriza por la presencia de dos (diestilia) o tres (triestilia) tipos sexuales (morfos) en una población. La principal diferencia entre los morfos radica en la longitud relativa de los estambres (órganos masculinos) y los estilos (órganos femeninos). En el caso de la diestilia, hay plantas con estilos largos y estambres cortos y plantas cuyas flores constituyen la imagen opuesta de las anteriores, es decir, presentan estilos cortos y estambres largos. Lo interesante es que ambos tipos de plantas son hermafroditas y producen polen y semillas, pero sólo se pueden cruzar entre morfos distintos. En otras palabras, el polen de un tipo nunca produce semillas si se aplica en el estigma de una flor de su mismo morfo. La razón de esta esterilidad parcial radica en la presencia de un sistema genético de incompatibilidad que está asociado a las diferencias morfológicas. Tenemos entonces que en las especies diestílicas existen dos tipos sexuales diferentes que son complementarios entre sí, pero ambos con la capacidad de reproducirse por vía femenina y masculina. Aunque la heterostilia podría parecer un sistema muy complicado, e incluso rayando en lo extravagante, se halla presente en gran cantidad de familias de plantas con flores, lo cual sugiere que ha sido un sistema evolutivamente exitoso. Algunas especies heterostílicas importantes para el hombre son la cocaína y el lirio acuático.

Por tradición, las plantas han sido consideradas como entidades pasivas y con baja capacidad de respuesta a su ambiente social. Este juicio superficial se basa principalmente en que las plantas carecen de órganos sensoriales. Sin embargo, las plantas son capaces de sorprendernos de muchas maneras. Posturas y concepciones sobre fenómenos que tradicionalmente se habían entendido como propios del mundo animal han tenido que ampliar sus fronteras para incorporar los nuevos hallazgos de la biología de las plantas, como la selección sexual y los conflictos entre padres e hijos. La idea de la selección sexual fue propuesta inicialmente por Charles Darwin para explicar la evolución de los caracteres sexuales secundarios. Un ejemplo de estos caracteres son las grandes colas de los quetzales.



Gilberto Aceves Navarro

les macho y otras aves; tal característica no sólo no aumenta las posibilidades de sobrevivencia de estos animales sino que incluso podría disminuirlas. Las grandes colas representan un gasto energético muy elevado y en determinado momento podrían dificultar la huida de las aves o hacerlas más conspicuas para los depredadores. Darwin propuso que los caracteres sexuales secundarios afectaban la cantidad y la calidad de los apareamientos de los organismos. Dentro de la selección

sexual se distinguen dos procesos: la competencia entre los machos por el acceso reproductivo a las hembras, y la elección de los machos por parte de las hembras. Existen muchos ejemplos en el mundo animal que ilustran sobre la "guerra" que se desarrolla entre los individuos masculinos por conseguir los favores sexuales de las hembras de su especie; entre ellos, el cortejo de las aves del paraíso, las luchas ritualizadas de los alces o los sangrientos combates por el control del harem entre los leones. También podemos encontrar multitud de ejemplos del otro proceso de la selección sexual; simplemente recordemos que la elección que realizan las hembras de muchas especies de arañas significa la diferencia entre condenar al macho al infierno (se lo comen) o al paraíso (copulan con él). Esta diferencia en la conducta de los machos y las hembras se explica por la desigualdad que existe en la inversión que tiene que hacer cada sexo para tener un hijo. La procreación de un hijo es en general mucho más costosa para las hembras (producción del óvulo, desarrollo del producto y cuidado posnatal) que para los machos (en algunos casos cooperan con un solo espermatozoide). Por esto, la selección natural ha llevado a los machos a elevar al máximo la cantidad de apareamientos, mientras que las hembras lo han hecho respecto a la calidad. Se ha demostrado que las plantas hembra son capaces de elegir entre sus consortes potenciales. Una vez que el polen se deposita en los estigmas, las hembras pueden elegir entre los granos de polen que germinarán, los tubos polínicos que crecerán a través del estilo o bien la célula que fecundará sus óvulos. Por otra parte, la competencia entre machos puede manifestarse a través de la producción de flores muy atractivas o con mucha recompensa, la producción de mayor cantidad de polen o el aumento de la capacidad del polen para germinar y crecer a través de los estilos.

Otros fenómenos relacionados con la reproducción, que también ocurren en las plantas, son la rivalidad entre hermanos y los conflictos de intereses que se establecen entre los padres y sus hijos. *El rey Lear* de Shakespeare es un excelente ejemplo de los conflictos que surgen entre los hermanos por ganar los favores de sus padres. Aunque no existe una obra similar que aborde el caso de las plantas, hay gran cantidad de evidencias de que la vida familiar de estos organismos es igual de conflictiva. Por ejemplo, pensemos en las semillas dentro de un fruto. Dado que el éxito de una semilla para germinar y sobrevivir depende de la cantidad de recursos que invierte su madre en ella, cada semilla tratará de obtener la mayor cantidad de recursos posible, aun a costa de reducir la porción que corresponda a sus hermanos (las otras semillas dentro del fruto). En contraste, el interés de la madre es producir la mayor cantidad posible de hijos, y por lo tanto, tratará de repartir sus recursos por igual entre ellos (las semillas). En este proceso la madre puede abortar las semillas de mala calidad, mientras que cada semilla tratará de convencerla de que ella merece quedarse y que mejor aborte a alguno de sus hermanos. Recientemente se ha sugerido que la complejidad de los tejidos de alimentación y mantenimiento de las semillas, tanto

estructural como genética, ha evolucionado como respuesta a estos conflictos.

Por último, no quisiéramos terminar este ensayo sin referirnos a las enfermedades de transmisión sexual de las plantas. Las enfermedades venéreas, flagelo de la humanidad, también han encontrado espacio en las relaciones sexuales de las plantas. Es paradójico que el éxito evolutivo de las plantas, derivado de su capacidad para manipular a los polinizadores, sea aprovechado por hongos, bacterias y otros agentes patógenos en su propio beneficio y en detrimento del de las plantas. En algunos casos, estas enfermedades son capaces de reemplazar el polen por sus esporas y aprovechar la maquinaria de las flores para atraer a los polinizadores y extender la infección a otras plantas. Éste es un campo de investigación completamente abierto.

El estudio de los sistemas de reproducción sexual de las plantas no sólo es importante para entender la evolución por selección natural y otros procesos evolutivos; su importancia radica también en que puede ser aplicado en los programas de producción de frutos y semillas de las especies de interés comercial o alimentario, así como en los de mejoramiento genético. Asimismo, el estudio de estos sistemas repercutirá en el mejor diseño de las estrategias de conservación de nuestras plantas y de los recursos genéticos presentes en nuestras áreas naturales. ♦

Para saber más

La literatura sobre evolución y sistemas reproductivos en plantas es realmente muy extensa y data de los tiempos de publicación de los escritos, ahora clásicos, de Charles Darwin. No obstante, casi no existe bibliografía en nuestra lengua y algunas obras son difíciles de conseguir en México. De hecho, la única referencia actualizada en español que conocemos es nuestro artículo: Luis E. Eguiarte, César A. Domínguez, J. Núñez-Farfán y C. Cordero, "Biología evolutiva de la reproducción en plantas", en *Revista Ciencias*, núm. especial 6: *Un acercamiento al estudio de las plantas*, 1992, pp. 69-86; las referencias que allí se encuentran (casi todas en inglés o tesis que sólo se hallan en bibliotecas) pueden ser buena guía para iniciar el estudio de la reproducción en plantas. Sobre aspectos de evolución general, una publicación reciente en español es J. Núñez-Farfán y C. Cordero, *Tópicos en biología evolutiva: diversidad y adaptación*, Centro de Ecología, UNAM, 1993, 183 pp. Por otra parte, artículos científicos en español sobre sistemas reproductivos en plantas se pueden encontrar en el *Boletín de la Sociedad Botánica de México*; y en inglés, en revistas científicas como *Evolution*, *Ecology*, *Biotropica*, *Functional Ecology*, *American Journal of Botany*, *Oikos*, *Oecologia* y *Botanical Journal of the Linnean Society*, que se hallan en diversas bibliotecas de las universidades del país.

M I S C E L Á N E A

El beso (desde la antropología)

SANTIAGO GENOVÉS

Principio

Pienso, siempre he pensado, que todo lo que podemos definir concretamente posee poco valor ya que no tiene misterio y el misterio es misterio porque no se puede definir. Estoy con A. Huxley:

Omisión y simplificación nos ayudan a entender, pero nos ayudan, en muchos casos, a entender lo erróneo, lo equivocado ya que nuestra comprensión puede constituir sólo la de las nociones pulcramente formuladas por el abreviador y no la de la vasta ramificada realidad de la que esas nociones han sido tan arbitrariamente extractadas. (*Brave New World Revisited*, 1958.)

Así bien sea que tomemos la definición de antropología que da Kroeber (1948): "La ciencia que se ocupa de los grupos humanos y de su comportamiento y producciones"; bien sea que adoptemos la de Herskovits (1949): "El estudio del hombre y sus realizaciones"; bien sea que optemos por la de Kluckhohn (1951): "El estudio de las constantes y las variables en los aspectos físicos y de comportamiento del hombre", es evidente, como lo ha señalado Tax (1955), que la antropología abarca intereses tan diversos como:

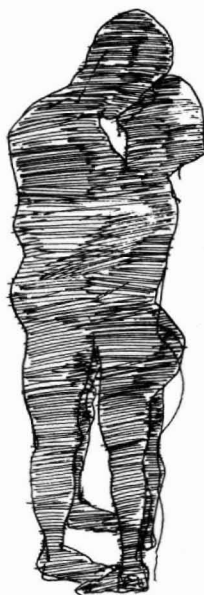
Las secuencias y química de tepalcates descubiertos en tumbas indígenas, estudios de personalidad, las características de los campesinos rusos, los dientes del *Sinanthropus*, y los patrones fonémicos de la lengua hotentote.

Me dijo, un día de 1969, sir Peter Medawar, amigo y Nobel de Medicina, comentando sobre el tema: "Mire Ud. Santiago, la antropología es un estilo en la manera de pensar", lo que es coherente con el gran Azorín —entre otros—: "El hombre es su estilo."

Así, aunque todos, y cada uno de los anteriores, fueron grandes investigadores, me quedo aún más con la que el célebre Marett decía, año tras año, al comenzar sus exposiciones antropológicas en la Universidad de Oxford: "Anthropology is the science of man —hacia una pausa y continuaba— embracing woman." Aclaro que *embracing* posee en inglés un doble significado: abarcando y abrazando. *Abarcando* porque, aún hoy, buena parte de la antropología se refiere sólo a hombres —como sucede por desgracia en otros sectores de búsqueda de conocimiento— y *abrazando* porque sin el abrazo no hay perpetuación de la especie.

Hacia adelante

También existen muchas definiciones acerca de qué es eso del estudio de la evolución. Es, llana y sencillamente, el estudio de las adaptaciones, sea de humanos o de otros seres vivos, vegetales o animales. Ortega: "El hombre y su circunstancia"; la primigenia adaptación



Alberto Castro Leñero

es del otro a la otra, de la otra al otro, sin cosificar, naturalmente, en el sentido y acepción sartreanos. No estaríamos aquí sin esa divina unión tan mística como humana:

Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del mediodía,
A donde me esperaba
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
¡Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que el alborada:
Oh noche que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!

¿Y dónde comienza esa divina, carnal, sensual, erótica, humana unión? En el beso que, como todo misterio, ni se puede explicar, ni definir, ni retratar, ni reproducir, ya que "sólo lo fugitivo permanece y queda" quevediana y universalmente hablando.

Ahí, sí, exactamente ahí, en el beso que une —sea rápido, sea más espacioso—, se ubica y comienza —¡oh, sabia naturaleza humanizada!— nuestra trascendencia, más allá de nuestro ser y cuerpo, nuestra trascendencia ontológica. Luego puede venir todo lo demás, pero, ahí, ahí comienza.

Ya, pedestreando, se habla de que si *x* grupo humano o concreta persona, "besa mejor que *z*", como de que si los turcos o los negros poseen el pene más grande que los nicaragüenses o los franceses por lo que su *performance* es mejor. ¡Tonterías!, que Dwight, años ha, ya lanzó al basurero (T. Dwight, 1905: "The size of the articular surfaces of the long bones as characteristic of sex." *American Journal of Anatomy*, vol. 4, pp. 19-31).

Tratando de concretar en el misterio

El beso es misterio. Entre placentero, amoroso, cariñoso, pasional, leve o profundo, sensual o dándonos mutuamente el alma. Posee tantas formas y variantes como el acto sexual en cualquiera de las sesenta y tantas formas descritas en el Kama Sutra o en el *Ananga Ranga*. También puede ser un juego menor o el gran y mayor juego. (Aclaro que somos juego; que somos hombres y mujeres gracias a que hace unos cinco millones de años, nos salimos del nicho ecológico en el que la naturaleza nos había colocado, y jugando con unas piedritas, que luego fuimos transformando, inventamos la cultura: somos *Ludus Vitalis* —aunque la seriedad y pomposidad

de los políticos, aquí, allá acullá, parezca desmentirlo.)

El beso es, cuando *es*, siempre generoso. Entre los esquimales se besa poco. No obstante, permiten al visitante —si se comporta bien, naturalmente— cohabitar con la esposa, besarla y todo lo demás, si se cumple una regla: que el esquimal de Angamasalik lo permita y dé pie a ello apagando la velita. Si no, pues no. Nos está diciendo, sin palabras: “Yo me apago, besa, haz el amor tú.” Bello, bellísimo, como lo es la ceremonia del *potlach* entre los nativos de la Columbia Británica (tejer mantas y más mantas y quemarlas en el día señalado: lo más opuesto a la acumulación de cosas materiales en las que el Occidente vive: así nos está yendo). Entre los Haidas (Columbia Británica), quien más mantas quema, es el mejor, el líder: “Sólo lo fugitivo permanece y queda” o:

Por toda la hermosura
nunca yo me perderé
sino por un no sé qué
que se gana por ventura

El “no sé qué” es el beso; la unión carnal de dos almas. No pueden ser ni tres —la Santísima Trinidad; cielo, mar, tierra y aire—, ni cualquier otro número. Es, exclusivamente entre dos y es la única actividad, o proceso de relación humana, que no puede llevarse a cabo por teléfono, fax o Internet.

Es, constituye el vuelo del alma que surge del corazón, a través de boca, labios y lengua. Es el verbo sin palabras. Es la esencia del juanramoniano “no sé con qué decirlo porque aún no está hecha mi palabra”.

Quien piense que esto no es antropología, allá él, ella. Para mí es cabal antropología; vivir

la antropología entre ciencia y humanismo en su peculiar estilo; estudiar y experimentar para entender. Para entender más y juzgar menos. Para entendernos. En ello trato de estar, aprendiz de antropólogo que soy. La vida es demasiado breve para autonobrarnos pomposamente profesionales en cualquier rama del saber y en particular en la antropología. Tampoco hay besos de “profesionales”, por más donjuanes que se crean.

¿En dónde comienza la evolución —parte esencial del estudio de la antropología—? En el “marettiano” abrazo, en la unión, en el beso, que tiene olor, sabor y color que ni se puede retratar, ni se puede reproducir. En el principio, me atrevo a decir, fue la Nada. Vino el beso y hubo todo: aquí somos y estamos: “Sólo lo fugitivo permanece y queda.” ♦

Referencias bibliográficas

- Herskovits, M. J., *Man and his Works*, Alfred A. Knopf, Nueva York, 1949.
Kluckhohn, C., *Mirror of Man*, Stockholm, 1951.
Kroeber, R. W., *Anthropology*, Harcourt, Brace and Company, Nueva York, 1948.
Tax, S., “The Integration of Anthropology”, en *Yearbook of Anthropology*, W. L. Thomas Jr., editor, Wenner-Gren, Nueva York, 1955.



Aarón Cruz

¿Sería el ser humano, ser humano, sin besarse?

ARNOLDO KRAUS Y ANTONIO R. CABRAL

Los actos inconscientes, no meditados, "automáticos", son la norma en el ser humano. Desconocemos si existen estudios en donde se confronte el número de actos conscientes con el de los no conscientes, aunque suponemos que prevalecen los segundos. Es probable que la "inconsciencia cotidiana" —no existe mejor término para referirse al comportamiento de nuestra especie dentro de la rutina diaria— sea un mecanismo protector y no manifestación de irresponsabilidad. La inconsciencia ante la trivialidad de la repetición es como una vacuna contra las apretadas tenazas del tiempo, de la comunidad. Difícil sería acostarse cada 31 de diciembre y amanecer al día siguiente si la mayoría de nuestros actos "simples", "normales", cotidianos, estuviesen siempre impregnados por mecanismos de control o supeditados a los ojos del *alter ego*. Es por eso que mientras que la naturaleza nos dotó de "inconsciencia cotidiana", la costumbre, la escuela de lo iterativo, nos modela y obliga mientras crecemos: "donde fueses haz lo que vieses."

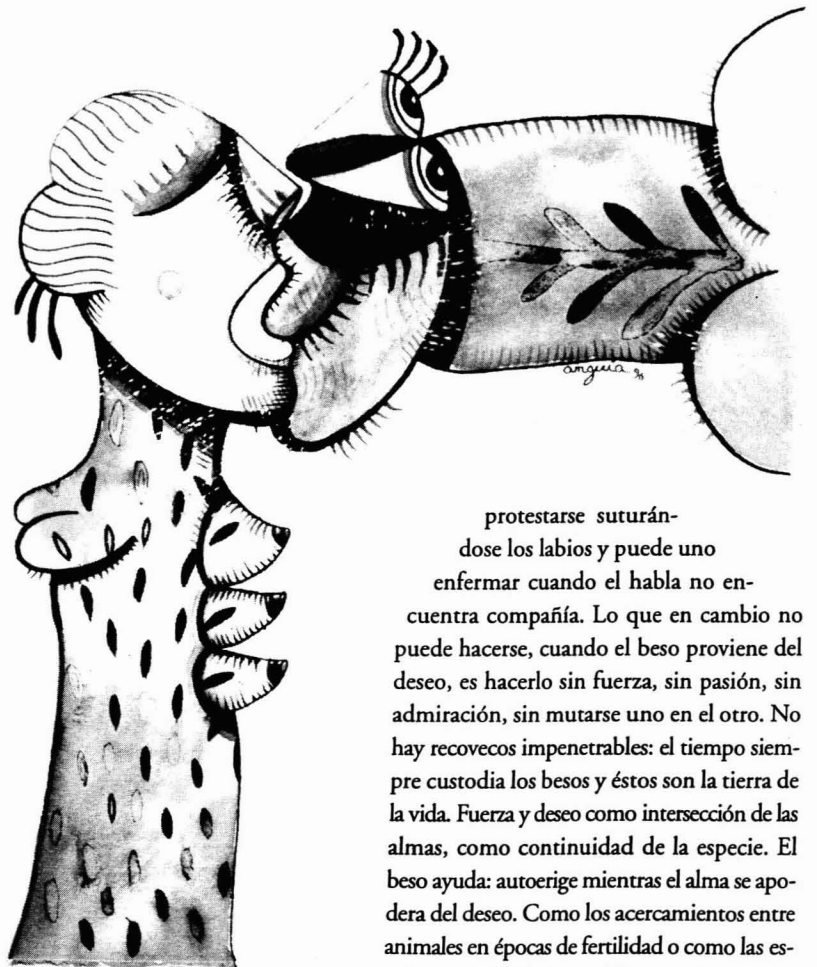
De niños recibimos con buena o mala cara, pero finalmente aceptamos, las caricias de los tíos; de niños, también, no queda más remedio que respetar a los profesores y el saludo cortés es la norma; en la misma época los buenos días son obligados aunque la realidad sea otra; ya como adolescentes estrechamos la mano, y cuando el tiempo elimina lo imberbe y las hormonas conforman los cuerpos, el beso nos acerca. Lo que sigue, cuando adultos, es una mezcla de hipocresía y autenticidad: la mitad de los saludos, de los apretones de manos, de los encuentros, de las llamadas, de los compromisos y de los besos son sinceros. La otra porción es obligada o fingida. Muchas veces es difícil saber si tal o cual acción humana está guiada por la autenticidad o la falsedad. En estos tiempos de distancias y de quiebras morales, la distinción entre lo genuino y lo turbio no siempre es fácil.

Bueno sería que la voluntad e integridad caminasen juntas.

A diferencia de otros actos, el beso debería presuponer transparencia. ¿Por qué besar si predomina el compromiso y no el propio Yo? Es claro, y por supuesto comprensible, que los "besos iniciales" son primero obligados y después automáticos. No hay niño o niña, al menos en Occidente, que no haya sido invitado en primera instancia y luego conminado a besar a quienes los padres consideran que es pertinente hacerlo. Siguen, dependiendo de las sociedades y de los estratos

económicos, los besos por costumbre: se besa al compañero o la compañera de escuela, al vecino de enfrente, a la amiga de la madre. Estos besos —los de la infancia, los obligados— están más matizados por la inconsciencia que por el deseo.

En el interludio entre la adolescencia y la edad adulta ocupan espacio primigenio los besos imaginarios: al ídolo, al padre que nunca llega, al novio deseado. Nace después el beso total: aquél en el que el deseo se apodera del control, de la conciencia y le da al humano —al menos en parte— su condición de ser. El beso a la pareja "real", a la profundamente deseada, implica preocupaciones "de la especie" como la reproducción, o conlleva visiones complejas como la de ser vehículo de supervivencia. Entre los vástagos que nacen a través del beso y la captura de la vida o el reencuentro con el universo al chocar los labios —lo que debe ser con fuerza— queda la totalidad. Puede hablarse quedo, puede silbarse fuerte, pueden exhibirse en la lengua o en los labios aretes pequeños o grandes, puede



Ricardo Anguía

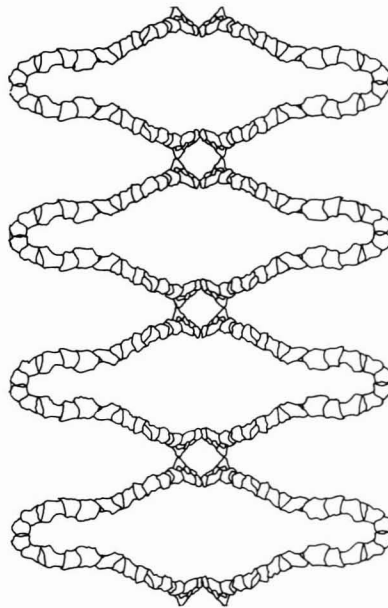
protestarse suturándose los labios y puede uno enfermarse cuando el habla no encuentra compañía. Lo que en cambio no puede hacerse, cuando el beso proviene del deseo, es hacerlo sin fuerza, sin pasión, sin admiración, sin mutarse uno en el otro. No hay recovecos impenetrables: el tiempo siempre custodia los besos y éstos son la tierra de la vida. Fuerza y deseo como intersección de las almas, como continuidad de la especie. El beso ayuda: autoerige mientras el alma se apodera del deseo. Como los acercamientos entre animales en épocas de fertilidad o como las esculturas de *Le baiser* —*El beso*— de Auguste Rodin y de Constantin Brancusi.

Rodin, dominado por la pasión, por la imagen ora lacerante, ora vivificadora, de la musa Camille Claudel. Embriagado por la fuerza de la existencia, Auguste Rodin esculpió numerosas parejas en el dolor extremo del deseo. *Le baiser*, es la más sensual de estas esculturas y para algunos es su obra maestra. Es imposible pensar que Rodin no haya besado con fuerza, con el cincel y el alma. Sería igualmente erróneo suponer que los movimientos de su lengua y labios, el hálito de Claudel y, sobre todo, los gemidos y ruidos de ambos, no se convirtiesen en el pretexto de existir y quizás de esculpir. Dos pares de labios y dos respiraciones al unísono: ¿sólo motivo para la escultura *Le baiser* o la vida misma? No dudamos, después de la lectura hiriente del libro *La escritura o la vida* —que mueve las avenidas del espíritu y la conciencia del lector—, que la hipótesis de Jorge Semprún sea cierta: si no se escribe se muere. Lo mismo puede decirse de algunas de las esculturas de Rodin: esculpidas primero en el calor de los labios y después en algún material, son vehículos vitales para la permanencia, para la vida. Besos de letras, de bronce, de ideas, de tinta, de carne. Besos del presente y del futuro. Colisiones primero de los cuerpos y luego de las almas. Encuentros que permiten la creación y facilitan la vida. O que facilitan la creación y permiten la vida.

Los besos en que un cuerpo se funde con otro cuerpo, los que producen que dos seres se hagan uno, aquéllos cuya génesis es el *deseo*, deberían contemplarse como modelos de esperanza. O como símbolos —hablando bajo el oscuro sino en que se encuentra sumida nuestra especie— de lo posible. Tras los rubros esperanza y posibilidad subyace el espacio filosófico del beso. ¿Qué seríamos sin deseo? ¿De qué serviría la alegría sin tristeza? Desde que Adán y Eva llevaron la manzana a sus labios el ser humano encontró en la unión volitiva, en el beso, la idea para perpetuarse. No en balde René Descartes se preocupó por las pasiones. El deseo, de acuerdo con el autor del *Discurso del método*, es una de ellas. Otra vez la pregunta: ¿qué seríamos sin deseo?; ¿podría, entre los amantes, existir el beso carente del fuego del deseo?

José Bianco escribió que

el mundo humanista es el resultado de un grupo de hombres que pensaron individualmente. Hoy por hoy el humanismo está reemplazado por la ciencia y la técnica, por ese mundo científico en el cual se confía para resolver los problemas que ha de afrontar el



Josefina Temin

género humano: la enfermedad, la superposición, el hambre.

Bianco tiene razón pero su ideario es incompleto: los hombres y mujeres que pen-

saron individualmente, construyeron a partir de su interior, de su edificación como seres. En esa génesis, en esa aventura de la vida, en esa autoconstrucción, el deseo es piedra angular. Si bien hay quienes crean a partir de la enfermedad y del dolor, el beso-deseo, binomio evanescente primero y unidad bajo la luz de la creación después, es, sin duda, la raíz de ese humanismo y la semilla de la esperanza y lo posible.

Hay que decirlo: el beso entre dos seres que se aman, el beso que se dispara entre labios hambrientos, ardorosos, candentes, exacerbados, bajo la fuerza de la entrega total, es un acto magistral. La inconsciencia de otras cotidianidades deja de existir, desaparece. El beso modifica el tiempo bajo el mágico influjo de la perdición. Yo soy tú y tú eres yo. Y tú eres lo más importante. El encuentro de dos entes a partir del diálogo universal, a partir de un idioma directo, el de los besos, implica el amalgamamiento de dos deseos, dos movimientos, dos ideas. El beso, el beso de amor, es también un reto magistral para las matemáticas: dos no son dos, es uno. Es todo. ♦

UNIVERSIDAD DE MÉXICO

REVISTA DE LA UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Octubre 1996 ♦ Núm. 549

♦ Ilustra: Roberto Donís

Presencia de América Latina

Duquette: **Reformadores y empresarios**

♦ Zertuche Muñoz: **Fervor de Jorge Luis Borges**

♦ Waldman: **Del cuento al haikú de Dalton**

Trevisan ♦ López Portillo T.: Incidentes diplomáticos entre México y Venezuela ♦ Pons:

La novela negra argentina ♦ Alves de Aguiar:

Sobre Pedro Nava ♦ Durand: Capitalistas

realmente existentes ♦ Flores: Vicente

Huidobro y la política

De poetisas/poetas

ELENA URRUTIA

En Julián Palley se da el afortunado matrimonio de la poesía y la academia, elementos idóneos que aportan la sensibilidad y el oficio de quien conoce la poesía desde dentro, de quien es su oficiante, y el andamiaje teórico de quien estudia, reflexiona, aporta al análisis y enseña sobre el tema, para dar como resultado al antologador ideal —si lo hay.

Para integrar *De la vigilia fértil. Antología de poetisas mexicanas contemporáneas*, que publica la Coordinación de Difusión Cultural de la UNAM y la Dirección de Literatura de la Universidad de California en Irvine, Julián Palley, autor de la selección, prólogo y notas, ha partido de la premisa de que, además de ser ejemplo de buena poesía, las autoras antologadas puedan ubicarse en cualquiera de las tres categorías enunciadas por Elaine Showalter: *femenina*: la etapa de imitación de los modos dominantes; *feminista*: la etapa de protesta, y *de mujer*: la que tiene plena conciencia de sí como mujer y busca su identidad. El autor encuentra que es evidente el hecho de que todas las autoras seleccionadas caen dentro de una u otra categoría que, por otra parte, se entrecruzan; además, señala la gran diversidad temática y estilística que hay entre ellas.

Para acotar el material seleccionado, la antología comienza con una autora nacida en 1928 y concluye con una nacida en 1962, es decir, un rango de edades que va de los 68 a los 39 años; en total se incluyen 26 autoras nacidas después de Rosario Castellanos, a quien Palley atribuye haber abierto una brecha

y de comunicación, en la lírica y en la novela, sobre lo que significa ser mujer en la sociedad mexicana (y por extensión, en América Latina) del siglo XX.

Palley afirma, refiriéndose al florecimiento extraordinario de la poesía femenina en México durante las últimas décadas, que “esta explosión de talento es en parte debida a la brecha que abrió Rosario Castellanos”.

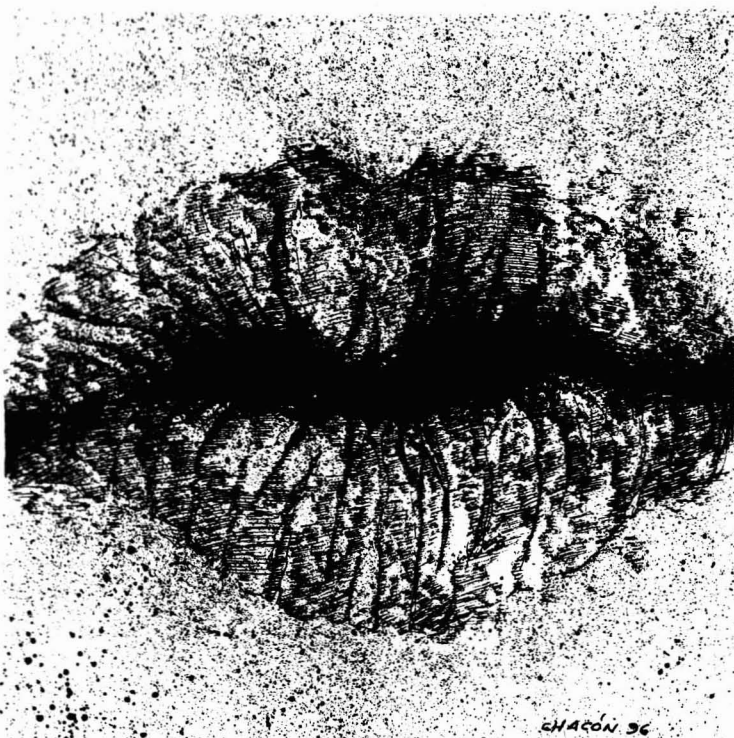
Comparto la admiración por Rosario Castellanos que profesa Palley y no dudo de la influencia que pudo haber tenido sobre algunas de las autoras, pero yo explicaría esa explosión de talento, que empieza a perfilarse en la década de los años cincuenta, para irse fortaleciendo en las décadas subsiguientes (es decir, autoras que nacen en los años veinte y treinta, y en adelante) como el producto de una suma de circunstancias favorables que lo mismo han propiciado la incorporación creciente de mujeres a las ciencias

que a las artes, a la vida social, cultural y política que a las profesiones y a la vida productiva en general. Parece obvio señalar que el acceso por parte de las mujeres a la educación superior, la eclosión del feminismo, el dominio que sobre su propio cuerpo —y su capacidad reproductora— le ha dado a la mujer la libre utilización de métodos anticonceptivos (como la píldora) son, entre otros elementos, los que se pueden señalar como determinantes en este fenómeno característico de la segunda mitad de nuestro siglo: la incorporación creciente de las mujeres en todos los campos mencionados; una incorporación significativamente numérica que hace posible que se destaquen de ella figuras relevantes.

En el terreno de la poesía escrita por mujeres, Palley subraya el abismo enorme que hay entre la aparición prodigiosa de Sor Juana Inés de la Cruz en el siglo XVII y los años cuarenta o cincuenta de nuestro siglo, largo periodo en el cual no se ve más que una “abrumadora mediocridad” en la producción poética femenina. Para anunciar el cambio que habrá de darse luego de la figura de María Enriqueta, quien domina con su popularidad injustificada varias décadas de finales del siglo XIX y de la primera mitad del XX, surge el pequeño grupo formado, entre otras, por Concha Urquiza, Margarita Michelena, Griselda Álvarez, Dolores Castro, y que culmina con Rosario Castellanos; es el grupo anunciador de esa explosión de talento que Julián

Palley ha querido destacar como un florecimiento extraordinario de la poesía femenina en México.

Así pues, para caracterizar a las autoras nacidas después de 1925, de ese grupo de 26, el autor destaca a aquellas que encarnan “la vena de la rebeldía feminista, la afirmación del ser femenino en un mundo que” las niega y las margina; a las que privilegian “la representación y la afirmación del deseo y del cuerpo femeninos; a quienes “crean una lírica intimista y delicada” en la que los temas del “amor, el deseo, la naturaleza, el recuerdo, la ciudad, la afirmación de lo femenino, la evocación del Oriente, se entrecruzan constantemente”, y por último, a las que en su poesía está presente la crítica social.



Alejandro Chacón

respecto a la concientización feminista, ofreciendo posibilidades de representación

A estas alturas probablemente resulta evidente que, salvo el hecho de mencionar el subtítulo de la obra, *Antología de poetisas mexicanas contemporáneas*, ni una sola vez he usado los términos 'poetisa' o 'poeta', eligiendo en su lugar el poco comprometido —en este caso— 'autora'. No quiero entrar en polémica con Julián Palley —hace varios años que sostenemos esta discusión sin convencer el uno a la otra, o viceversa— y su elección del término 'poeta', para referirse a las mujeres que escriben poesía, me parece respetable. Yo me pregunto, y lo he preguntado, por qué algunos y algunas estudiosos-estudiosas, así como también algunas autoras prefieren usar la voz poeta en vez del femenino poetisa marcado por la lengua desde siglos atrás —de igual manera que el masculino sacerdote se convierte en el femenino sacerdotisa—. *Isa* es un sufijo de nombres femeninos que indican oficio o dignidad.

Y la respuesta no me ha convencido. Dejar de usar la palabra poetisa porque la mediocre producción de tantos siglos de poesía escrita por mujeres desprestigió el término, no me parece convincente. ¿No fueron poetisas y se asumieron como tales Sor Juana, Alfonsi-

na Storni, Delmira Agustini, Juana de Ibarbouro, Gabriela Mistral y la propia Rosario Castellanos? Las sucesivas generaciones de excelentes poetisas, ¿no son suficientes para darle brillo y pulimento?

Por otra parte, así como se desprestigia un término, el mismo puede volver a prestigiarse. Pienso en la palabra 'chicano', 'chicana' que fue empleada con una carga peyorativa para designar en los Estados Unidos a los no anglo de origen mexicano. Éstos, como bandera de sus reivindicaciones como minoría objeto de racismo, se escudaron bajo ese término injurioso para significar su toma de posición política.

Se me ha argumentado que la palabra 'poeta', como otras, es neutra, y por lo tanto puede ser indistintamente empleada —como la palabra 'asceta'— para referirse a hombre o mujer. Pero yo me pregunto, si esa palabra 'poeta' tiene su femenino usado desde siempre, ¿por qué ahora el cambio?

Más todavía, si en francés la palabra '*écrivain*' sirve para el masculino y el femenino (sólo que para designar a la escritora hay que anteponerle el sustantivo *femme*),

y desde hace algún tiempo las feministas francesas emplean cada vez más el término '*écrivaine*', que sin violentar la lengua designa al femenino, ¿por qué nosotras hemos de rechazar lo tradicionalmente aceptado para complicarnos ahora teniendo que decir "la mujer poeta" en vez, simplemente, de "la poetisa"?

Como quiera que sea, tengo la certeza de que esta antología contribuirá, como desea su autor, al debate sobre las difíciles cuestiones de las diferencias genéricas; además, propiciará la difusión del conocimiento de dichas autoras no nada más en nuestra lengua sino en aquellos países, como los Estados Unidos —del que Palley es originario—, en que se estudia la literatura mexicana y, de modo particular, la escrita por mujeres, de creciente interés. ♦

Julián Palley (selección, prólogo y notas): *De la vigilia fértil. Antología de poetisas mexicanas contemporáneas*, Coordinación de Difusión Cultural-UNAM/Dirección de Literatura-Universidad de California, Irvine, México, 1996. 324 pp.

La Gaceta

DEL FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

NUEVA ÉPOCA

NÚMERO 310

OCTUBRE DE 1996

Algunas cartas de David Alfaro Siqueiros

NORBERTO BOBBIO: *Intelectuales*

ERIC HERRÁN: *Rorty y el espejo de la democracia liberal*

RAFAEL SEGOVIA: *Lapidaria política*

ADOLFO CASTAÑÓN ♦ MARIANNE WEBER ♦ HÉCTOR ORESTES AGUILAR ♦ NEDDA G. DE ANHALT
ÁLVARO CASTAÑO CASTILLO ♦ SAÚL YURKIEVICH ♦ FERNANDO SAVATER ♦ JAVIER MUGUERZA

Poesía de:

SALVADOR DÍAZ MIRÓN, MARGARITA MICHELENA, GEOFFREY HILL,
ALBERTO BLANCO y JOSÉ LUIS RIVAS



La poesía áurea de Jorge Manrique

ANTONIO MENDOZA

Por qué publicar a un poeta del rango de Jorge Manrique? Pese a la sencillez de su escritura, es difícil de entender ahora y su lectura exige un grado importante de conocimiento de las versificaciones antiguas. (Se sabe bien que siendo un cortesano, un soldado y político, utilizaba su tiempo de ocio para escribir sus poemas, animado por dos obsesiones, quizá constantes como temas en la época y mundo en que vivió, esto es, el amor y la muerte.)

Sin embargo, la importancia de que una nueva edición se haga pública estriba en que es una necesidad que se retomen de manera seria obras de esta calidad, no solamente por su belleza formal y su decir cadencioso y medido; también para que se comprenda que a la poesía debe llegarse luego de cumplir un aprendizaje con la lectura de los grandes libros ahora denominados clásicos, y después ceñir en forma por demás comparativa las nuevas formas poéticas.

El recurso de examinar las maneras verbales ya establecidas, no es una urgencia sólo respecto a la literatura; ocurre asimismo —con sus respectivos elementos— en la pintura, en la música; es decir, en todas las expresiones del arte. Si no se conocen los antecedentes, es imposible innovar o ganar nuevas y hasta más ricas concreciones artísticas.

Cierto es que parece por demás leer un poeta tan distante de nuestra realidad. Pero esto ocurre por un descuido de editores improvisados que no llegan a entender jamás lo conveniente de revitalizar en forma constante la obra de nuestros poetas de todos los tiempos. El desafío para que la poesía, de por sí un género de difícil acceso, gane lectores inteligentes, es pensar formas editoriales adecuadas que descubran el atractivo, la delicia que la poesía en sus diversos tipos, significa. ¿Por qué no se aprende que este género es un manjar delicado y a la mano de cualquier lector ambicioso?

Recientemente la editorial Aldus publicó la obra completa de Jorge Manrique en un tomo en lo general atractivo. Utilizando un di-

seño adecuado su obra toma un vuelo altísimo y los poemas tratados como piezas ganan una apariencia que no tiene más resultado que incitar a una lectura atenta, deleitosa. Pero no solamente hay un uso geométrico de la tipografía, el tamaño del libro, los medianiles correctamente establecidos, sino que además el editor tuvo la feliz idea de ilustrar el libro con grabados de la época, usando un papel transparente que coloca esas láminas como si se trataran de velos que apenas embozan las delicadas y desnudas estructuras que significan los poemas escritos en octosílabos de pie quebrado. Así, también el color de la camisa parece pensado para recordarnos el oro, tono que prevalece cuando se ensamblan artefactos religiosos; porque de alguna manera eso son los poemas de Manrique.

Por otra parte, estamos en lo cierto si decimos que en poesía se debe buscar la claridad, sin importar su indumentaria. Cuando Manrique nos habla del amor, logra líneas con percepciones verdaderamente dichas:

Yo soy quien libre me vi,
yo, quien pudiera olvidaros;
yo soy el que por amaros,
estoy, desde que os conocí,
"sin Dios, y sin vos, y mí."

La crítica afirma que, aunque no hubiera escrito las famosísimas *Coplas* a la muerte de su padre, con su obra anterior estaría en la historia universal de las letras. No obstante, debemos hablar un poco sobre estas célebres *Coplas*.

Evidentemente en las *Coplas*, tema central es el problema de la muerte, pero también tiene cabida una serie de sentencias que bien pueden ser valoradas por las normas de una moral de orden filosófico, es decir, la oposición permanente entre lo temporal y lo eterno: el error del hombre que se afana por ganar bienes para satisfacer los sentidos descuidando los espirituales, lo que hace que el gran poema de Manrique sea una exhortación a la

pasajera criatura humana. El poema total de Manrique, como se recuerda, comienza con una sentencia que encierra inobjetablemente la condición del hombre:

Recuerde el alma dormida,
avive el seso y despierte,
contemplando
cómo se pasa la vida,
cómo se viene la muerte
tan callando; [...]

Es por eso que el destino del hombre concebido por el poeta debería ser un prepararse para la otra vida, la eterna, ya que, según él, ése es el fin de esta criatura temporal y frente a tal viaje no valen las preces, aguinaldos, divisas u otras condiciones artificiales en las que el hombre irreflexivo abandona sus afanes y esperanzas.

Leer a Jorge Manrique (1440-1479) significa una aventura, un adentrarse en una poesía que es un continente donde el amor se opone momentáneamente, por su diversidad, a un destino que es igual para todo género de ánimas: la muerte.



Germán Venegas

Se agradece que esta hermosa, puntual edición, carezca de aparato crítico o notas a pie de página. Concordamos con la idea del editor de que hay lectores que quieren arribar a la poesía de Manrique de forma directa y establecer así una lid inmediata con los versos. Las otras, las ediciones anotadas, pueden ser de gran utilidad para los expertos, para los medios académicos; pero existe el lector que desea sólo leer la poesía. ♦

Jorge Manrique: *Coplas a la muerte de Don Rodrigo Manrique, su padre. Poesía completa*, Editorial Aldus, México, 1996. 144 pp.

COLABORADORES

Gilberto Aceves Navarro. Colaboró en el número 539. Este año realizó una exposición individual en el Museo de Arte Contemporáneo de Oaxaca.

Ricardo Anguía. Colaboraciones suyas aparecen en los números 506-507, 510, 512-513, 514, 531 y 539. Sus exposiciones individuales más recientes se llevaron a cabo en el Nelson Fine Art Center de la Universidad de Arizona State (1994) y en el Museo de las Artes de la Universidad de Guadalajara (1996).

Antonio R. Cabral (Ciudad de México, 1952). Médico por la UNAM. Es médico-investigador en el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán. Se halla adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Colabora en diversas revistas de México y el extranjero.

Alberto Castro Leñero (Ciudad de México, 1951). Estudió comunicación gráfica y artes visuales en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM y pintura en la Academia de Bellas Artes en Bolonia, Italia. En 1993 fue miembro del Sistema Nacional de Creadores. Es ilustrador de diversas publicaciones culturales. Sus exposiciones individuales se han presentado en México y los Estados Unidos, y las colectivas en Japón, Polonia, Suecia, Alemania y Francia. Su exposición individual más reciente fue *Castillo interior*, en la Galería del Instituto Cultural Mexicano de Nueva York.

Arnaldo Coen. Véanse los números 511 y 539.

Aarón Cruz (Ciudad de México, 1941). Estudió en la Escuela Nacional de Artes Plásticas San Carlos. En 1968 obtuvo el Premio Nacional de Pintura de la Feria de Aguascalientes, en 1982 el Premio de Adquisición del Salón Anual de Pintura y en 1988 el Primer Premio en la XXVIII Exposición Concurso de Maestros de Enseñanzas Artísticas del Palacio de Bellas Artes, entre otros. Ha expuesto en México, los Estados Unidos, Francia, España, Portugal y Suiza.

Gustavo Curiel (Ciudad de México, 1952). Licenciado y maestro en historia por la UNAM y doctor en historia del arte por la Universidad de Sevilla. Se halla adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. En nuestra casa de estudios se desempeña como investigador en el Instituto de Investigaciones Estéticas y profesor en la licenciatura y posgrado de la Facultad

de Filosofía y Letras. Es autor de los libros *Tlalmanalco, historia e iconología del conjunto conventual*, *El mayorazgo de los Cortés del Rey en 1729*, *La casa de San José del Parral y las haciendas del Río Conchos, Chihuahua*; coautor de *Juan Correa. Su vida y su obra. Cuerpo de documentos*, todos ellos publicados por la UNAM.

Alejandro Chacón (Acámbaro, Guanajuato, 1942). Cursó la carrera de Artes Plásticas en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. Ha realizado exposiciones individuales en la Ciudad de México, Puebla y Baja California Sur.

Rolando Díaz Loving (Ciudad de México, 1954). Doctor en psicología social por la Universidad de Texas, Austin. En 1992 recibió la Distinción Universidad Nacional para Jóvenes Académicos concedida por la UNAM; en 1993 el Premio Nacional de Investigación en Ciencias Sociales de la Academia de la Investigación Científica, y en 1996 el Premio Nacional de Psicología que le otorgó el Consejo Nacional de Enseñanza e Investigación en Psicología. Actualmente es jefe de la Unidad de Investigaciones Psicosociales de la Facultad de Psicología de nuestra casa de estudios. Se halla adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Es autor de *Introducción a la psicología desde un punto de vista ecosistémico* (Trillas).

César A. Domínguez (Ciudad de México, 1957). Licenciado en biología y doctor en ecología por la UNAM. Actualmente es investigador en el Centro de Ecología de nuestra casa de estudios. Está adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Ha colaborado en revistas especializadas mexicanas y extranjeras.

Luis E. Eguiarte (Ciudad de México, 1960). Licenciado en biología y doctor en ecología por la UNAM. En nuestra casa de estudios se desempeña como investigador en el Centro de Ecología. Es miembro del Sistema Nacional de Investigadores. Ha publicado en revistas especializadas de México y el extranjero.

Beatriz Espejo. Colaboró en los números 508, 511, extraordinario de 1994, 532 y 542. Sus libros más recientes son *El cantar del pecador* (Siglo XXI), *Dr. Atl, el paisaje como pasión* (Salón de la Plástica Mexicana) y *En religiosos incendios* (UNAM). El texto que publicamos pertenece al libro *Alta costura* (de próxima

aparición), con el que obtuvo el Premio Nacional de Cuento San Luis Potosí 1996.

Jorge Esquinca. Véase el número 512-513. En 1993 apareció su poemario *Sol de las cosas* (Editorial Toque de Poesía) y desde ese mismo año se halla adscrito al Sistema Nacional de Creadores.

Mario Enrique Figueroa. Una colaboración suya aparece en el número 540.

Tess Gallagher (Port Angeles, Washington, 1944). Poeta, ensayista y cuentista. Ha tenido la cátedra Willard and Lois Mackey de poesía y narrativa en el Beloit College. Sus poemarios más recientes son *Portable Kisses* (Capra Press) y *Crossing Bridge* (Graywolf Press); a este último pertenece el poema que publicamos.

Gelsen Gas (Ciudad de México, 1933). Su formación plástica es autodidacta. Colaboró con David Alfaro Siqueiros en proyectos murales. Ha expuesto en México y los Estados Unidos.

Santiago Genovés. Véanse los números 534-535, 539 y 548. Sus libros más recientes son *Razas y racismo* (Comisión Nacional de Derechos Humanos) y *Violencia* (Comisión Nacional de Derechos Humanos-Fundación Valenciana de Estudios Especializados).

Hugo Gutiérrez Vega. Colaboró en el número 548.

José Antonio Hernández Vargas (Ciudad de México, 1959). Estudió en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda y diseño gráfico en la Escuela Nacional de Artes Plásticas de la UNAM. En 1982 obtuvo el Premio Cadaqués en el Segundo Encuentro de Minigrabado Internacional. Ha expuesto individual y colectivamente en México, España y Cuba.

Arnulfo Herrera. Colaboró en los números 522 y 542.

Carlos Jaurena (Ciudad de México, 1964). Estudió en la Escuela de Iniciación Artística del Instituto Nacional de Bellas Artes. Durante 1994 y 1995 recibió la Beca Jóvenes Creadores del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes. Ha expuesto en diversos museos y galerías de México y de los Estados Unidos. Asimismo, ha realizado *performances*. Su exposición más reciente se presentó en la Casa de la Cultura de Celaya, Guanajuato.

Saúl Kaminer (Ciudad de México, 1952). Desde 1976 vive en París. En 1982 fue merecedor de una Mención Honorífica en el Salón Nacional de Artes Plásticas; en 1983, del Premio de Investigación Artística del Consejo Regional de Île de France, y en 1987 de la Mención Especial en el Salón de Vitry de París. Ha expuesto individual y colectivamente en México, los Estados Unidos y Francia.

Arnoldo Kraus (Ciudad de México, 1951). Médico por la UNAM. Actualmente es médico-investigador en el Instituto Nacional de la Nutrición Salvador Zubirán. Se halla adscrito al Sistema Nacional de Investigadores. Colabora en el diario *La Jornada* y en la revista *Nexus*, así como en diversas revistas de México y el extranjero.

Magali Lara. Véanse los números 539 y 546-547.

Pura López Colomé. En los números 527, 531, 533, 536-537, 538, 540, 541 y 544 aparecen colaboraciones suyas.

Antonio López Saenz. Véase el número 541. Su exposición individual más reciente tuvo lugar en el Museo de Arte de Sinaloa.

Andrés de Luna. Una colaboración suya aparece en el número 510. Sus libros más recientes son *Proyecto imposible: Proust y el cine* (Editorial Nitrato de Plata) y *El bosque y la serpiente* (Ediciones Sin Nombre).

Antonio Mendoza. Colaboró en los números 527, 534-535 y 541.

Felipe Morales. Ilustró el número 528-529. Este año participó en las exposiciones colectivas *Mito y magia: Oaxaca pasado y presente*, que se llevó a cabo en el Mexican Fine Arts Center Museum de Chicago, y *Oaxaca: Ancient Dreams-Future Visions*, que se realizó en la Riva Yares Gallery de Arizona.

José G. Moreno de Alba. Véanse los números 506-507, 516-517 y 528-529. Su libro más reciente es *La pronunciación del español en México* (El Colegio de México).

Luis Nishizawa. Colaboró en el número 525-526. En 1995 expuso de manera individual en Morelia, Celaya y Matamoros; este año, en Puebla.

Herminia Pasantes. Sus colaboraciones aparecen en los números 518-519, extraordinario de 1994 y 531. Imparte la Cátedra Patrimonial de Excelencia I del CONACYT. Es investigadora del Instituto de Fisiología Celular, UNAM y miembro del consejo editorial de esta revista.

Aline Pettersson. Colaboró en los números 508, 520, 530, 539 y 541. Su más reciente novela es *Mistificaciones* (Aldus-UAM).

Luz Aurora Pimentel (Ciudad de México, 1946). Licenciada en letras inglesas por la UNAM y maestra en literatura angloirlandesa por la Universidad de Leeds, Inglaterra. La Universidad de Harvard le concedió en tres ocasiones el premio Luisa Vidal de Villasanté, Prize for Comparative Literature y una el Anthony Potter, Prize for Comparative Literature. Es profesora de la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Se halla ad-

crita al Sistema Nacional de Investigadores. Es autora de *Metaphoric Narration. Paranarrative Dimensions in A la recherche du temps perdu* (University of Toronto Press) y coautora (junto con Jesusa Rodríguez) de *El rey Lear: una (a)puesta en escena* (Ediciones El Hábito).

Felipe Posadas (Ciudad de México, 1963). Licenciado en diseño gráfico por la UNAM. En 1990 estudió en el Taller de Litografía del maestro Leo Acosta. Ha realizado exposiciones individuales en México y colectivas en México, España y los Estados Unidos.

Marcel Proust (París, 1871-1922). Escritor que estableció la introspección personal como forma nueva de estructurar una novela. Es autor del conocido ciclo novelístico formado por siete libros titulado genéricamente *En busca del tiempo perdido* (Alianza). El texto que publicamos fue traducido de *Du côté de Guer-mantes*, en *A la recherche du temps perdu*, tomo II, Gallimard (Bibliothèque de la Pléiade), París, pp. 364-365.

Georgina Quintana (Ciudad de México, 1956). Estudió en la Escuela Nacional de Pintura y Escultura La Esmeralda y en los talleres de Mario Reyes, Héctor Xavier, Luis Nishizawa y Gilberto Aceves Navarro. Ha expuesto en México, los Estados Unidos, Francia, Ecuador y Australia.

Mario Rangel. Ilustró el número 543. Este año presentó una exposición individual en el Instituto Cultural Mexicano de Houston, Texas.

Alfonso Reyes. Véase el número 539. El texto que publicamos aparece en *Obras completas*, t. XXII, FCE, México, pp. 495 y 496.

Aurelio de los Reyes. Colaboró en el número 510. Sus libros más recientes son *Cine y sociedad en México 1896-1930* (UNAM) y *Dolores del Río* (Centro de Estudios de Historia de México Condumex). Fue curador de la exposición *A cien años del cine en México* en el Museo Nacional de Historia, Castillo de Chapultepec. Una primera versión de este artículo se publicó en *El arte y la vida cotidiana. Memorias del XVI Coloquio Internacional de Historia del Arte del Instituto de Investigaciones Estéticas* (UNAM).

Carla Rippey. Ilustró el número 542. Participó en la exposición colectiva *Autorretrato en los años 90* que se llevó a cabo este año en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México.

Nunik Sauret. Colaboró en el número 539. Su exposición individual *La naturaleza de las cosas* se presentó este año en la Galería de Arte Mexicano.

Mary Stuart (Providence, Estados Unidos, 1951). Colaboró en el número 506-507. Es-

tudió en el Corcoran School of Art en Washington, D. C., en l'Ecole des Beaux Arts de París y en el Molino de Santo Domingo en la Ciudad de México. De 1976 a 1979 recibió la Beca Lincoln-Juárez de la Secretaría de Relaciones Exteriores de México para estudiar muralismo en la Escuela de Pintura y Escultura La Esmeralda. Actualmente vive en la Ciudad de México. Ha expuesto de manera individual en México, D. F., Nueva York y Houston. Su exposición más reciente tuvo lugar en la Galería de Arte Mexicano.

Josefina Temin (Ciudad de México, 1954). Ha estudiado batik en el Instituto de Arte de Minneapolis, Minnesota, diseño textil en la Escuela de Diseño y Artesanías del Instituto Nacional de Bellas Artes y escultura en la Unidad Cuauhtémoc del Instituto Mexicano del Seguro Social. Ha expuesto en México, Suiza, los Estados Unidos y Austria.

Elena Urrutia (Ciudad de México, 1932). Licenciada en psicología por la Universidad Iberoamericana; realizó un posgrado en literatura y civilización francesas en la Universidad Libre de Bruselas. Es una de las fundadoras de la revista *Fem*. Asimismo, es fundadora del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer de El Colegio de México, del que actualmente es profesora-investigadora. Colabora en revistas mexicanas y extranjeras. Ha publicado *La mujer en el arte* (Ediciones Malinalco), *Imagen y realidad de la mujer* (Sepsetentas), *El cuento en el Museo del Chopo en el cuento* (UNAM) y *Mujer y sida* (El Colegio de México), entre otros libros.

Carlos Vázquez-Yanes. Colaboró en los números 536-537 y 548. Desde junio del presente año está a cargo de la Dirección del Centro de Ecología de la UNAM; este mes de noviembre será admitido como miembro de la Academia de Ciencias del Tercer Mundo, Trieste, Italia.

Reynaldo Velázquez. Véanse los números 515 y 539. Sus exposiciones individuales más recientes se presentaron en el ex convento de Santo Domingo en Chiapa de Corzo, Chiapas, y en el restaurante Asapi Mu en la Ciudad de México.

Germán Venegas. Colaboraciones suyas aparecen en el número extraordinario de 1993 y en el 539. En 1995 obtuvo el Premio del Museo de Arte Contemporáneo de Monterrey. Este año participó en la exposición colectiva *Autorretrato en México* del Museo de Arte Contemporáneo de la Ciudad de México.

Nahum B. Zenil. Colaboraciones suyas aparecen en los números 508, 514 y 539. Su exposición individual más reciente se realizó en el Museo Mexicano de San Francisco, Estados Unidos.



LIBROS UNAM

Colección de Arte

Diffundir aspectos monográficos de la historia del arte mexicano en todas sus épocas es el objetivo de la Colección de Arte que reúne no sólo imágenes de artistas mexicanos, sino también ensayos sobre pintores y estudios de grupos de artistas plásticos de una época o tema determinados.

Las obras, ilustradas profusamente, cuentan con los comentarios de críticos y personajes de renombre como: Raquel Tibol, Eduardo Matos Moctezuma, Justino Fernández, Luis Cardoza y Aragón, Carlos Valdés, Juan García Ponce, Juan Rejano, Alfonso de Neuville, Diego de Mesa, Mario Monteforte Toledo, Xavier Moyssén, Rubén Bonifaz Nuño y Louis Noelle, entre otros.

Algunos de los temas que se abordan son: *La escultura en el México antiguo, Pintores y escultores italianos, siglos XIII, XIV y XV; La cerámica del México antiguo, El arte del pueblo mexicano, Las serpientes en el arte mexicana, entre otros.*

Informes y ventas
 Dirección General de Fomento Editorial UNAM
 Av. del IMAN No. 5, C.U., C.P. 04510, México, D.F.
 Tel. 622 65 90 Tel. y Fax 622 65 82
 WWW: <http://bibliounam.unam.mx/libros>
 E-mail: libros@bibliounam.unam.mx



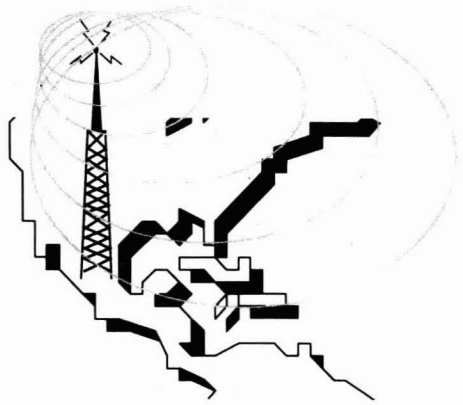
Más que una
Tienda es
un Centro
Comercial
donde
obienes los
mejores
beneficios
para ahorrar
Tiempo y
Dinero



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
 SERVICIO UNIVERSITARIO
TU
 TIENDA UNAM



Las ondas no necesitan visa,
por eso traspasamos las fronteras.



XEPPM, Onda Corta
 Largo alcance de México al mundo
 Cultura con imaginación

Premio Nacional de Periodismo 1996 por Divulgación Cultural

Descubra
el espectáculo
de la
imaginación



SU IMAGEN PUEDE CAMBIAR

Canal 22
 La cultura también se ve

Consulte nuestra programación
marque Notitel sin costo 224 18 08

Seis millones de imágenes se encuentran en los acervos del

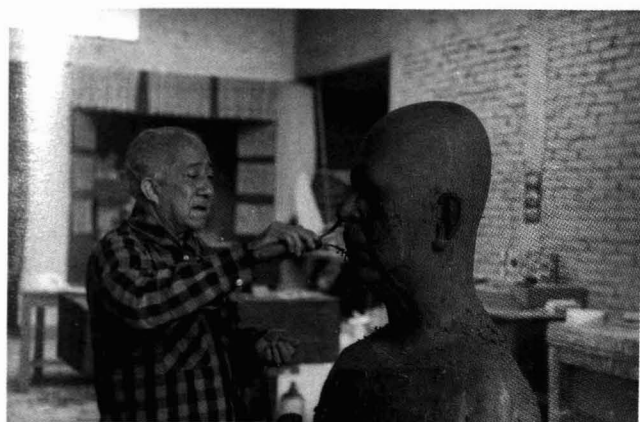
ARCHIVO GENERAL DE LA NACIÓN

Archivo fotográfico Hermanos Mayo, clasificación pintores

Federico Canessi, pintor y escultor



Cabeza-monumento de Lázaro Cárdenas, 1975



Cabeza-monumento de Lázaro Cárdenas, 1975



Mascarilla de David Alfaro Siqueiros, enero 1974

Eduardo Molina 155, Col. Penitenciaria Ampliación, 15350, México, D. F.

LIBROS UNAM

CIENCIAS APLICADAS
CIENCIAS SOCIALES
CIENCIAS PURAS
OBRAS GENERALES
PSICOLOGÍA
LITERATURA
LENGUAJE
FILOSOFÍA
HISTORIA
ARTES

CONTRIBUCIÓN AL DIÁLOGO DE LAS CULTURAS

